

LA ESPAÑA MODERNA

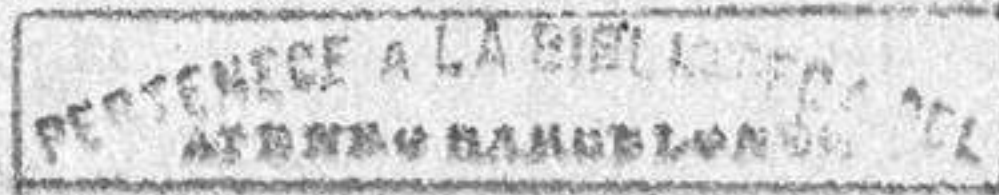
AÑO 19.

NÚM. 220.

LA
ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ DE LÁZARO

ABRIL 1907



MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO

Calle del Tutor, 22.—Teléfono 2.000.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

LA CIENCIA DEL VALOR

PSICOLOGÍA DE LA GUERRA

I

«La guerra—decía Clausewitz—es la región de los esfuerzos y de los sufrimientos físicos, y para no sucumbir se necesita de cierta fuerza del cuerpo y del alma que por instinto y por educación nos insensibilice contra aquéllos.

»Con estas cualidades, y guiado sencillamente *por el sentido común*, es el hombre un instrumento útil para la guerra, y estas cualidades son las que encontramos con tanta frecuencia en los pueblos salvajes ó semisalvajes, debiendo, por el contrario, desarrollarse sólo con la educación militar en los pueblos cultos.

»Los esfuerzos físicos han de practicarse para que la inteligencia, más que la naturaleza, se acostumbre á ellos. En la guerra, el soldado novel propende á considerar las extraordinarias fatigas como el resultado de graves faltas, errores y confusiones del mando supremo, y por eso son más deprimentes. Esto no sucedería si en los ejercicios de tiempo de paz se procurase la conveniente preparación.»

¡Qué relieve de verdad alcanzan estas consideraciones del gran maestro!... ¡Qué absoluto desconocimiento de ellas lleva-



mos á la guerra, y cómo al presente cerramos aún hoy los ojos á estas abultadas advertencias!

Con estas cualidades de resistencia, «de vigor moral y físico y un poco de sentido común—dice el maestro,—es el hombre un instrumento útil para la guerra»... ¡Qué lejos de nuestro espíritu militar y de toda la enseñanza técnico-militar de nuestros Centros docentes, de toda aquella supereducación *nemo* ó *memotécnica*, vive esta vigorosa afirmación del soldado ilustre á quien, sirviendo la guerra para sus estudios, hizo, lógicamente, que sus estudios sirvieran para la guerra! Frente á frente á estas aseveraciones, nuestro cerebro, nuestra estructura mental, había sido modificada en el ambiente moldeador de otras ideas diametralmente opuestas. No, no era el vigor moral ni la energía física el eje vigoroso de los buenos soldados, al cual había que aplicar la buena voluntad y el buen sentido; esta sólo era una circunstancia, tan poco digna de fijar la atención como el brillo de los ojos ó el color del cabello; la cualidad más sobresaliente era, si no la de la sabiduría, la de la *nemotecnia*. Y como esta cualidad traía, por lo común, aparejada una inteligencia maltrecha y sumisa, violentada fuera de sazón, estrujada y exprimida en agraz, daba sólo de sí aquel vinagrillo espiritual, al cual lógicamente correspondía una estructura desmedrada, un vigor moral enteco y una energía de cuerpo que desde la más temprana edad había doblegado el peso de unos lentes.

Todo por la supertécnica, por la superciencia, por la superdicción de unos cerebros preparados á la tortura desde la más temprana edad para adquirir la impresión y la huella mecánica de los discos fonográficos... Y todo ello á costa del vigor moral y físico, para á sus expensas almacenar, como en un desván, fragmentos de formularios inarticulados, fórmulas abstractas, deducciones y juicios históricos sin otro vigor que el de las cosas pasadas, sin otro valor que el de los cachivaches de antaño.

Pero todo, eso sí, sabiamente clasificado, porque aquel des-

ván de antemano se había sujetado á abscisas y á ordenadas, se le había cuadrículado algebraicamente y, por si era poco, se le había superpuesto toda una red trigonométrica; y á fuerza de preparar aquel cerebro para los errores infinitesimales, se le había capacitado en su estructura exclusivamente para toda acción infinitesimal.

¿Comprendéis este hombre hecho soldado, este hombre como instrumento útil para la guerra?... Pues este hombre era el arquetipo, era el fin, y con este hombre fuimos á las guerras, y con este hombre volvimos, sin que se haya hablado de su vencimiento... y, lo que es más doloroso, este hombre, como arquetipo y como finalidad, subsiste.

¿Qué decir yo á los que hicieron las campañas, y hoy me escuchan, de la bancarrota de toda nuestra falsa educación militar, de todo el derrocamiento de aquel castillo pedantesco de nuestra sabiduría militar frente á frente de las realidades de la guerra? ¿Qué decir yo de aquella primera noche de aquel primer día en que con nuestro primer aliento de sobresalto se escapó de nuestro pecho todo el artificioso espíritu que nos imbuyeron en las aulas? ¿Qué decir de aquel agotamiento físico primero, de aquel primer desmayo de vigor corporal que borró de nuestros cerebros emborronados las fórmulas abstractas, y que no nos pudo traer un solo ejemplo ó recuerdo alentador?

Todavía se debatía en nuestro espíritu el vigor cultural de las aulas por el vigor que adquieren en los cerúleos cerebros infantiles y por la huella que dejan esas primeras molduras; todavía en aquellos que no habíamos perdido el total aliento al escaparse del pecho el artificioso espíritu; todavía los que respirábamos alguna exhalación muscular con que confortar el alma en medio de la sed inextinguible, del hambre devoradora, del barro, del insomnio, del infortunio total de aquella campaña cruenta, rumiábamos fragmentos de fórmulas algebraicas, conceptos abstractos de reglamentos incoloros, juicios y fragmentos de guerras pasadas y tan inertes como las

letras de los libros donde se escribieron; y al rumiar en nuestra imaginación desfallecida todas estas cosas, y al ver en la ecuación de la guerra desfilan radiantes la suma de nuestras ecuaciones, resueltas en las aulas, veníamos más desfallecidos á observar que aquellos de nuestros directores iban á resolver aquella ecuación enésima, sin conocer el libro elemental de nuestras ecuaciones familiares.

Esa noche, ese día de desaliento surgía ante nosotros toda una revelación desoladora... La sed, el hambre, el cansancio, el insomnio, el barro, la peste, todos los infortunios juntos, reconocían como origen que nuestros directores desconocían las ecuaciones y nuestras fórmulas concretas aprendidas en las aulas... Pero pasó el tiempo, y poco á poco se fué haciendo la ecuación nuestra á la ecuación del vigor del soldado, y aquel día empujamos el lastre pseudo-científico desalentador: con el vigor espiritual, y con el vigor moral se exudaron nuestras fórmulas científicas, fué surgiendo en nosotros el instrumento apto para la guerra, y cuando habíamos estado á dos dedos de despreciar á aquel soldado vigoroso, alegre en los infortunios y animado de buena fe, pero que no acababa de diferenciar á *pi* de *erre*, fué para él toda nuestra reverente atención, y desde aquel instante nuestro piadoso desprecio cayó con la olímpica majestad de una convicción profunda sobre todos aquellos que actuaron de directores, y que, á pretexto de no conocer ó de saber de memoria las fórmulas científicas que hoy, como expresión de su total cultura, deben adornar al buen soldado, fingían reverenciarlas, y con este reverenciamiento ocultaban su miseria moral ó su desfallecimiento físico.

Hablo para todos aquellos que me entienden. Después de la guerra ha sobrevenido la paz como sobreviene una catástrofe, más intensa que hubiera sido la de la guerra perenne. Todo ha caído al examen de nuestros críticos. El *troupiér*, el soldado vigoroso de cuerpo y alma y animado de tan buen sentido como de buena fe, ha tenido su calvario y su gólgota como el Justo. Todas las bellas cualidades del soldado español

han sido puestas á discusión hecha la afrentosa paz; pero guiados por aquel espíritu equivocado de cultura general, sólo se ha salvado *pi con erre*.

Sí, queridos compañeros y soldados; *pi con erre* simboliza la supercultura, la supremacía de las cualidades intelectuales sobre las del espíritu, que casi todos cantan, porque así creen lisonjear la vanidad de su sabiduría fragmentaria, ó porque así creen desviar la atención de su desvigor moral ó físico. Cometemos el mismo error que cometieron los franceses después de la guerra del 70. Seguimos la moda de la nación que cantó la excelencia del maestro de escuela, sin ver que aun en aquella guerra y en todas el maestro de escuela, antes de moldear los cerebros, moldeó otros atributos—que excusamos mentar—más esenciales en el hombre.

Voy á combatir la superchería de la cultura, de la cultura actual como se entiende, no de aquella completa que como vigoriza el cerebro vigoriza, en primer término, el espíritu y el músculo. Voy á hablar del *troupiér*, del soldadote, porque á fuerza de leer libros padezco un empacho científico, y todos los cambiaría por otro fragmento de experiencia como el pasado. Voy á hablar en todo el curso de estos trabajos del *troupiér*, de ese *troupiér* que, á juicio de los *superintelectuales*, fué el principal culpable de nuestros yerros, y, á juicio mío, á juicio de un soldado sincero, fué el que llevó todo el peso de la campaña, y en el curso de ella salvó de la total ruina la vergüenza. Este pobre soldadote, maltrecho y malparado después en la paz, que tiene múltiples nombres, de todos conocidos y reverenciados, que también lee y estudia y oye todo cuanto se le dice y está en camino de entender en medio de la indiferencia producida por la mortal tristeza que le embarga al no ver enumeradas como elementos para la guerra una sola de sus cualidades. Para no parecer sospechoso, os cito el testimonio de un maestro de gay saber militar. No citaré nombres ni ejemplos: haré doctrina. Doctrina que reverenciará y henchirá de júbilo al buen soldado. Doctrina que no envenenará á sabiendas el alma

de una juventud; doctrina que no dará lugar á falsas interpretaciones de aptitudes; doctrina que en la guerra no servirá de desfallecimiento por sus falsos principios, sino de comfortable aliento por el recuerdo de sus verdades.

Oídmeme con un poco de vigor moral y de vigor físico, y despertará en vosotros la paciencia, que es una de las cualidades más preciadas del soldado.

Si os hice pacientes sin que me guardéis rencor, en el curso de estas lecciones habré logrado para mí un triunfo íntimo...

*
* *

La guerra es el campo de los esfuerzos y de los sufrimientos físicos y de los padecimientos morales. Antes que ser la guerra un problema mental, es un problema de resistencia moral y física. Alejandro, haciéndose conducir enfermo á lo largo de Asia, sin cejar en sus conquistas; Aníbal, atravesando el Apenino, devorado por las fiebres, semiciego y en medio de sus tropas, diezmadas por los rigores de la estación; Hernán Cortés, abrasado en Tlascala por las calenturas, delirando con México y en sus ratos de despejo combinando planes que la modorra de los letargos febriles esfumaba... La historia está llena de ejemplos de aquellas almas elevadas que se llamaron caudillos. Estos supieron en todas las ocasiones modelar las tropas á su imagen y semejanza, y cuando circunstancias imperiosas ajenas á su voluntad les impidieron formar estas tropas, con una mentalidad idéntica, si no superada, no lograron los resultados victoriosos de otras veces.

Entre las derrotas sufridas por el ejército que Napoleón organizó á la ligera en 1813, la más grave fué la de la batalla de Katzbach, el 26 de Agosto de dicho año. El fracaso fué pequeño en comparación con la descomposición que se produjo durante la retirada en el ejército de Macdonald.

Escribe Rousset: «Sostenida por hombres endurecidos y soldados hechos, la batalla de Katzbach no se hubiera perdido, á buen seguro; á lo sumo, hubiera sido un ligero contra-

tiempo más que un fracaso; pero con hombres endebles y con soldados de la víspera, fué el principio de un desastre. Con vigoroso relieve pudo verse aquel día, por contraste, lo que vale la energía física y moral, la resistencia del cuerpo y del alma á las injurias del tiempo, á las hambres, á la sed, á todas las miserias de la guerra, vencidas con el estoicismo y desarrollado éste en medio de una educación militar rigurosa, á la que sirve de constante resorte un concepto exaltado del honor y del deber.»

El 29 de Agosto participaba Macdonald: «Nuestras tropas están en estado lastimoso, expuestas á una lluvia de veinticuatro horas de duración, metidas en barro hasta la cintura, obligadas á pasar á nado ríos desbordados. Los generales no pueden impedir que los soldados se dispersen y busquen un techo en que cobijarse. La persecución no fué en manera alguna enérgica; pero en aquel estado de ánimo hubiera bastado la aparición de unos pocos jinetes contrarios para producir el pánico». De aquellas operaciones que precedieron y siguieron á Katzbach escribía un joven oficial de caballería: «Deseo todos los días, como el mayor bien, que me mate una bala enemiga y ponga fin á esta existencia mísera que ya no es soportable. Hace tres días que no he comido más que un pedazo de pan. Los caballos parecen esqueletos, que no saben lo que es avena, y tienen que apaciguar el hambre comiendo las hojas de los árboles del camino. Nos encontramos en un mar de fango; dormimos sobre él cuando la fatiga nos permite entornar los ojos...», etc., etc. ¡A cuántos de los que oigan esta carta les parecerá un fragmento de otra carta suya de las pasadas campañas! Y sin embargo, á nadie le sirvió de consuelo en aquel trance el recuerdo de que aquello que parecía insuperable y único en aquella campaña lo habían sufrido otros en todas y que era aquel suceso un hecho natural de la guerra. Dice von Freitas: «Sólo naturalezas verdaderamente guerreras, sólo hombres poseídos del más alto sentimiento del deber militar permanecerán indiferentes en las situaciones más abrumadoras de la guerra».

Bien caracterizó von der Goltz el espíritu del segundo ejército del Loire á mediados de Diciembre: «Fácilmente se comprende la situación moral de esta última época de la guerra. A excepción de algunos pocos caracteres tenaces, todo el mundo estaba ya harto hasta de victorias. La antorcha de la guerra, alumbrada por el triunfo, iba palideciendo. La ansiedad de alcanzar por fin el necesario descanso se propagaba mucho». Así se explica también que oficiales ingleses en la guerra sudafricana se entregaran prisioneros sin resistencia alguna. El sentimiento de no combatir por una causa de gran importancia nacional pudo determinar este estado moral en una parte de la oficialidad inglesa. Ya Nelson expresó estos sentimientos cuando en 1805 escribía al almirantazgo: «Si nuestras colonias de las Indias Occidentales cayeran en poder de los franceses, el clamoreo de Inglaterra pidiendo la paz sería tan intenso que habría de desalentarnos». En la guerra ruso-japonesa los soldados rusos que se entregaban prisioneros por no combatir constituyeron legiones.

Forma contraste con la poca resistencia de las tropas ó de los pueblos endebles por circunstancias históricas el endurecimiento de soldados y de pueblos exaltados por un verdadero espíritu guerrero. El caso reciente del Japón, que admira á Europa menos intensamente de lo que debiera, es un hecho elocuente entre los múltiples ejemplos históricos. Todo el asombro de los escritores militares ha sido para lo que ellos llaman cualidades excepcionales del soldado japonés, y atentos á la técnica y á la mecánica de la guerra, achacaban el triunfo al triunfo material de las armas, ayudado por mejoras de organización ó por mejoras de arte, sin ver que eran exclusivamente estas cualidades las que permitían dar aplicación al total ejercicio de las armas y á las mejoras de índole orgánica ó de índole técnica.

El buen soldado ha de saber que, en la guerra, antes de vencer al enemigo se ha de vencer á sí mismo. Y que todo el vigor en vencer el hambre, en vencer la sed, en vencer el in-

somnio, en vencer y ahuyentar el miedo será vigor exclusivamente empleado en vencer á sus contrarios. «Cuanto más acostumbrado esté un caudillo á exigir de sus soldados, más seguro debe hallarse de ver cumplidas sus exigencias. El soldado en la guerra se enorgullece tanto de las penalidades sentidas como de los peligros pasados.»

Ha de hacerse en el soldado la convicción profunda de que resistiendo al sufrimiento tiene en su resistencia un arma tan segura para vencer á su contrario como el propio mauser. Ha de llevarse al soldado á la alegría de la pequeña victoria sobre sí mismo. A la alegría de acostumbrarlo á sus triunfos sobre todas sus flaquezas y debilidades del cuerpo y del espíritu. Cuando esté preparado para vencerse á sí propio está en camino de vencer á los demás. Esta tarea es más esencial para el buen caudillo que la de dar aplicación á la suma de sus disposiciones y conocimientos. Pero esta tarea exige una ecuación de vigor moral y físico que no se adquiere en las aulas y que no pueden suministrar los libros.

Sin otras artes que con las del ejemplo ha de enseñar el mando á vencerse á sus soldados. Lo mismo que en los riesgos ha de prevalecer en el mando el semblante risueño en las fatigas. Vencer las penalidades es tan interesante en la guerra como vencer los peligros; y si al vencer éstos se vencen con la ayuda del arte, el triunfo de las penalidades ha de constituir la satisfacción más íntima del soldado.

Por parte alguna de nuestra enseñanza militar asoman estos preceptos elementales que debieran estar esculpidos en la conciencia del soldado. No es tan funesto en la guerra el olvido de las alzas como el olvido de estos principios. Por una vez que haya de recurrir á éstas, ciento y una habrá de recurrirse á aquéllos. No ha sido nunca el alza de los fusiles lo que ha determinado el éxito ó el fracaso de las batallas: ha sido el alza de los corazones, y á graduar la elevación de éstos ha de atender el mando antes que á graduar la elevación de las armas.

Vivimos en unos tiempos en que la mecánica nos absorbe y

nos empequeñece. Hace el hombre sus armas y consagra un culto á las cosas que él solo fabrica para su auxilio, culto fetichista como el culto que en otra edad rindió á los dioses, que también para su auxilio fabricó por su propia mano.

En esta época en que nos arrebatata la fuerza emanada de nuestras propias creaciones, en esta época de industrialismo y de fabrismo con caracteres de torbellino de *maelstrom*, que hace girar vertiginosamente y aun á su pesar á los hombres y á los pueblos, es preciso permanecer sereno en medio de esta corriente por nosotros mismos agitada y ver que está en nuestra mano aprovecharnos de ella, sin que nos ciegue el vértigo de su magnitud y de su fuerza, que nos impulsa á abandonarnos para ser arrastrados.

El hombre será siempre más grande que todas sus armas y que todas las máquinas que él crea en su auxilio. La época industrial en que vivimos, saliendo lógicamente de otra época groseramente materialista, ha olvidado el factor moral hombre é hizo de él un auxiliar de la máquina; y olvidando perfeccionar á aquél por perfeccionar ésta, cada máquina adquiere sobre el hombre ventajas más positivas. No podía escapar el ejército á este error ambiente, y al predominar en las organizaciones militares el número sobre la calidad de los soldados y en función el industrialismo para acrecentar vertiginosamente el perfeccionamiento de las armas, se fué forzosamente olvidando el perfeccionamiento de los soldados; y si en todas las manifestaciones de la vida media una enorme distancia entre el obrero y su máquina, media un abismo espantable entre el soldado y su arma.

Tal sucede al presente en todos ó en casi todos los ejércitos de Europa. Algunas voces autorizadas vienen desde hace tiempo reforzando la mía. No tardaremos en ser legión, y los sucesos vendrán en breve á dar razón á nuestras advertencias, combatiendo á todo trance el error de mantener tan rudos como copiosos ejércitos para dotarlos de armas cada vez más perfeccionadas. Son, por desgracia, muchos los elementos di-

rectores que, arrastrados por este torbellino industrial, y atentos sólo á las ventajas de las armas, olvidan las cualidades del soldado. Son para tales éstas un auxiliar de aquéllas, y atentos á su estructura mecánica, olvidan por completo la estructura moral de sus hombres.

La fábrica, el taller, la ciudad, con su poderosa atracción sobre los campos, la necesidad de recoger mayor número de hombres á medida que se puede disponer de mayor número de fusiles, traen á filas soldados cada vez más deleznable. No ya sólo su vigor material está notablemente desatendido, porque la máquina ha venido á restarle al hombre su rudeza, sino que su vigor moral, en una sociedad que conserva la estructura de la pasada época materialista, está muy debilitado ó totalmente adormecido por falta de aplicación; y por si esto era poco, su mentalidad, hecha á ser un mero auxiliar de la máquina en todas las manifestaciones del trabajo, le hacen ver cuando llega á ser soldado que es un simple auxiliar de aquel fusil maravilloso que entregan, con unas cuantas lecciones, en sus manos.

¡Oh! ¡Qué asombro van á causar los enormes desastres de la primera guerra! ¡Qué confusión tan grande va á originar social y militarmente esta confusión de funciones entre el obrero y la máquina y entre el soldado y su arma! ¡Qué cataclismo tan grande va á originar el olvido de que el obrero es un hombre y el hombre es un alma! ¡Qué cataclismo social, que acaso vaya precedido de trascendentes desastres militares, por haber olvidado también que el soldado es un hombre, y el hombre es la envoltura externa de un corazón!

No se habla en esta ocasión presente al corazón de los soldados, y éste es el primero que va á desfallecer en las ocasiones. Los más parecen no creer en él, y los menos aguardan cándidamente que en estas ocasiones de sobresalto oiga el corazón y responda á un lenguaje que le fué en el hogar, en la nación y el cuartel totalmente desconocido.

Sigamos graduando las alzas hasta lo infinitesimal; siga-

mos apurando las aristas de los puntos de mira hasta lo ideal, sin graduar los corazones de los soldados y sin aguzar en su mente la idealidad. Prosigamos estudiando las trayectorias más convenientes para que los soldados lancen con precisión matemática sus proyectiles, y olvidémonos de desarrollar esa trayectoria interna que el hombre lleva dentro de sí, para que el mando sepa en ocasiones lanzar sus soldados con el máximo impulso: la hora de la catástrofe cogerá siempre á todos confusos y serán arrollados los advertidos.

Mas antes de que esta hora llegue, y para que sirva de consuelo á los que en el trance de la muerte mueren lisonjeados por la idea del deber cumplido, termino estas consideraciones sobre los sufrimientos de la guerra con aquellas otras sabias del maestro:

«Un ejército cuyas fuerzas corporales, como los músculos de un atleta, se han fortalecido en el ejercicio de las privaciones, sufrimientos y fatigas de toda índole, y que considera estas fatigas y esfuerzos como un medio infalible para la victoria y no como una maldición que pesa sobre sus banderas, y que en todos los deberes y virtudes resplandece la única idea del honor de las armas—un ejército tal,—está verdaderamente poseído de espíritu guerrero.»

II

La guerra, decía Clausewitz, es la región de los rozamientos. Estos constituyen una parte esencial en todos los problemas militares; todos ellos sujetos en su resolución á un coeficiente de resistencia que, si no calculamos de antemano, mal podremos resolver los problemas, por bien que estén planteados.

Para emplear las mismas frases que el maestro, diremos: «Por la influencia de una infinidad de pequeñas circunstancias, que es imposible calcular, todo se rebaja en la guerra, y no se

llega, ni con mucho, á los resultados teóricos de los cálculos.

»Cuando no se conoce la guerra por experiencia propia, no se comprende dónde están las dificultades de la cosa, de las cuales siempre se habla, y que son propiamente las que forman el genio y las extraordinarias fuerzas intelectuales que al caudillo se exigen. Todo aparece tan sencillo, y todos los conocimientos militares tan llanos, todas las combinaciones tan insignificantes, que, en comparación de ellas, el problema más sencillo de las matemáticas elementales supone mayor mérito científico. Pero cuando se ha visto la guerra de muy cerca, entonces se comprende todo, y, sin embargo, es extremadamente difícil describir lo que produce este cambio, y clasificar este factor invisible y en todas partes activo. Todo en la guerra es muy sencillo, pero lo más sencillo es difícil. Estas dificultades se acumulan y producen un rozamiento, que no puede imaginar con exactitud el que no ha visto la guerra. Rozamiento es el único concepto que expresa con mayor generalidad la diferencia entre la verdadera guerra y la que se dirige sobre el papel. La máquina militar, el ejército y todos sus anejos, es en rigor muy sensible, y parece muy fácil de manejar. Pero debe pensarse que ninguna parte de ella está formada de una sola pieza: que todo se compone de individuos, cada uno de los cuales conserva su rozamiento particular hacia todos lados... Este espantoso rozamiento, que no se puede reducir como los de la mecánica á un solo punto, está además en contacto con la casualidad, y produce entonces derivaciones incalculables, precisamente porque pertenecen en su mayor parte á la casualidad.»

De estas consideraciones se deduce que nada hay tan perjudicial y peligroso para el mando y aun para la tropa como habituarles en la paz á ejecutar operaciones que, remedando en lo externo la guerra, no se ajusten á sus estrictas exigencias. Los ejercicios con efectivo figurado con combinaciones hipotéticas y caprichosas, las maniobras efectistas de conjunto, cuando las unidades no están preparadas, por haberse ejercita-

do en un concepto real de la guerra, son contraproducentes y peligrosísimos. Se acostumbra el mando á jugar sobre combinaciones caprichosas del papel, y á la tropa á moverse y á obedecer sobre un cuadriculado poco real. Estas maniobras podrán satisfacer, en ocasiones, la vanidad de los inexperimentados, pero á los expertos no engañan, y calculan de antemano todas las graves consecuencias que, en la realidad, podrá acarrear el olvido indispensable de los factores reales.

El cuidado de todos los caudillos antes de dar empleo á sus tropas fué hacerlas, sujetándolas á ejercicios que fueran la viva imagen de la guerra. De ahí arrancó la superioridad que Napoleón adquirió con sus tropas hechas en los campos de Boulogne. Y las de Hernán Cortés, que al decir de sus biógrafos é historiadores: «hacía que los soldados se habilitasen en el uso de los arcabuces y las ballestas, y se enseñasen á manejar la pica, á formar y desfilar un escuadrón, á dar una carga y ocupar un puesto, adiestrándolos él mismo con la voz y con el ejemplo en estos ensayos ó rudimentos del arte militar, como lo observaban los antiguos capitanes, que fingían las batallas y los asaltos para enseñar á los bisoños la verdad de la guerra; cuya disciplina, practicada cuidadosamente en tiempo de paz, tuvo tanta estimación entre los romanos, que de este ejercicio tomaron el nombre los ejércitos».

Como estos caudillos, preparan sus tropas todos aquellos que de antemano tuvieron clara conciencia de su empleo. La historia militar está llena de ejemplos de esta índole con resultados favorables, y los de índole contraria con resultado adverso. La característica más marcada de los ejércitos improvisados y de los ejércitos decadentes fué la de ajustarse siempre á condiciones de una guerra fantástica ó ideal, tan lejos de la guerra real como lejos están del verdadero soldado el recluta ó el reservista.

Este conocimiento absoluto de los rozamientos en la guerra es lo que da al caudillo una elasticidad cerebral enorme para plegar sus resoluciones á las circunstancias y abandonar

planes de campaña y aun de batallas cuando por sucesos imprevistos no se amoldan á las circunstancias. Todo el mundo alaba en Napoleón esta su portentosa elasticidad cerebral para modificar sus planes con arreglo á las exigencias del momento. Los planes anquilosados, las ideas rígidas fueron siempre en la guerra de resultado funesto. La suma de errores entre los ejércitos improvisados de la guerra de secesión no acarreó las funestas consecuencias que los planes rígidos.

Contra el error extendido de considerar el plan de campaña del año 70-71 como un modelo de estudio preconcebido, y que el Estado Mayor alemán guardaba en estantes secretos, se ha alzado el propio Molke. Sabido es por todos aquellos que no gustan vivir de ideas manoseadas, que el despliegue estratégico proyectado por Molke al principio de la guerra, y que tenía por base el despliegue de todas las fuerzas alemanas sobre el Sar, no se llevó á cabo por el curso que tomaron acontecimientos en Alemania ante el tercer ejército y también á consecuencia de las disposiciones que adoptó el general Steinmetz. Mil ejemplos más pudiéramos aducir para mostrar que en la guerra sólo una gran elasticidad cerebral puede abarcar y corregir la suma de rozamientos que la casualidad ó las circunstancias del momento imponen. Y esto es por lo que atañe á lo que pudiéramos llamar parte mecánica de la guerra; pero como ella está pendiente siempre de la acción moral, aquí la esfera de los rozamientos aumenta de un modo considerable, porque no son los que se mandan peones de ajedrez ni banderines prendidos con alfileres, sino hombres de carne y hueso y movidos á impulsos de un alma que sólo atiende y responde á su lenguaje. El olvido de esta verdad, que entra por modo principal en la esfera de los rozamientos, acarrea y acarreará en esta época consecuencias funestísimas. A fuerza de considerar las grandes masas que por modalidad pasajera constituyen los actuales ejércitos y las leyes mecánicas de su funcionamiento, hemos olvidado la esencia íntima de su elemento constitutivo, el hombre. Dijérase que hemos prescindido

de él y que los consideramos en su acción como una cosa inerte é indigna de nuestra atención. Nadie se atreve á decir—es claro—que el hombre no es nada; pero al estudiar el *bloc* de tropas se estudia su estructura externa, sus articulaciones y para nada se tiene en cuenta la estructura moral de su elemento constitutivo. Si no se le rechaza en absoluto, se le desatiende para atender á no sé qué elevados principios con que hoy se quiere constituir la supra-región de la guerra moderna. Esto es sencillamente pueril, y no sería digno de censura si no fuera lastimoso y ocasionado á consecuencias terriblemente funestas. Una teoría sobre dirección de hombres que olvida su constitución íntima debiera—como dice Ruskin—merecernos el mismo piadoso concepto que una teoría sobre gimnástica en que, habiéndose olvidado que los hombres tienen una estructura ósea, se les quisiera arrollar convenientemente en carretes y todos los procedimientos fueran demostrar las ventajas posteriores que podían obtenerse de combinar los hombres así arrollados. A puro abstracciones y á puro teorías mecánicas, hemos venido á considerar á los hombres incapaces de ninguna influencia moral, á semejanza de las ratas y de los cerdos.

La ciencia médica, á fuerza de materializar las operaciones quirúrgicas y de barajar los fragmentos de los hombres y de las bestias, hasta el extremo último—según he leído—de sustituir los riñones de un hombre por los de un perro, no va á tardar en monopolizar la fabricación de soldados temporales mediante la inyección de cualquier extracto testicular. Pero hasta que llegue ese día, los procedimientos para adiestrar soldados no serán los mismos que aquellos empleados para adiestrar focas.

Al salir de la pasada época materialista, y con la reacción científica espiritual, van lentamente desvaneciéndose graves errores de toda índole y llegan ya hasta los fundamentos de la constitución económica y político-social. No es extraño que, faltos de idealidad y de sentimiento entre las relaciones econó-

micas de los hombres en el presente estado social, este sentimiento y esta idealidad fueran borrándose hasta esfumarse en los ejércitos modernos. La razón para olvidar las relaciones de afectividad entre el soldado y el mando, eran casi las mismas que había para haberlas olvidado entre el patrón y los obreros. Unos y otros mandaban masas, y masas adventicias, y no esperaban resultados de la acción individual, sino que, ofuscados por el número, esperaban resultados de la acción colectiva de la gran masa anónima. Esta impresión de la masa y de la máquina maravillosa hicieron olvidar al hombre.

Se va reaccionando contra estos conceptos socialmente, y con más razón se debe reaccionar en los ejércitos.

Oigamos, porque es interesante, lo que un sabio inglés—Ruskin—dice y cita como ejemplo al condenar la falta de afectividad en las relaciones sociales:

«Otro ejemplo, sencillísimo y muy sugestivo, de las relaciones entre patronos y obreros, es el de las relaciones entre un jefe de regimiento y sus subordinados. Admitamos que el jefe pretende solamente aplicar los preceptos de la disciplina, para que el regimiento ande bien, pero imponiéndose poco trabajo. Observando ese principio egoísta no podrá desarrollar por ninguna disciplina administrativa toda la fuerza de sus subordinados.

»Si es inteligente y firme podrá obtener algún mejor resultado que el jefe muelle é incapaz. Supongamos que la inteligencia y la firmeza sean iguales en ambos: seguramente el jefe que tenga mayor conexión directa y personal con sus hombres, que se identifique mejor con sus comunes intereses y que antes sepa apreciar el valor de sus vidas, ese desarrollará su fuerza efectiva gracias al aprecio que por él sientan los inferiores y la confianza que su conducta les inspire; y todo esto en grado tal como no alcanzará por otros medios. Esta ley encuentra su aplicación aún mucho más estrictamente si se trata de superior número de individuos. Una carga podrá darse con éxito aunque los hombres detesten á sus oficiales; una

batalla rara vez podrá ganarse si los soldados no aman á su general.»

Es admirable este concepto en un filósofo que desconocía la guerra y aun sus tratados más elementales; pero este sabio conocía el corazón humano, y por este solo concepto estaba en condiciones de acaudillar tropas mejor, mucho mejor, que otros muchos que por dentro se atiborraron de reglas muertas y por fuera se adornaron con un uniforme vivo.

Mucho más complicados que rozamientos de un orden que pudiéramos llamar mecánico, son aquellos otros de carácter moral y de más fatales consecuencias. El estudio de todos ellos en detalle constituiría por sí solo un libro; mejor dicho, en detalle no podría condensarse en un libro, ni el libro acaso enseñaría á los que desdeñaron las enseñanzas de su propia observación. La guerra, hemos repetido muchas veces, antes que un choque material es un choque moral, y desde luego la preparación moral de las tropas ha de preceder á su preparación material.

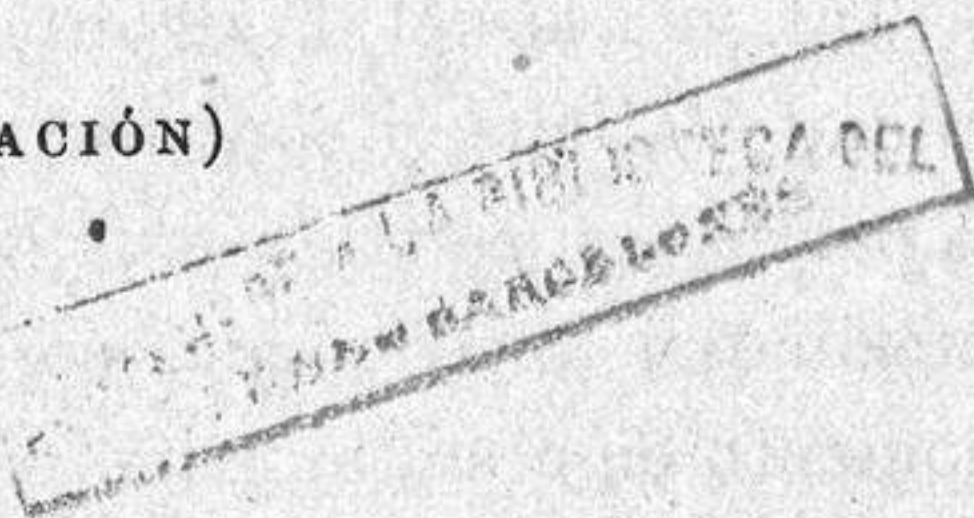
Un caudillo, y más que un caudillo, el mando todo, necesitará en todas las ocasiones ponderar su moral, saber cuánto puede dar de sí; sabiendo cuánto puede dar de sí, sabrá adónde pueden llegar sus hombres y qué tiene derecho á exigir de ellos. Se dictan reglas muy estrictas para saber cómo, cuándo y hasta dónde se deben emplear las armas, pero se olvidan aquellas que dictan cómo, cuándo y hasta dónde se deben emplear los hombres. Y sin embargo, éstos se emplean antes que aquéllas.

El mando es un instrumento de lanzar hombres; pero no es un instrumento ciego. El resorte moral es el elemento impulsor del mando, y éste hay que saberlo graduar á todas las distancias.

RICARDO BURGUETE

POLÍTICA COMERCIAL

(CONTINUACIÓN)



FRANCIA

Francia, por la índole y el estado de su riqueza, mantuvo la política proteccionista hasta la caída de Luis Felipe, sin que las doctrinas de *Adam Smith*, recogidas y divulgadas por *Juan Bautista Say* y por *Bastiat*, llegaran á adquirir estado de derecho en las esferas oficiales hasta la proclamación del imperio de Napoleón III, quien autorizado por la Constitución para modificar por sí los aranceles, y deseoso de congratularse con la masa de su pueblo, introdujo desde luego varias rebajas, con preferencia en los artículos alimenticios, y más tarde, por motivos de política internacional, concertó el tratado de comercio de 1860 con Inglaterra, vigente hasta que los fabulosos gastos producidos por la guerra franco-alemana y las casi unánimes protestas contra los resultados de aquel concierto produjeron el Arancel de 1881, ya con carácter protector, acentuado en 1885 y 1887 y últimamente en 1892, con un éxito que, si no alcanza la brillantez del obtenido por Alemania y otros países, se traduce en un aumento de exportación de cerca de 700 millones de francos en un período de catorce años.

PIAMONTE Y DESPUÉS ITALIA

No puede considerarse como historia italiana la de aquellos innumerables y microscópicos Estados que durante muchos siglos convivieron en la península, lucharon entre sí y aceptaron el yugo de aquel de los poderosos que en cada tiempo quiso imponérselo.

Tal vez la del Piamonte, que inició la constitución de la unidad italiana y supo dar cima á ella, sirviera como punto de partida, si se tratase de la historia política; pero como nos referimos á la económica-comercial, precisa tomarlo desde el momento en que dió principio aquella grande obra.

Coincide este momento con el tratado de comercio franco-inglés de 1860; y como *Cavour*, el alma de la unidad, estaba convencido, como entonces el mundo entero, de que la voluntad de Napoleón, por lo menos en la Europa continental, era omnipotente, empleó toda clase de halagos para que se le mostrase propicia, y entre ellos, tal vez forzando convencimientos propios de insignificante valor, al lado de la idea de la unidad, el de hallar inmejorables los procedimientos comerciales, que á su vez Napoleón había puesto en práctica con el fin de conquistar las simpatías de Inglaterra, que le eran necesarias para otros fines.

Por eso el Piamonte, al mismo tiempo que concibe la idea de la nacionalidad italiana, acepta sin discusión la del libre-cambio, profesada por aquel de quien espera ayuda, ó, por lo menos, complicidad para el despojo que había de realizar en la soberanía de los demás Estados; y al nacer Italia á la vida de las naciones, nace librecambista; pero inmediatamente el estado de la industria nacional, casi embrionario, y la necesidad de dotar un presupuesto, harto desequilibrado por los gastos de constitución y por los trastornos propios del período de ella, condujeron á los gobernantes del novísimo Estado al régimen proteccionista que, seguido progresivamente hasta la

actualidad, si no ha llevado aún al país á un grado de prosperidad igual al de las naciones más adelantadas, por lo menos le ha permitido nivelar el valor de su moneda y afianzar su crédito, harto dudoso en tiempos anteriores, y elevar su exportación de 1.026 millones de liras en 1894 á 1.615 en 1904.

También el imperio austriaco, afecto al sistema protector, se dejó seducir por la corriente librecambista por los años de 1853 al 1876, y siguiendo el ejemplo de otros países, reaccionó en sentido proteccionista desde 1878, haciendo aumentar considerablemente su balanza comercial; y de los demás países, menos importantes por su comercio internacional, sólo señalaremos que generalmente emplean el sistema protector en la medida que el estado de su producción agrícola é industrial lo exigen; y siendo la finalidad de este trabajo apreciar la conducta que á España conviene seguir en el actual estado de la política económico-comercial del mundo, atendida su fuerza productora, á esa conclusión llegaremos, previo un compendiado examen histórico de los procedimientos hasta ahora empleados en nuestra nación.

ESPAÑA

De todas las nacionalidades del globo, ninguna ha requerido para llegar á su constitución y unidad el tiempo, los tesoros y los sacrificios de la española. A excepción de los territorios del antiguo señorío de Vizcaya, incorporados voluntariamente á la corona de Castilla, aunque con reserva de leyes y costumbres propias, que han subsistido hasta época bien reciente, y los de la corona de Aragón, fruto del matrimonio de los Reyes Católicos, la reconquista del solar nacional, empezada en Covadonga y concluída en Granada, absorbe durante un espacio que llega casi á ocho siglos todos los esfuerzos, toda la energía y toda la atención de los españoles. Ante la finalidad de esta empresa, impulsada, tal vez, tanto como por el

amor al solar, por la fe religiosa, ceden todas las demás preocupaciones; y en esta tarea y en la de recompensar la necesaria ayuda á los magnates que, atraídos por el cebo de rico y abundante botín, acuden con fuerzas propias á alistarse bajo las banderas reales, repartiéndoles las tierras conquistadas en inmoderada proporción y colmándoles de honores, privilegios y exenciones, invierten los monarcas españoles, desde los primeros momentos de la reconquista hasta fines del reinado de Enrique IV, su preferente atención.

Cierto que, terminada esta labor con la entrega de Granada, los reyes Don Fernando y Doña Isabel, que por su continuo contacto con el pueblo y con el ejército y por el éxito obtenido, habían realzado la dignidad y la autoridad real hasta un extremo que no conocieron sus antecesores, trataron de remediar tal estado de cosas anulando gran número de donaciones y de mercedes de reinados anteriores, sobre todo las escandalosas otorgadas durante el turbulento y vergonzoso de Enrique IV, y distribuyendo con suma parquedad los nuevos premios á los adalides de la campaña final; pero como de una parte los privilegios subsistían en enorme cantidad, pudiendo afirmarse que más de la mitad del territorio nacional se hallaba emancipada del poder real y otra buena porción se regía por leyes propias, en aquel entonces inmutables, no era época propicia para intentar como complemento de la unidad del territorio la unidad económica.

Terminada la primera, la intransigencia religiosa se acentúa; la Reina Católica, más atenta á sus deberes de conciencia, propios de la época, que á la prosperidad económica de la nación, arroja de su territorio á los judíos, en cuyas manos se hallaban concentradas la riqueza, la ciencia y la actividad mercantil, desde muy antiguo, en el reino castellano. El descubrimiento y la conquista de América con su enorme riqueza de metales preciosos y las fortunas fabulosas que en aquel país se hacían á poca costa, lanzaron hacia él otra emigración de inteligencias atrevidas y arriesgadas, que restaron nuevos

y valiosísimos elementos al desarrollo de la prosperidad económica de la metrópoli.

Por otra parte, la terminación de la reconquista no da fin al ciclo guerrero y conquistador de la raza; las campañas para la posesión del territorio americano enlazan sin solución de continuidad con las de la conquista de Granada, y coincide con aquéllas la de la anexión del Reino de Nápoles y con la enemiga de Fernando el Católico contra Francia, que se ventila en los campos de la península italiana, por las brillantes victorias del Gran Capitán.

Inmediatamente después viene el cesarismo de Carlos I con sus aspiraciones á ser el árbitro del mundo; sus constantes y gloriosas campañas en toda Europa arruinan la riqueza nacional por los continuados subsidios que solicita y le son otorgados, pese á todas las altiveces españolas, y por la despoblación del territorio, cuya parte más inteligente y emprendedora busca la gloria y la riqueza donde entonces se alcanzan, en los ejércitos del Emperador en Europa ó en América, y con abstracción completa de todo otro trabajo de resultados menos ciertos.

Seguir paso á paso nuestra historia política y económica, durante cada uno de los reinados de la Casa de Austria que siguieron al de Carlos I, sería empresa impropia de este lugar; todos saben, porque todos los historiadores lo han dicho, que Felipe II mantiene á duras penas y á costa de titánicos esfuerzos la enorme propiedad territorial que su padre le legara, preparando con su exagerado celo religioso, que no supera, ni siquiera iguala, ninguno de los monarcas españoles anteriores ni posteriores, la independencia de los Estados de Flandes, y dando fin en sus luchas con Inglaterra, originadas por el mismo motivo, que es su pensamiento predominante, al poderío naval español, que no ha vuelto á reconstituirse; nadie ignora que la decadencia de la supremacía española iniciada en este reinado se acentúa y se desarrolla, con celeridad vertiginosa y no contenida un solo momento, en los de Felipe III y Feli-

pe IV, entregados á inhábiles y torpes favoritos, preparando el desastroso de Carlos II; y lo que maravilla y asombra es que á través de tantas empresas guerreras y de tan continuas calamidades, esta nacionalidad, á tanta costa realizada y combatida sin tregua ni descanso en el interior y en el exterior, no sólo aliente aún, sino que dé muestras tan patentes de un posible y rápido resurgimiento como las que lleva dadas desde 1898.

La historia de nuestra política económico-comercial hasta finalizar el reinado de Carlos II limitase á una serie de disposiciones que no obedecen á un plan determinado, sino á necesidades del momento, y aun por los especialísimos lazos de unión entre los diversos antiguos reinos, carecen de unidad; pero como ningún elemento de estudio debe despreciarse, no podemos prescindir de citar aquellos mandatos que, entre otros muchos, nos han parecido más principales, para ilustrar el tema planteado.

Son éstos respecto á

IMPORTACIÓN HASTA FELIPE V

Las pragmáticas de Don Pedro, año 1351; Don Juan I, 1390; Don Enrique III, 1404, y Don Enrique IV, 1462, prohibiendo introducir en los Reinos de Castilla vinagre y sal procedentes de los de Aragón, Navarra y Portugal, derogados respecto á la Corona Aragonesa el año 1480, después de unida con la de Castilla; las de Don Fernando y Doña Isabel, 20 de Agosto de 1500; Don Fernando y Doña Juana, 15 de Septiembre de 1514, y Don Carlos y Doña Juana en 1523, 1525 y 1532, decretando que no pudiera venderse en España seda alguna en madeja, hilo ni capullos procedentes del extranjero; la de Don Carlos y Doña Juana, 1532, para que no introdujeran sábanas de Francia ó de otros países; la de Felipe IV, 1623, disponiendo lo mismo respecto á colchas, camas, sillas, almoha-

das, colgaduras, sobremesas y otras, y asimismo vestidos de hombres y mujeres, y otras de algodón y lienzo cuero, alquimia, latón, plomo, piedra, pelo y otras especies, porque siendo alhajas y trajes inútiles consumen las haciendas y embarazan la labor y fábrica de las que se labran útilmente; de lo que resulta grande inconveniente al Gobierno, pues con eso se quita á los oficiales la ocupación y disposición de ganarse la vida y sustentarse, quedando desacomodada y ociosa infinita gente y en los peligros que obliga la fuerza de la necesidad; la del mismo Rey en las Cortes de Madrid, 1632, para que no entrara por mar trigo, cebada y centeno de fuera del reino, porque junto con ser dañoso á la salud, por venir de ordinario mal acondicionado, por este medio se saca el oro y la plata y se disminuye la labranza de estos reinos, que es el trato principal que hay en ellos, quedándose los campos sin labrar.

EXPORTACIÓN HASTA FELIPE V

Respecto á la saca de mercancías de estos reinos al extranjero, Enrique III en Tordesillas, año 1404, prohíbe la de toda especie de ganados, conminando con crecidas penas á los contraventores. El mismo monarca por la Ley 15, y Enrique IV en Córdoba, 1455, vedan la de legumbres y pan, por el provecho común; Juan II en Ocaña, 1422, y en Valladolid, 1447, confirma las anteriores, porque la extracción de tales artículos «sería gran deservicio de nuestros Reyes, y gran daño de la tierra y de los mantenimientos de los nuestros castillos fronteros y menguamiento para la formación de la flota», legislando en el mismo sentido Enrique IV en Córdoba, 1445; Don Fernando y Doña Isabel en Madrid, por pragmática de 23 de Diciembre de 1502, y Don Carlos I en Valladolid, año 1523, y en Segovia, año 1532, «porque de las sacas del pan y de los ganados de nuestros regnos se nos sigue deservicio, y carestía á nuestros súbditos y naturales»; y Juan II en Ocaña, 1422, Enrique IV en Toledo, 1462; y Don Carlos y Doña Juana en

Valladolid, 1523, en Toledo, 1525, y el mismo Don Carlos en Segovia, 1532, dispusieron que en los arrendamientos de las rentas reales no se ponga condición para se poder sacar de nuestros reynos pan ni carne por mar, ni por tierra fuera de ellos, y que si para ello se diere alguna licencia, por virtud de ella no pueda sacarse pan de ningún lugar, sin dejar en cada uno el bastante necesario para el año.

Asimismo Don Carlos I, y en su nombre Don Felipe, Gobernador á la sazón del Reino, por pragmática de 15 de Mayo de 1552, mandó que no se sacase por mar ni por tierra seda floja, ni torcida, ni tejida, y Carlos II en 23 de Junio de 1699, á consulta del Consejo, fundándose en que habiéndose reconocido los graves perjuicios que se siguen á las fábricas de tejidos de estos nuestros reinos, y á la causa pública, de las extracciones que de algún tiempo á esta parte se hacen para los extraños, de las sedas que se surten dichas fábricas, resolvió prohibir estas extracciones.

FÁBRICAS DEL REINO

Sólo dos disposiciones encontramos antes del reinado de Felipe V encaminadas á fomentar la fabricación, y ambas debidas á Carlos II: la primera, de 13 de Diciembre de 1682, en la que el monarca dice que habiendo sido informado de que una de las causas que ha ocasionado el descaecimiento á las fábricas en estos reinos (donde el aumento debía ser mayor que en otros por la abundancia de sedas, lanas y otros materiales que en ellos hay y son propios frutos suyos), ha sido el haberse llegado á dudar de si el mantener fábricas de paños, sedas, telas y otros cualesquiera tejidos de oro ó plata, seda, lana ó lino, contraviene á la nobleza que en estos reinos gozan los hijosdalgo de sangre y calidad de ella, y por esta duda, muchos nobles dejaron las fábricas que tenían y otros se abstuvieron de abrirlas, declaraba de que por el hecho de haberlas tenido ó tenerlas no se perdía ninguna de las calidades,

inmунidades y prerrogativas de la nobleza, siempre que los propietarios no labraran con sus propias manos; y la segunda, de 9 de Abril de 1685, encargando á los Corregidores donde se conservara alguna fábrica de manufacturas que procuraran su aumento.

DISPOSICIONES RESPECTO AL COMERCIO, DESDE FELIPE V
HASTA FERNANDO VII

A esto hallábase limitada hasta fines del siglo xvii nuestra legislación económico-comercial, que, como puede apreciarse, aun con su tendencia siempre proteccionista, no respondía á las necesidades del comercio internacional ni en aquellos tiempos de su estado rudimentario; y cuando Felipe V recoge la herencia que la política de su abuelo Luis XIV le ha impuesto y ha impuesto á España, encuentra una nación en que para sostener sus derechos, que le disputa el archiduque ayudado por la cuádruple alianza y por gran número de provincias españolas, precisa hombres, dinero, pues el que se recibía de América pasaba íntegro á manos extranjeras para pagar abastecimientos de todas clases y generales extranjeros, porque en este país, á la muerte de Carlos II, no hay un general, ni un sabio, ni un político; ni agricultura, que después del golpe mortal que recibe con la descabellada expulsión de los moriscos, agoniza por la falta de brazos que emigran á América en busca de rápidas y fáciles fortunas; y ni industria ni comercio, porque en este país de hidalgos por excelencia, la nobleza, en la que radican los elementos de territorio y de fortuna para su desarrollo, obsesionada por pretendidas y ridículas leyes caballerescas, y especialmente por las anacrónicas y absurdas Constituciones de las llamadas Ordenes Militares, en las que se estima deshonoroso el trabajo, huye de aquéllas como de un cuerpo apestado cuyo contacto puede hacerla perder los fueros, exenciones y privilegios otorgados á la verdadera hidalguía, á la que no trabaja, aunque de ella surja el hidalgo de gotera

que nos caracteriza ante el mundo, sin que las pragmáticas de Carlos II y Carlos III, declarando que la hidalguía no es incompatible con el ejercicio de la industria y del comercio, alcancen á destruir los prejuicios de raza que aun se conservan, sobre todo en las citadas Ordenes, como lo demuestran hechos bien recientes, y que más que la desvinculación, han sido causa de la ruina de la mayor parte de nuestra antigua nobleza.

Viene el nuevo monarca, como nacido y educado en el país más poderoso y tal vez el más rico en aquel entonces, con los impulsos generosos que desde el principio de su reinado le hacen adquirir el sobrenombre de «el Animoso», tan merecido, que ni le desalienta la formidable lucha que con las armas en la mano tiene que sostener para afianzarse en el trono, ni la menos titánica que representa la reconstitución política, administrativa, comercial, económica y hasta moral de un país que carece de todo; y desde el principio de su reinado, cuando aún las preocupaciones propias de una lucha de resultados inciertos pesan sobre él, ya empieza á dedicar su atención al engrandecimiento material de su nueva patria, dictando para el progreso de la fabricación el decreto de 4 de Diciembre de 1705, por el que se ofrecen á los fabricantes garantías tales como la de la venta segura y el envío de personal inteligente á los que lo necesitasen.

Siguen á éste, relacionados con la importación, el decreto de 25 de Octubre de 1717, que establece represalias contra Portugal por haber prohibido este reino la entrada de vinos y aguardientes de procedencia española; los de 20 de Junio y 17 de Septiembre de 1718, que prohíben la introducción de telas y tejidos de algodón y seda de la China y otras partes de Asia, por lo que descaecen las manufacturas de estos reinos, no hallando salida y despacho de sus géneros por la abundancia de los otros; y el de 4 de Junio de 1728, haciendo extensivo el anterior á los tejidos de algodón y lienzos pintados de todas las procedencias, por las mismas razones de perjuicio á la producción nacional.

Dado el impulso á la tarea de reconstituir la industria y fomentar el comercio, los sucesores de aquel monarca siguen la tradición hasta principios del siglo XIX, en que empieza lo que consideramos como época moderna de la política comercial, y concurren á la labor, resolviendo respecto á las fábricas: Carlos III, por cédula de 8 de Marzo de 1778, que los fabricantes no estén sujetos en la marca, cuenta y peso de sus tejidos y puedan imitar los de seda, plata y oro de León de Francia; por la de 27 de Noviembre de 1778 restablece la ordenanza de 1684 que obliga á los tejidos extranjeros una marca, cuenta y peso determinados; por otra de 14 de Diciembre de 1784 concede á los fabricantes de lienzo, lino y cáñamo libertad de fabricar sus géneros en la forma que crean más conveniente; por otra de 22 de Mayo de 1786 establece escuelas de hilaza de lana para adelantar sus fábricas y tejidos; por otra de 22 de Junio de 1787 autoriza á los fabricantes para tener los telares de sus manufacturas sin limitación de número; por otro de 11 de Octubre de 1789 faculta á los fabricantes de tejidos para inventarlos, imitarlos y variarlos libremente, sin sujeción á cuenta, marca ni peso, exigiéndoles sólo que en ellos pusieran el nombre del fabricante y el pueblo de su residencia; por otra de 16 de Noviembre de 1760 aprueba las Ordenanzas de los fabricantes de bayetas finas para que su mayor perfección evite las crecidas compras que se hacían en Inglaterra, y por otra de 2 de Diciembre de 1768 dió libre facultad para establecer fábricas de jabón duro y blando, sin más limitación que la de asegurar el pago de los reales derechos.

Fernando VI, por decreto de 18 de Junio de 1756, declara que están exentas de alcabalas y cientos las fábricas de paños y sus similares; las de tejidos de seda con plata, las de seda sólo y las de medias; las de sombreros, loza, vidrios finos y de otros artículos. Carlos III, por cédula de 20 de Diciembre de 1772, fijó en un 2,5 por 100 los derechos de exportación para el extranjero, para las manufacturas de lana, lino y cáñamo fabricadas en el reino, eximiéndolas de cualquier otro

tributo interior, y señala á la salida de estos productos no manufacturados el 15 por 100 efectivo de todo su valor, regulado sin gracia ni moderación alguna; por otra de 6 de Abril de 1775 declara libre de derechos de entrada el lino y cáñamo extranjero y los utensilios y máquinas para el hilado, tejido y torcido de dichas materias, con el fin de dar los auxilios correspondientes á las manufacturas de linos y cáñamos que se promuevan en Galicia y Asturias, bajo las órdenes de su Consejo; por otra de 23 de Abril de 1778 hace extensivas á otras fábricas las exenciones concedidas en 18 de Junio de 1756, que sucesivamente van ampliándose en real orden de 24 de Diciembre de 1779 y cédula de 28 de Enero de 1780, á las fábricas de jarcia y cordelería para el surtimiento de embarcaciones; en 29 de Mayo de 1785 y 9 de Noviembre de 1786, al lino y cáñamo del reino para su venta en Castilla; en 18 de Noviembre de 1779, á las fábricas y demás tejidos de lana del reino de las clases inferiores, según estaban ya concedidas desde el decreto de 15 de Junio de 1756, á las clases finas, debiendo satisfacer los procedentes del extranjero el 10 por 100, á reserva de llegar, cuando se estime conveniente, al 14 por 100 riguroso, que es lo que previenen las leyes del reino; en 26 de Octubre de 1780, á las fábricas de papel, eximiendo de derechos lo mismo al trapo y carnaza nacionales que extranjeros, cuya exportación se prohíbe, y fijando el tributo del 2 por 100 al papel de procedencia española, y el 10 por 100 al extranjero; en 16 de Junio de 1786, se amplían las franquicias y exenciones de alcabalas y cientos á los fabricantes de tejidos de lana, curtidos, sombreros y papel del reino; en 18 de Abril de 1789, se otorga libertad de derechos al filadillo ó filadis extranjero, sin hilos, que se introduzcan para las fábricas establecidas en España; y en fin, por otras cédulas de 20 de Septiembre de 1782, 29 de Julio de 1787, 11 de Julio de 1795 y 23 de Abril de 1798, se hacen extensivas á las fábricas de botones de uña y ballena, á las de tornear marfil, carey y todo género de maderas preciosas; á las de cerveza y á las de albayalde, permi-

tiéndose la libre importación de primeras materias y resolviéndose en 16 de Mayo de 1791, con carácter general, que fuera libre también la introducción de los instrumentos, herramientas, efectos simples y demás que necesiten para sus operaciones las fábricas de estos reinos; aparte de otros mandatos dictados para casos particulares que se omiten por su mucha extensión.

—

No menos numerosos y eficaces acuerdos que los encaminados á fomentar la industria nacional en el interior, se adoptan en las relaciones mercantiles con el exterior, por los sucesores de Felipe V, prohibiéndose por Carlos III en 13 de Septiembre de 1759, 21 de Mayo de 1767, 8 de Julio de 1768, 27 de Octubre de 1769, 24 de Junio de 1770, 7 de Mayo de 1763, 12 de Febrero de 1774, 2 de Junio y 14 de Julio de 1778, 24 de Mayo de 1779 y 24 de Junio de 1783, la importación de géneros con plata y oro falsos, holandillas extranjeras, estampados de hilo ó algodón ó con mezcla de él, y las cotonadas y otros géneros semejantes; la entrada y uso de las muselinas y las de tejidos de algodón ó con mezcla de él, extranjeros; los sombreros fabricados en Portugal, los libros encuadernados fuera del reino, los vestidos y ropas hechas, los gorros y guantes y otras manufacturas de lino, cáñamo, lana y algodón y otras varias manufacturas; y por Carlos IV, en 21 de Julio de 1791, 25 de Enero y 8 de Febrero de 1792 y 22 de Septiembre de 1793, la de telas extranjeras de seda para ornamentos de iglesias, porque en Toledo y otras partes se fabrican desde las más comunes hasta las más ricas que se deseen; las de cintas guarnecidas con flores al canto, y las de hebillas de suela con piedras de acero, porque perjudican á nuestras fábricas.

—

En materia de exportaciones, Felipe V, en 4 de Junio de 1709, ordena se respeten las leyes prohibitivas de sacar granos y caballos del reino; en 12 de Agosto de 1724 prohíbe extraer granos para Portugal; en 22 de Octubre de 1737 y 13

de Mayo de 1739, la de seda en rama y torcida, permitiéndose la labrada; Fernando VI declaró en vigor lo mandado por Carlos II en 23 de Junio de 1699 respecto á la prohibición de exportar lanas bastas y ordinarias, y concedió á los fabricantes el derecho de tanteo. Carlos III, en 1783, aumentó en doce reales los derechos de exportación de cada arroba de lana fina ó entrefina; él mismo, en 1768, prohibió la exportación de la rubia en raíz ó graneada, porque la mayor fuerza del comercio activo en las producciones propias de las primeras materias consiste en manufacturarlas ó en darlas todo el beneficio de que sean capaces para venderlas á mejores precios y tener en qué ocupar útilmente muchas personas; y en 1783, la extracción del esparto en rama.

ADUANAS

La falta de obras españolas relacionadas con la política comercial de nuestro país, de que al principio nos lamentamos, crea á cualquier autor moderno dificultades insuperables para tratar de esta materia, y el del presente trabajo, rindiendo culto á la verdad, declara que no hubiera podido ocuparse con la debida extensión de la parte referente á régimen aduanero sin ayuda de la obra que D. Ramón María Mainar, vista de Aduana de Santa Cruz de Tenerife, editó en 1851.

Por ella sabe que después de la reunión definitiva de Castilla y León, el rey Don Fernando III, cuando conquistó á Sevilla, hubo de confirmar los derechos que cobraban los árabes sobre el valor de los géneros á razón del 15 por 100 los de lana, el 10 por 100 los de seda, el 11 por 100 los de seda y oro y el 13 por 100 los restantes; mandando además formar un cuaderno expresivo de todas las mercaderías para cobrar aquéllos, y que éste fué el primer arancel de Aduanas.

Que Alfonso X, en su deseo de proteger al comercio, hizo cobrar la octava parte del precio ó valor de los géneros que entraban ó salían, excepto las mercancías para su uso y las he-

rramientas para labrar las heredades de los exportadores.

Que las Cortes celebradas en Valladolid el año de 1258 inauguraron las leyes prohibitivas pidiendo se impidiese la extracción de caballos y ganados del reino, como así se acordó por la ley V, título VII, partida 5.^a

Que el mismo Alfonso X, atendiendo á los agravios que le expusieron los mercaderes en 1281, y manteniendo los derechos establecidos, les concedió que, previo el pago de ellos, pudieran entrar libremente géneros extranjeros y sacarlos del reino en cantidad igual al adeudo hecho por aquéllos; privilegio confirmado por las Cortes en 1351.

Que en las Cortes de Burgos, 1315; Valladolid, 1351; Toro, 1366 y 1374; Segovia, 1380; Briviesca, 1387, y Palencia, 1388, y en los ordenamientos de Alcalá, Medina, Burgos y Toledo, 1370, 1377 y 1378, se redujo el catálogo de los géneros de ilícita extracción al pan, cebada, ganados, plata, oro, seda, moros, moras y conejos, estableciéndose para el cumplimiento de estos mandatos el primer resguardo aduanero.

Que Enrique III impuso derechos especiales á las mercaderías que introdujeran en Castilla los súbditos de los reyes de Aragón y Navarra.

Que Juan II publicó en 1431 nuevas tarifas para el cobro de derechos de Aduanas; en 1446 las leyes de puertos secos, y en 1450 la ordenanza de los puertos de mar; leyes que redujeron los derechos de los géneros extranjeros al 5 por 100 de su valor, exceptuándose las mulas, mulos, toros, añojos, carneros, ovejas, trigo, cebada y centeno, que figuraban con derechos fijos.

Que se fijaron Aduanas ó puertos de entrada por tierra en Logroño, Calahorra, Molina y Victoria, pagando los paños á su introducción un diezmo en los puertos de mar y otro en los de tierra.

Que las Cortes de Barcelona de 1413 mandaron que las mercancías, tanto á su entrada como á su salida de Cataluña, pagasen dos tercios por ciento del valor que hubiesen tenido

en su compra; los granos, legumbres, vino y tocino, el 5 por 100 á la salida; y quedaran libres á la entrada la plata, vajillas, joyas, vestidos y utensilios, si se extraían para comerciar, el 2,5 por ciento; los paños y manufacturas que se llevaran á las ferias ó que vinieran de fuera, en la parte que se vendían, 0,75 por 100, y la mitad las nacionales; el 3 por 100 á la salida las maderas para la construcción naval, arboladuras y buques hechos en Cataluña que se vendiesen á los extranjeros, declarando libres de derechos los envases y las mercancías cuyo valor no llegase á 20 reales.

Que por las leyes de Aduanas de Cartagena, Granada y Murcia, publicadas en 1479 y 1503, se fijaron los derechos de extracción en el 5 por 100.

Que por el Acta de Navegación de 1500 se prohibió la carga en buques extranjeros cuando los había españoles, exceptuándose por Pragmática de 1501 los de la nación inglesa.

Que en 1639, para consumir la moneda de vellón, se estableció un recargo de 1,5 por 100 sobre los derechos de Aduanas; desde este año hasta el de 1665, además de la alcabala se impuso un 4 por 100, rebajado al 2 en 1668.

Que Felipe IV añadió un 4 por 100 sobre las importaciones y exportaciones para los gastos de su casamiento, y otro 1 por 100 en 1654 para los del bolsillo secreto, recargándose en 1665 con otro 2 por 100.

Que los tratados de 1601 y 1647, con las ciudades anseáticas; 1660, con Francia; 1650 y 1676, con Holanda, y 1630, 1635 y 1661, con Inglaterra, hicieron á estas naciones dueñas de nuestro comercio; ratificándose además en 1645 los antiguos privilegios que gozaban los ingleses, otorgándoles el nuevo de mantener un juez conservador que entendiera de sus causas á cambio de 35.000 maravedises cada quince años, que nunca pagó el Gobierno británico.

Que por el tratado de Madrid de 23 de Mayo de 1667 se concedió á los ingleses comprar y vender en España, y á los españoles en Inglaterra, en las mismas condiciones que los

vasallos de cada una de las naciones, pagando los respectivos derechos de alcabalas y Aduanas, pero sin ninguna otra carga; eliminándose de esta libertad las colonias respectivas en América por el tratado de 1670.

Que desde 1603 hasta 1661 estuvieron arrendadas las Aduanas, rebajando Felipe IV, al volver á la Real Hacienda, algunos derechos.

Que en 1663 se arrendaron de nuevo, autorizándose al arrendatario para hacer cuantas bajas quisiera, y que á las maquinaciones de éste para alcanzar mayor beneficio inundaron el mercado nacional de géneros extranjeros.

ADUANAS DESDE FELIPE V

Extractadas en otro lugar las disposiciones adoptadas por Felipe V y sus sucesores respecto al fomento de la industria nacional, y á la exportación é importación en cuanto en ella pudieran influir, procederemos á hacer la reseña de las que dictaron en materia puramente fiscal.

Fué uno de los primeros cuidados de Felipe V, tan luego como los de la guerra se lo permitieron, organizar las rentas generales; y al efecto, en 1714 encargó de su administración á un superintendente general, dando, en 1717, reglas fijas para el adeudo de derechos de Aduanas; pero poco tiempo después se vió precisado á arrendarlas de nuevo, y así continuaron hasta 1750, en que la administración volvió á hacerse cargo de ellas de modo definitivo.

Antes y después dictó varios acuerdos relacionados con la renta, y entre ellos la Real orden de 5 de Marzo de 1747, declarando libre la exportación de aguardiente; la de 26 de Diciembre de 1749, que rebajó á 80 maravedises de vellón por cada libra de peso los derechos de los tejidos y manufacturas de seda que se exportaran; la de 10 de Marzo de 1750, declarando la entera libertad de la extracción de los pescados para el extranjero, y la que dió Fernando VI en 28 de Agosto de

1756 permitió la salida libre de los vinos en embarcaciones españolas y de los granos en el tiempo en que estuviere permitida su extracción.

Carlos III, por decreto de 1765, dispuso que fuera libre el comercio con las islas de Cuba, Santo Domingo, Puerto Rico, Margarita y Trinidad, habilitándose al efecto los puertos de Cádiz, Sevilla, Cartagena, Málaga, Alicante, Barcelona, Santander, Coruña y Gijón, mandando cobrar, en lugar de los derechos de palmeo que se percibían, un 6 por 100 de todos los géneros manufacturados en estos reinos ó producidos en ellos, y el 7 por 100, además de los derechos de introducción, á los procedentes del extranjero; que los géneros de todas procedencias, incluso la nacional, que no estaban sujetos al palmeo, tributasen conforme á los derechos establecidos en el proyecto del año de 1720.

En 1782 se unificaron los diversos aranceles que hasta entonces venían rigiendo, fijándose en un 15 por 100 el importe de los derechos sobre el valor de las mercancías en general; un 2 por 100 cuando eran importadas con bandera distinta á la del país de procedencia para el almirantazgo y habilitación; las de cáñamo, lino, lana, seda, quincalla, cacao y azúcar, fueron aumentadas con el 5 por 100 para el fondo de sales; otro 5 por 100 de aumento se exigía á todos los géneros extranjeros con el título de *Internación*, y el 10 por 100 á los pescados y bacalao.

Los productos de la agricultura é industria nacional, en número de más de cuatrocientos, quedaron libres de derechos de exportación, y á otros se les concedieron importantes rebajas en el 15 por 100 señalado por el arancel de 1733; y por el reglamento de 1778, entraban libres en la Península más de 200 artículos procedentes de América, pagando los demás del 3 al 5 por 100 y del 3 al 20 los que se destinaban al extranjero.

Carlos IV, por Real orden de 30 de Marzo de 1789, elevó los derechos de importación del papel pintado desde 10 á 34

maravedises; en 7 de Septiembre del mismo año alzó la prohibición de importar muselinas, imponiéndolas el 15 por 100 del valor y el 10 por 100 por rentas provinciales en las ventas que se ejecutasen en el interior; en 23 de Febrero de 1796, declaró libres á la entrada y de derechos de *internación* las pieles y cueros destinados á las fábricas de curtidos de España; en 19 de Febrero del mismo año, recargó en 24 reales por docena los abanicos fabricados en el extranjero.

En 14 de Abril de 1802 se publicó el arancel general de los frutos, géneros y efectos prohibidos de importar; de los que podían exportarse libres de derechos, de los que debían satisfacerlos á la salida y de los que lo hacían con prima, acordándose también premios para la exportación en embarcaciones españolas.

Durante el período de la guerra de la Independencia se paraliza todo género de acuerdos, y terminada ésta, se dictó, en 12 de Junio de 1815, una instrucción para los adeudos de Aduanas, ampliada y reformada en 16 de Abril de 1816. En 18 de Mayo siguiente se prohíbe la introducción del jabón extranjero en la Península por la competencia ruinosa; en 6 de Julio de 1817 se suprime toda clase de derechos para cuantos instrumentos de nueva invención, conocidamente útiles para el fomento de la agricultura, y las herramientas, modelos y máquinas de la misma clase que introdujesen los labradores y las sociedades económicas; se elevan, en 26 de Julio del mismo año, á 35 por 100 los impuestos sobre chales y pañuelos de seda cortados.

Prohíbese, en 7 de Noviembre de 1817, la introducción de botones, escudos, carrilleras, armas y prendas de vestuario con destino al ejército; se impone, por Real orden de 9 de Enero de 1820, el 30 por 100 á toda clase de sombreritos, monterillas y gorros extranjeros de paja, palma, viruta y cerda; para proteger la agricultura se acuerda, por Reales órdenes de 24 de Diciembre de 1819 y 7 de Marzo de 1820, la libre exportación de aceites, granos, semillas y legumbres, señalándose

crecidos derechos de importación para estos artículos y para el ganado vacuno, lanar, cabrío, cerda, caballar, mular y asnal; por ley de 6 de Septiembre de 1820 se prohíbe la introducción de trigo, de centeno, maíz, mijo, avena y demás granos y harinas extranjeros, mientras la fanega de trigo nacional no excediere de un valor de 80 reales vellón y de 120 el quintal de harina; se unificaron, por decreto de 5 de Octubre del mismo año, los aranceles de Aduanas en toda la Monarquía, adoptándose el modelo presentado por la Junta creada en 13 de Abril de 1816; se fijó en un 30 por 100 sobre los avales del arancel general el máximo de los derechos de importación para productos extranjeros, y el 10 por 100 para la exportación de los nacionales; fué prohibida en 1.º de Diciembre de 1821 la importación de carbón de piedra, turba y cualquier otro combustible.

Anulados por Fernando VII, en decreto de 1.º de Octubre de 1823, todos los actos de gobierno del primer período constitucional, restableció en 16 de Febrero de 1824 la Junta de aranceles que funcionaba desde 1816, y ésta, en 1825, presentó el proyecto de arancel, aprobado por el rey en 8 de Marzo de 1826. La base de éste, que ha regido hasta 1841, fué la imposición del 15 y el 25 por 100 como derechos sobre las mercaderías extranjeras, respetando la libertad foral de las Provincias Vascongadas y Navarra, y declarando prohibida la importación de más de 500 artículos, que la ley de 1841 dejó reducidos á 94, al propio tiempo que establecía una nueva subdivisión de partidas dentro de los límites del 15 al 25 por 100 fijado en 1836, dejando subsistentes del 40 al 50 por 100 para el bacalao, el arroz y el hierro forjado, y el 30 por 100 para los tejidos de lana, cáñamo y seda.

Modificáronse estas tarifas en 1845 respecto á la maquinaria extranjera, con el fin de proteger á la industria nacional; se permitió desde el 15 de Septiembre de 1847 la entrada de papel cortado para colocar alfileres y preservarlos de la oxidación, con el fin de proteger á la industria alfilerera establecida

por entonces en Bilbao, y en 5 de Marzo de 1849 se admitieron en las mismas condiciones que las máquinas destinadas á la elaboración de productos agrícolas las prensas de moler aceituna y los útiles necesarios para fabricar y mejorar el aguardiente.

SISTEMA ARANCELARIO MODERNO

Y llegamos en el desarrollo de nuestro sistema aduanero al momento más interesante, aquel que precede á la formación de los aranceles de 1849.

Imponía el artículo 2.º de la ley de 1841 al Gobierno el deber de presentar al principio de la legislatura inmediata un proyecto complementario de los aranceles, en que debían incluirse los cereales y los algodones; y como por aquel entonces las doctrinas librecambistas habían hecho gran camino en España, la lucha entre los partidarios de éstos y los proteccionistas hizo imposible el inmediato cumplimiento de aquella disposición.

Los cereales y, sobre todo, los algodones fueron el tema de la contienda, porque alarmados los catalanes ante la posibilidad de que unas nuevas tarifas pudieran causar perjuicios para el desarrollo de su industria, opusieron todos sus esfuerzos á la reforma; y aunque por el sentido que informaba la ley de 17 de Julio de 1849 los aranceles que de ella se derivaran no podían dejar, no obstante su orientación liberal, de proteger á la industria del país, las protestas fueron tales y de tal calidad, que sólo después de enviar á Cataluña un comisario regio, que personalmente se informara é informara al Gobierno del fundamento de ellas, se decidió á publicar el real decreto de 5 de Octubre del mismo año, por el que puso en vigor los nuevos aranceles reformados conforme á las bases de la ley de 17 de Julio, por los que se redujeron á sólo 14 los artículos prohibidos de importar y se aumentaron los derechos protectores de la industria en muchos artículos desde el 35 al 55 por 100.

A partir de este primer período, la lucha entre los proteccionistas y libremercantistas españoles no tiene punto de reposo, y de día en día adquiere caracteres de más acentuada intranquilidad; constitúyese en Madrid el año de 1859 la asociación para la reforma de los aranceles, al frente de la cual figuran inteligencias tan extraordinarias como Alcalá Galiano, Moret, Figuerola, Castelar, Pedregal, Azcárate y otros, que, liberales en política, hacen depender de todas las libertades, incluso la de comercio, la prosperidad y la grandeza de la patria.

Responden á estos ilustres mantenedores de la escuela libremercantista Rodríguez Sampedro, Morquecho, Menéndez Lueza y otros proteccionistas, sobre todo catalanes, no menos notables, aunque no tan conocidos en el campo de la política militante; y aunque la influencia de la nueva escuela alcanza en 1863 la rebaja de los derechos del papel de imprimir, y en el Tratado de Comercio de 1865 con Francia otras reducciones, ninguno de ambos contendientes puede atribuirse la victoria en el período que media hasta 1868.

Llegan en esta época, que señala una verdadera transformación en la historia de España, á dirigir los destinos del país y á compartir las responsabilidades del gobierno los más esforzados mantenedores de las doctrinas libremercantistas, y uno de ellos, el Sr. Figuerola, ministro de Hacienda, decreta la supresión del derecho diferencial de bandera.

Las Cortes, por su parte, en el articulado de la ley de Presupuestos para 1869-70, acordaron variar el régimen respecto á los cereales y algodones, dejar sin efecto todas las prohibiciones de entrada y salida de mercancías, rebajar los derechos hasta el 15 por 100 *ad valorem* en el plazo de doce años, pudiendo llegar al 30 por 100 la generalidad de las mercancías, y al 35 ciertos géneros cuya introducción no estaba hasta entonces permitida; y aunque, como se ve, los procedimientos libremercantistas resultaban en esta reforma aplicados con cierta tímida prudencia, el Gobierno de Don Alfonso XII hubo de

suspender gran parte de sus efectos por real decreto de 15 de Junio de 1875.

Este primer Gobierno de la Restauración, sin embargo, bien por propios convencimientos ó porque en la esfera política no se estimara como un retroceso, no acometió de frente á las ideas librecambistas; y cuando Alemania en 1879 y Francia en 1881, ante los graves trastornos que aquéllas habían producido en su industria y su comercio, adoptaban de nuevo el régimen protector, los liberales españoles que á la sazón nos gobernaban, perpetuamente enamorados de los ideales y ajenos á la experiencia, por poco halagüeña que fuera, se manifiestan por esta vez fuertes de espíritu y sustrayéndose á extraños ejemplos, que en cualquier momento, sobre todo cuando proceden de Francia, nos apresuramos á copiar ó á imitar, con poca fortuna casi siempre; por ley de 6 de Julio de 1882 restablecen la base 5.^a arancelaria de las aprobadas por la ley económica para 1869-70; rebajan sin demora los derechos que fluctuaban entre el 15 y el 20 por 100 al 15; disponen que los del 20 por 100 se reduzcan por terceras partes también hasta el 15; y en el tratado con Francia acentúan aún más su tendencia librecambista, sin que las protestas que los productores y fabricantes españoles formulan merezcan atención de quienes profesan la máxima de salvar el ideal aunque lo práctico y lo útil perezcan.

Pero estas ventajas no bastan á satisfacer á los partidarios del librecambio; antes bien, parecen estimularlos para continuar la lucha hasta conseguir la implantación del sistema en toda su pureza, y para ello promueven los *meetings* de 8 de Enero, 25 de Marzo, 21 de Mayo y 26 de Noviembre de 1882; de 11 de Marzo, 24 de Junio y 10 de Noviembre de 1883; de 1.^o y 8 de Marzo y 7 de Junio de 1885; 13 de Junio de 1886; 1.^o de Mayo de 1887 y 24 de Enero de 1892, en que larga y elocuentemente los Sres. Figuerola, Azcárate, Moret, Pedregal, Montoro, Rodríguez (D. G.), duque de Almodóvar del Río, Puigcerver y otros, tratan de retener la opinión pública, que

ya entonces empieza á sentirse tibia en la defensa de los ideales, y poco tiempo después se manifiesta en general resueltamente adversa.

Así se demostró en la información llevada á cabo en 1890, como preliminar para la nueva reforma arancelaria, pronunciándose, en vista del resultado, por el sistema proteccionista 36 individuos de la Comisión oficial, y en contra sólo 3: los señores Moret, duque de Almodóvar del Río y el marqués de Aguilar de Campóo, que presentaron voto particular.

Resolvióse como consecuencia del acuerdo de la inmensa mayoría, por R. D. de 24 de Diciembre de 1890, la derogación definitiva de la base 5.^a, apéndice letra C de la ley de 1.^o de Julio de 1869, y las demás bases del mismo apéndice; la ley de 6 de Julio de 1882 y todas las demás disposiciones que fijaran plazos y reglas para rebajas ó imposición de derechos y para clasificación de mercancías en los aranceles de Aduanas, elevando al propio tiempo los derechos de importación á los ganados y sus carnes, y estableciéndolos sobre los cereales y sus harinas, que se hallaban libres por los tratados.

El nuevo arancel, publicado en 31 de Diciembre de 1891, empieza á regir en 1.^o de Febrero de 1892; y ya sacudida la pesadumbre idealista, imperante desde 1869, se emprenden los rumbos que toda Europa continental venía siguiendo desde 1879.

La industria siderúrgica, no obstante las quejas producidas por descontentadizos exclusivismos regionales, al amparo de las nuevas tarifas, recargadas en un 10 por 100 el año de 1897 y hasta el 20 el 1892, y de la ley de 24 de Septiembre de 1896 respecto al material de ferrocarriles, aumenta su producción de lingote desde 40.000 toneladas en 1874 á 378.000 en 1903, progresión que, aunque lenta, según declara persona de tanta autoridad como el Sr. Alzola, excede del consumo interior; la producción de la industria de hierro y acero pasa desde 718.200 toneladas en 1898 á 232.000 en 1903; las fábricas españolas de material fijo de ferrocarriles producen ya

más de lo que puede invertirse en el país, y si no sucede lo mismo con las locomotoras, que también se fabrican, más que á diferencias arancelarias puede atribuirse á otras, cuyo análisis no es propio de este trabajo.

Baja la importación del papel de 4.878 toneladas en 1890 á 2.551 en 1904, y en cambio la exportación, nula en la primera fecha, se eleva en la segunda á 4.418 toneladas; la fabricación de tejidos, sobre todo en las clases ordinarias, es superior á las necesidades del consumo; y con el margen protector concedido á la agricultura y sus derivados en 1899, se promovió un movimiento extraordinario para fomentar los productos de la tierra, que empieza á traducirse en una progresiva mejora en todos ellos, sin que por ello el comercio exterior en general haya padecido daño alguno, pues las estadísticas demuestran que tanto las importaciones como las exportaciones aumentaron progresivamente desde 1891, y siguen elevándose.

Nada tiene de extraño, pues, que el florecimiento de todas las ramas de la producción española, fuertemente defendidos por el arancel de 1891, haya dado nuevos alientos á los constantes defensores del régimen proteccionista, corrigiendo y mejorando aquellas deficiencias que la práctica ha puesto de manifiesto, y que el arancel acabado de promulgar por el partido liberal, baluarte siempre de las doctrinas librecambistas, señale un margen aún más protector que el de 1891, sin que por ello hayan surgido otras protestas que las promovidas en casos especiales que no afectan á la generalidad de la obra.

CONCLUSIONES

Lógico es, y más que lógico, preciso, que todo autor de un trabajo de la índole del presente deduzca las consecuencias que del mismo se desprenden; y como este deber resulta ineludible para los que militan en los partidos gubernamentales, y con sus actos han podido, ó pueden en lo sucesivo, influir di-

rectamente en las determinaciones que se adopten respecto á la prosperidad económica y comercial de la Nación, no ha de prescindir él de esta manera de exponerlos.

Inglaterra, que para remediar las deficiencias de su suelo se refugia desde mediados del siglo XIV en la industria, cuya riqueza le han enseñado á apreciar las ciudades anseáticas, monopolizadoras de su mercado, alcanza á fines del siglo XVIII, al amparo de un régimen protector y casi prohibitivo, un grado tal de prosperidad y de desarrollo industrial, que no solamente la escudan contra toda competencia extranjera, sino que la obligan á buscar, á toda costa, mercados exteriores que absorban el enorme sobrante de sus productos.

Necesita abastecimientos económicos, sobre todo de cereales, granos y primeras materias, procedentes de otras naciones; y como éstas á su vez han de menester los productos fabriles de la Gran Bretaña, nada más natural que las doctrinas librecambistas iniciadas por Adam *Smith* en 1776 sean acogidas con entusiasmo por los ingleses, toda vez que su planteamiento les garantiza la consecución de dos grandes fines: rebajar el precio de los alimentos, cubriendo el *déficit* de la producción de su suelo con importaciones procedentes del extranjero, proveyéndose de primeras materias para la fabricación á precios reducidos, y colocar por medio de la exportación el abundante *superávit* de su industria, verdadera fuente de la riqueza nacional; como nada tiene de extraño que esta nación se resista á variar de régimen, no obstante los adelantos industriales de las demás, porque con 500 millones de súbditos, consumidores *a fortiori* de los productos ingleses, nada puede temer en la actualidad á las extrañas competencias.

Los Estados Unidos del Norte de América, cuando consiguen su independencia, hállanse en posesión de un inmenso y virgen territorio apto para todos los cultivos; pero con una población reducidísima y sin la más insignificante industria, cuya existencia, como ya hemos dicho, estaba vedada en absoluto por la antigua metrópoli; y hombres de la misma raza, del

mismo sentido práctico, de los mismos arrestos que los que fueron sus dominadores, no olvidan que éstos debían su esplendorosa riqueza al exclusivismo nacional, basado en la protección á todo lo indígena, sistema aún en vigor á la sazón. Así, aunque al principio la necesidad de proveerse de artículos manufacturados y de maquinaria, que no poseían, les obligó á fijar derechos módicos para la importación, tan pronto como su industria comenzó á iniciarse empiezan los derechos protectores, que aumentan de día en día, hasta llegar al Arancel vigente, el más elevado de cuantos se conocen; y lo mismo que Inglaterra, á la sombra del régimen protector, alcanza una asombrosa producción industrial que compite con las primeras del mundo, no obstante la diferencia de condiciones en que la lucha se desarrolla, por el progreso industrial que al mismo tiempo se observa en todos los países y de la terrible competencia de la inglesa, ya en su mayor grado de desarrollo cuando empieza á nacer la de los Estados Unidos.

De que éstos, dueños únicos de la industria fabril, como lo fué durante muchos años Inglaterra, no hubieran aceptado el librecurso como aquélla y con los mismos propósitos, no es posible responder; pero los tiempos son muy distintos, y nadie, en la época presente, y menos los norteamericanos, podría aventurarse sin seguros y grandes perjuicios á semejantes pruebas.

De las demás naciones, cuyas vicisitudes proteccionistas y librecursoistas quedan relatadas, no hay para qué ocuparse especialmente; el solo relato del desarrollo conseguido bajo uno ú otro sistema bastan para demostrar que las teorías del librecurso no respondieron en la práctica á los resultados que sus mantenedores preconizaban.

Cuanto á España, inútil sería decir, si no quedaran algunos que sostienen la tesis contraria, que sólo á la sombra de un régimen más ó menos moderado, pero siempre protector en la medida necesaria, podrá alcanzarse el perfeccionamiento de las industrias existentes, la creación de otras nuevas y el re-

surgimiento de la agricultura; porque un país como el nuestro, con productos agrícolas insuficientes para su sustentación, con una industria incapaz de competir por ahora con ninguna similar extranjera, falta del espíritu de asociación de capitales, base de todas las grandes empresas, y de arrestos para todo aquello que no sean idealismos, la apertura de las fronteras y de los puertos para los productos extranjeros de todas clases representaría la muerte de la industria y de la agricultura; porque los productos de ambas inundarían nuestros mercados, más perfectos y más baratos los de la industria, é infinitamente más baratos los de la agricultura; y entonces, ni la doctrina del libre cambio, que parece hecha para favorecer al consumidor, ni la del proteccionismo en beneficio del productor, nos serían aplicables, porque donde no se produce no hay riqueza, y donde ésta no existe no pueden afluir mercaderías, cuyo pago resultaría muy problemático. «La ciencia económico-política—dice *Diche*—no puede en modo alguno decidir nada acerca de cuál sea el sistema verdadero de política comercial, sino que ha de depender del examen del caso concreto de un determinado país, en un momento histórico dado, al decidir qué providencia político-comercial sea justamente la mejor y más oportuna. Y aun sobre esto no se podrá nunca determinar cosa ninguna enteramente segura, sino que se ha de sostener meramente que hay cierta probabilidad de que esta ó aquella providencia sea la ventajosa para el país»; y el examen del caso concreto del nuestro nos enseña que la mayor probabilidad consiste en defendernos mientras no nos hallemos en condiciones de atacar.

A. GARCÍA ALIX

MODERNISMO SOCIAL

TRÁFICO EUROPEO

La *Comedia Proteccionista* se titula un libro del ilustre economista Guyot.

Él pregunta: ¿Cómo estando fundada la República francesa sobre el régimen del sufragio universal, sus hombres de Estado han podido prescindir de una política económica liberal y dar la preferencia á una política económica más reaccionaria que la de Colbert y la del mismo Napoleón? La contestación es ésta: A mediados del siglo xvii las substancias alimenticias pagaban derechos muy módicos: por los trigos no se pagaba nada, y por los bueyes se pagaban tres libras por cabeza. De 1791 á 1816 ni por los trigos ni por el ganado bovino se exigía pago alguno. Fueron los grandes propietarios rurales, con voz preponderante, cuando la Restauración, que establecieron la escala móvil, para tener á favor de sus trigos el precio del *hambre* de 1819; ellos fueron los impositores de 55 francos por cabeza de ganado vacuno. La Revolución suprimió los privilegios de la nobleza. La Restauración, sus supervivientes y los descendientes de éstos consiguieron el privilegio de enriquecerse á expensas del pan y de la carne que tenían que comer los ciudadanos con menos recursos financieros.

Es verdad que Napoleón estableció el bloqueo continental contra Inglaterra, pero estableció á su vez la libertad mercan-

til absoluta por el Occidente de Europa. ¡Ojalá que en la actualidad la Europa se constituyese en confederación económica, por pacto internacional librecambista! Para Francia empieza el año 1822 el trabajo penoso de derechos engañosos aduaneros con carácter transitorio, que pasó á ser permanente. En vista de trabajos parlamentarios de 1828. En el reinado de Luis Felipe triunfó la coalición de grandes industriales y de grandes propietarios.

Habíase declarado axiomática la intervención del Estado en los cambios internacionales, basada en estos tres postulados: protección á la producción nacional contra la concurrencia extranjera; defensa de los Gobiernos, apoyada en fuerte base electoral; los intereses del mayor número de ciudadanos, siendo garantía del trabajo para los obreros. Consecuencia de esos tres postulados.

En Francia las industrias productoras de primeras materias, ó productos destinados á la inmediata transformación, están protegidas á costa de las industrias que emplean la mano de obra hábil. Está demostrado que esta mano, con el trabajo de *modas* restringido y todo (por la protección que tienen algunos otros ramos de riqueza), es de un 20,47 por 100 sobre el total del valor que representa la industria francesa. Al mismo tiempo que se da ese resultado, resulta otro. Las industrias textiles, la de la lana y la de la seda son tributarias de la industria protectora de los hilados de algodón. La protección que se dispensa á los hilados de tejidos es con perjuicio de las industrias de ropas hechas. Y así sucesivamente van cruzándose injusticias con injusticias.

En Francia resulta con las industrias metalúrgicas que están protegidas las que representan menos, con relación á la vida social, y tienen menor número de obreros que trabajan en una y otra industria. La industria metalúrgica propiamente dicha ocupa unos 50.009 obreros. La primera industria está protegida con derechos que empiezan por 35 francos y llegan algunos á 75 por tonelada de acero fundido.

Francia ha importado en los años 1900 á 1903 alrededor de 12 millones de toneladas de hulla, unos siete millones de Inglaterra. El derecho de 1,20 francos por tonelada de hulla afecta á todas las industrias francesas puestas en explotación. Dándose el caso, que es regla general, de que la tarifa protectora no impide la importación de la producción necesaria extranjera para el consumo nacional, con el recargo consiguiente que impone la protección sobre los demás productos similares, con los que se trafica en el mercado propio, más el recargo que sufren todos los artículos relacionados con los similares. Que la vida económica, como todo en la vida humana, es de relación ó de asociación. De comunidad de intereses más ó menos aproximados.

El pan en Francia. Cien kilogramos de harina dan cien kilogramos amasados. El exceso es agua. Y está observado que, en el país que prevalece la protección, cuando la cosecha de trigo es mala, su precio sube hasta sobrepasar al curso del precio corriente en los mercados libres. Es decir, que la protección estimula la adulteración, dificulta la baja de los precios, retrae de encontrarse en curso natural de contratación vendedores y compradores, ocasiona sorpresas perjudiciales á los consumidores en general.

En una de sus conclusiones afirma Guyot: «Resulta que las industrias que ocupan el personal más numeroso son aquellas que la mano de obra contribuye al mayor valor de la producción, al mismo tiempo que son tributarias de derechos protectores conseguidos por los industriales, que les facilitan los materiales necesarios». Ellos que ocupan mucho menor número de obreros, y que tienen concentrada su riqueza y manera de vivir, la mayor parte en grandes establecimientos.

Inglaterra ha precedido á Francia en el tradicional proteccionismo. Natural había de ser que aquélla precediese á ésta en respirar las ventajas de la libertad comercial. Adam Smith pudo publicar el año 1776 su tratado de la *Riqueza de las Naciones*; por eso Chamberlain no pudo triunfar con su

programa de 1903. Colbert, en el año 1670, no pasó de ser un buen administrador del Erario público; al querer imitarle Méline en el año 1900 se equivocó de medio á medio en la gestión económica; que lleva siempre consigo aparejados los dos factores, la ciencia económica y el derecho político. Por eso Gladstone quiso ser propagandista de las libertades inglesas en todas las esferas de la vida nacional; y León Say quiso dar la batalla á los proteccionistas franceses donde habían concentrado sus fuerzas, en el Parlamento; sin que hubiese fuera de él opinión bastante sobre que apoyarse. Inglaterra el año 1846 adoptó el régimen librecambista. Sin embargo, Gladstone pudo decir: Todos los ingleses, sin excepción, son librecambistas, pero no todos ellos lo son, sin excepciones. Y es que el egoísmo humano influye siempre sobre la vida de las naciones. Gracias que los egoísmos se contrarresten los unos á los otros, consiguiéndose así tenerlos á raya.

Cierto es que hubo reacción proteccionista en Francia el año 1877, que la hubo en Alemania el año 1879, iniciada por Bismarck. Conatos de esa reacción hubo en Inglaterra el año 1880. Algo más que conatos hubo allí el año 1885, nombrándose la Comisión que investigase las causas de la *Depression of trade*. Mas es cierto también que el año 1896 el *Cobden Club* celebró su jubileo. También es cierto que el año 1902 se dió la voz de alarma nacional en Inglaterra, porque la agricultura decaía en importancia, comparada con la que tenía en Francia y en Alemania. Al mismo tiempo que en industria los Estados Unidos y Alemania estaban en progreso, cuando, por lo menos, no lo estaba tanto en Inglaterra.

Pero esta nación es de buen sentido, y además de sentido práctico. Inglaterra, atraída á confederarse con sus colonias, siendo su imperio tan vasto, esparcido por todo el globo terráqueo, diferentes sus organizaciones coloniales y admitido para algunas de ellas el autonomismo, la libertad económica había de triunfar. Y este sistema quedó ratificado el año 1903 por discursos de Balfour y Chaplin: aquél, como primer ministro

de la Corona; éste, como antiguo presidente de *Board of Agriculture*.

Balfour se opuso á la continuación del derecho transitorio sobre el trigo, que se había impuesto por el estado de guerra en el Africa del Sur. Balfour dijo: «Considerémonos próximos vecinos de los habitantes de la otra parte del canal. Los franceses son como nosotros, la vanguardia de la civilización. Ellos son como nación industrial de tipo saliente; tienen establecida la democracia como régimen de gobierno, y sin embargo, han impuesto tarifas elevadas á artículos de primera necesidad para obligaciones nacionales y locales. Este sistema es inadmisibile en nuestro país, que se levantaría en masa á protestar del impuesto.»

La libertad económica bien entendida triunfó en Inglaterra. El discurso ultraproteccionista que pronunció Chamberlain en Birmingham no tuvo la resonancia que se propuso su autor.

Ese discurso pronunciado el año 1903 comprendía tarifas de favor, como represalias, gravamen sobre artículos alimenticios. Todo en un cuadro expuesto políticamente por Chamberlain: las pensiones á la ancianidad, los salarios como precio de la vida, etc., etc. Finalidad del programa: tarifas de favor para las colonias, otras de represalias, como contestación á las de Alemania, y que favorecían la colonia del Canadá. Además se proyectó una tarifa especial entre Inglaterra y el Canadá, de carácter general. Chamberlain, llevado de su ideal sembrado de errores, llegó á decir á los obreros: «Calculad vuestro excedente de gastos, y yo os respondo de conseguiros un excedente de salario». Como si pudiese ser omnipotente la voluntad limitada de un estadista, por poderosa que sea. Las eminencias de todas las edades, los héroes de todas las civilizaciones han sucumbido en su obra, cuando en ésta se ha querido traspasar los límites de la prudencia y de la justicia, deshaciéndose en polvo la fortaleza que ha sido mal construída.

Guyot argumenta sólidamente, refuerza sus argumentos

con números, y presenta estadísticas concluyentes. Ejemplo tomado de un término medio aproximado en los últimos cinco años:

EXPORTACIÓN DE OBJETOS FABRICADOS

	Millones de pesetas.	Sobre un total de 100.
Inglaterra.....	7.000	80
Alemania.....	5.588	65
Francia.....	4.155	55
Italia.....	1.418	21
Austria-Hungría.....	2.847	41
Estados Unidos.....	5.170	29

Resulta: que Inglaterra al presente supera en industria fabricada á las demás naciones. El porvenir. ¿Qué estadista podrá asegurar cuál es el porvenir, como no sea por un cálculo de probabilidades? ¿Qué nación, por invasora que se presente en el mundo económico, podrá decirse de ella en absoluto que será con el tiempo reina de los mares, árbitra de los mercados, la más abundante en producción y la primera en el tráfico?

Como Guyot ha querido, consiguiéndolo, demostrar que Chamberlain se ha equivocado en sus juicios económicos, ha expuesto la estadística siguiente de las exportaciones de productos manufacturados:

	Inglaterra.	Alemania.	Francia.	Estados Unidos.
	<i>Millones de libras esterlinas.</i>			
1854.....	88,7	000	000	5,8
1891.....	213	102	77	35,2
1900-1904.....	232	129,5	85,6	79,8

Resulta probado que, además de Inglaterra, otras naciones han conseguido progresar en el desarrollo de su producción manufacturera. ¿Cómo no, y por qué no? Precisamente que suceda así es signo de civilización, garantía de bienestar, señal de engrandecimiento humano, prueba del ensanche que

adquiere el mercado consumidor, mayor estabilidad de relaciones entre los países, incremento que tienen los intereses sociales y esperanza para el porvenir de enaltecimiento de las dotes morales.

Sin éstas el progreso es imposible.

Guyot, firme en sus demostraciones proporcionales, dice: La cifra total del comercio inglés es relativamente más elevada, comparada con la de Alemania, en un 70 por 100. Siendo la comparación ésta, en libras esterlinas, en el año 1902-1903:

Inglaterra.....	903.000.000
Alemania.....	520.480.000
Estados Unidos.....	489.172.000
Francia.....	345.848.000
Austria-Hungría.....	151.413.000
Rusia.....	143.700.000
Italia.....	132.426.000

Chamberlain decía el 7 de Octubre de 1903 en Greenock: «Acabaron el azúcar y la sedería; el hierro está amenazado; el algodón se marcha».

Con números se demuestra lo contrario. Y Guyot pregunta: ¿Cuándo se ha visto que con tarifas recargadas sobre los objetos de alimentación procedentes del extranjero, y con altos derechos arancelarios sobre los objetos manufacturados en aquél, por esto pueda aumentarse la exportación de la industria británica? Cuando el aumento de ésta coincide con la reforma arancelaria en sentido liberal...

Guyot, después de dejar demostrado que el sistema de libertad comercial ha dado ópimos frutos á Inglaterra, no obstante el engrandecimiento mercantil de Alemania, Guyot dirige su estudio á comparaciones entre el tráfico de Francia con Alemania, y expone lo siguiente:

Comercio especial.	Importación de Francia en Alemania.	Exportación de Alemania en Francia.
1901..... <i>Francos.</i>	401.200.000	443.400.000
1902.....	418.200.000	487.300.000

La terrible guerra francoprusiana no ha impedido que comercien esos dos países; no ha impedido tampoco que aumenten sus relaciones comerciales, las que se imponen á franceses y alemanes, obligándoles á buscar por vías pacíficas los medios de tratarse y de vivir prósperamente. En creencias religiosas, cada país tendrá las suyas; rencores políticos que guardarse, podrá haberlos; rivalidades militares subsistirán latentes; gastos improductivos harán los gobernantes de los dos países. Pero el comercio, la industria en general, quiere trato remuneratorio y agradable. Y esto es lo que quieren imponer los dos pueblos.

Y Guyot, con muy buen sentido, asegura: «Cuanto más rica sea Alemania, más necesidad tendrá de nuestros mejores vinos, de nuestros objetos elegantes y fastuosos, que sabemos producir mejor que ningún otro país. El año 1887 nosotros les vendimos, por valor de 13.233.000 francos, sedería, y por 3.387.000 francos ropas hechas de todas clases. Los progresos industriales de Alemania, en lugar de reducir la exportación francesa, han hecho que aumentase».

¿Puede dudarse que sin los intereses materiales puestos al servicio de los morales la guerra no hubiera vuelto á estallar entre Francia y Alemania?

¡Dichoso período este de los tratados de comercio que ha hecho Alemania con Italia, Bélgica, Rusia, Rumanía, Suiza, Servia, Austria-Hungría, votados el año 1905 para entrar en vigor el año 1906, y duraderos hasta el año 1917! Después de los triunfos bélicos que ha obtenido el águila imperial alemana ha querido consolidarlos con tratados de comercio, y el éxito ha correspondido á los previsores propósitos alemanes, coincidiendo ellos con la prosperidad de Francia.

Guyot, impugnador de la opinión de Chamberlain, lo es también de la de Méline, y combate á ambos secundando la actitud liberal de Gladstone y de Say. La ingratitud es innata en el corazón humano. Los viticultores y vinicultores, que por la filoxera les pareció bien tolerar que en Francia entrasen fá-

cilmente los vinos de España y de Italia mientras duró aquella plaga, después que quedó extinguida pidieron que se impusiese á aquellos vinos elevados derechos arancelarios. Y con razón ha dicho Guyot: «Hasta el momento que los viticultores franceses se dieron cuenta de protegerse por medio del Estado, se estuvo en la creencia de que no había más vinos que los de Burdeos. Esos viticultores renunciaron al monopolio tradicional y enseñaron al extranjero que había buenos vinos en España y en Italia. Cesó la filoxera, y contra estos vinos se revolviéron airados los viticultores franceses».

A la ley de la ingratitud vino á reforzar la de la contradicción, dándose el caso, como se ha repetido tantísimas veces, de ser los intereses materiales los que se impusiesen á las demás conveniencias sociales y justas relaciones.

Guyot recuerda las palabras de Méline á los viticultores: «Yo os protegeré. Así, pues, podéis hacer todo el vino que queráis, por mucha que sea la cantidad; vuestros compatriotas están obligados á bebersele». Y dice Guyot: «Este resultado de los derechos sobre los vinos es un ejemplo patente de las ilusiones y de las decepciones que provoca la política proteccionista». Resultado: que al Gobierno francés le fué imposible obligar á nacionales y extranjeros á beber vinos flojos, de muy difícil conservación. Con más, que los vinos en esas condiciones el productor no puede conservarlos, no obstante las alternativas de cosechas, que como puede haberlas buenas las hay medianas, en cantidad y en calidad.

Mas la ofuscación no reconoce límites una vez que la ambición toma vuelo; la imaginación funciona imprudente, el interés personal ciega, la ignorancia le presta ayuda. Y el productor que se reduce á ver ante su producción su conveniencia, no ve la del consumidor, que á la suya propia ha de añadir la de imposibilidad de adquirir, y la de su prudencia en el obrar, dentro de su esfera de acción, que es siempre limitada.

Lo que sucedió con los vinos en Francia puede decirse que sucedía con todas las demás producciones francesas, á las que

el proteccionismo pudiese conseguir compararlas con el monopolio artificial. El 15 de Noviembre de 1886 el embajador italiano en París denunció el tratado de comercio de 3 de Noviembre de 1881 para el 1.º de Enero de 1888. La guerra de tarifas quedó declarada. «Como está demostrado—afirma Guyot,—esta guerra ha provocado en Italia la creación de industrias locales, que han podido fundarse y desenvolverse consiguiendo la exclusión de las mercancías francesas y por franceses ejecutadas ó artificialmente imitadas. Lo mismo ha sucedido en España cuando no han podido introducirse del extranjero fabricaciones determinadas; los extranjeros han venido á fabricarlas en España, trayéndose las primeras materias que la industria requería. ¿Se ha pensado, ni puede pensarse, en obligar á salir de España á miles de extranjeros industriosos que hacen en nuestro suelo lo que los españoles no sabemos ó no queremos hacer? El sentido común, la equidad y la justicia contestan al unísono.

Las primas á la marina mercante francesa, por la ley de 1893, hacen decir á Guyot lo siguiente:

«Esta ley, que fué hecha para desarrollar la construcción, la mató, porque se retrajeron los armadores, obligados por los precios tan elevados que pusieron los constructores navales». De tal modo fué redactada la ley, que produjo los efectos que vamos á ver por las construcciones anuales.

	<u>Barcos de vela.</u>	<u>Toneladas.</u>	<u>Barcos de vapor.</u>	<u>Toneladas.</u>
1894.....	849	14.218	34	4.022
1898.....	894	25.966	53	11.568
1905.....	708	59.320	51	10.190

El Estado pagó de 1893 á 1902:

Primas á la construcción.....	<i>Francos.</i>	62.010.000
Idem á la navegación.....		121.786.000

Además, el año 1898 importaban 117 millones las órdenes que recibió la constructora de *Forges et Chantiers de la Médite-*

franée. Ninguna de ellas fué para construcciones mercantes. La ley de 1902 ha restringido el protectorado de las primas. ¿Por qué? Por contraproducente. En ese año Francia tuvo:

Importación..	48.575 toneladas en barcos	valuados en	12.629.000 <i>frs.</i>
Exportación..	48.746	»	10.746.000 »

No se puede impunemente ir contra el orden natural de las cosas.

Con razón llama Guyot oligarquía proteccionista á un orden de cosas que va contra la «declaración de los derechos del hombre». El impuesto que es proteccionista, no lo es tal, propiamente dicho, á favor del Estado; es para encarecerse la vida aumentándose los rentas del propietario privilegiado.

Y dice Guyot: «Méline no se ha atrevido á elevar á dogma el *proteccionismo*, pero quiere que la legislación aduanera pase como creada para proporcionar un impuesto al Estado». Y la mayoría del Parlamento intenta enmendar la Constitución de este modo: «Cada consumidor debe, á los grandes propietarios y á los grandes industriales, un impuesto proporcionado á sus necesidades». Es así que éstas, con ser modestas en el pueblo, están muy restringidas, resultando lamentables privaciones. Luego por el proteccionismo, encarecedor de la vida, la clase obrera, que vive sujeta al régimen protector aduanero, tiene que arrastrar una existencia penosa y ser ocasión de crearse antagonismos, que pueden llegar á ser odios inextinguibles.

En opinión de Guyot, sus compatriotas pagan el *proteccionismo* inconscientemente, por estar comprendido en el precio de la mercancía. No obstante darse cuenta de que por aquél el pan, la carne, tienen un precio excesivo; sabiéndose qué número de objetos ó substancias alimenticias son más caras que en Inglaterra y en Bélgica, sin embargo, existe la conformidad al pago; demostrándose así, una vez más, que el derecho existe solamente favorable para determinado número de ciudadanos, sin que alcance su goce á la vida práctica general del mayor número.

Y añade Guyot: «Cuando un economista con conciencia del derecho y de la verdadera libertad demuestra que son para una reducida oligarquía los derechos protectores aduaneros, se le llama *El enemigo del pueblo*, como ha dicho el Dr. Stockmann». ¡Qué extravío tan lamentable!

Sucede con esto como pasa mucho con gran parte de los fenómenos sociológicos. De la historia, de la religión, de la economía, ignoran su filosofía millones de ciudadanos, que se creen aptos para hablar de ciencias tan complejas, y sobre ellas se emiten opiniones que son absurdos escandalosos, por lo temerarios.

Sólo una educación cuidada desde la niñez, un medio ambiente ilustrado, pueden evitar caer en el error de creer que los derechos de Aduanas, pasando de fiscales á protectores, no son una calamidad, además de atentado contra el derecho natural.

Guyot acusa á Méline de querer retrotraer las cosas á los tiempos de Luis XIV, y de que quiere que prevalezca en el siglo xx la teoría que sostuvo Colbert en su apogeo administrativo de 1664. Aquella teoría aún tan en boga para muchas gentes de la Balanza de Comercio, al estimar que todo excedente de importación constituye un déficit para la nación. Concepto que consta en muchos documentos oficiales. Y dice Guyot: «Esto aseguran algunos cónsules, que no admiten el aforismo *vitam impedere vero*».

Guyot deja de combatir á Méline para dirigir sus armas de combate contra Bismarck, no sólo bajo el punto de vista proteccionista, sino también bajo el punto de vista socialista: lo que protegió ó persiguió por todos los medios legales que pudo. Porque es de notar que, cuando interesa tanto facilitar el comercio para conseguir el abaratamiento de los artículos de primera necesidad, con lo cual se conseguiría disminuir los éxitos de la propaganda socialista al ver el obrero que puede obtener de día en día, por la baratura, más medios de subsistencia, es precisamente cuando se encarecen los artículos de

más necesario consumo, por causa, en bastante parte, de la influencia oficial.

Bismarck estableció derechos de Aduanas imbuído de un pensamiento proteccionista industrial. Él estableció *l'Office Imperial des Assurances*, que llamó Guyot cataplasma emoliente del socialismo burocrático, por creer Bismarck que de ese modo disolvería el partido socialista democrático. Sucedió todo lo contrario, contándose tres millones de votos socialistas alemanes el año 1904. A Bismarck secundó Caprivi con su política industrial, por sus tratados de comercio de 1895. Y tanto influye la legislación, que, según la estadística, la población del Imperio era en esta proporción, en poblaciones menores de 2.000 habitantes:

	Término medio del período.
1875, población rural.....	64 por 100
1895, » »	46 »
1875, » urbana.....	36 »
1895, » »	54 »

El emperador Guillermo, en sus discursos de Essen y de Breslau en 1902, se manifiesta opuesto á todo lo que no sea una política práctica y conservadora. A la política seguida por un cuarto de siglo, protectora de la industria exclusivamente, sustituye la protectora agraria de ancha base. Y el año 1902, la tarifa mínima de cereales imposibilita para negociar tratados de comercio ventajosos.

La obcecación puede mucho. Influye decididamente sobre el radicalismo y sobre el fanatismo. Todo en el fondo una misma cosa.

Bajo los auspicios inhumanos del *proteccionismo*, Bulow presentó al Reichtag, el 1.º de Enero de 1905, los proyectos de tratados de comercio. El canciller dice á los agrarios:

«Carnes que pagaban antes de los tratados 5 marcos, pagarán ahora 12 á 14.»

Bulow se dirige á los socialistas demócratas:

«¿Cómo protestáis contra al aumento de los derechos de Aduanas sobre la alimentación?» Y recuerda la conducta de la mayoría parlamentaria radical de la República francesa, porque ha votado un derecho de 7 francos sobre el trigo, que considera superior al derecho alemán. Y añade Bulow:

«Aquella República, en 1903, los derechos del ganado vacuno los elevó á 20 francos los 100 kilogramos, que hacen 35 francos el peso neto. El kilogramo de pan paga 0,07 francos, y el kilogramo de carne 0,35 francos. En Alemania se pagará menos.»

Realmente, es una inconsecuencia palmaria hablar de libertad y practicarla tiránicamente. Es más que eso...

Guyot declara que Bulow tenía razón, pero añade:

«La política económica de la Francia viene siendo, aunque en sentido contrario, tan incoherente como la de Alemania; y la imitación del ilogismo de la una no se constituye en buena lógica á favor de la otra.»

No; lo que se prueba una vez más es la injusticia con que proceden los gobiernos, la contradicción palmaria, lo secundaria que es la política en comparación de la economía; la perniciosa influencia socialista del Estado; el desorden que se introduce por la violación de las leyes naturales; los antagonismos que se crean en la sociedad entre clase y clase; como consecuencia de ellos, los odios feroces, los desmerecimientos que padece el progreso, destruyéndose por un lado lo que la civilización brinda por otro. ¡Ah! Protectores del capital, ¡cuánto daño hacéis al trabajo, cuando, en lo humano, es la más eficaz de las libertades la libertad económica! El interés general de los intereses materiales está en esa libertad. Perdida ésta, la decadencia es inevitable.

Los ideales que propaga en los mitins Gladstone, los que defiende en el Parlamento Say, los que publica Guyot, son los que irradian sobre la civilización con vivísima luz. Los ideales de que hace gala Chamberlain son un retroceso; los de Mé-

line niegan los derechos consagrados por la Revolución; los de Bismarck tienen todas las apariencias autocráticas; Mac-Kinley sucumbió, sirviéndole de sudario monopolios condenados por la verdadera democracia.

Los Estados Unidos, restringiendo la libertad económica, retrotraen la civilización á los tiempos crueles de Roma pagana.

El Cristianismo, en toda su pureza, quiere puros los ideales de la conciencia y los instintos de los sentidos. Y esa pureza consiste en practicar la justicia, tal y como fué promulgada desde el Sinaí.

ANSELMO FUENTES

DE LAS ODAS BARBARAS

DE JOSUÉ CARDUCCI

PRELUDIO

Odio la usada poesía: entrega
fácil al vulgo el extenuado cuerpo
y, á las caricias de costumbre, inmóvil,
tiéndese y duerme.

¡A mí, la estrofa que ágil salta al plauso,
el pie en los coros rítmico batiendo!
La cojo al vuelo por el ala: esquivada,
vedla, resiste.

Tal lucha en brazos de amador silvano
una bacante en el Edón nevoso:
con más encantos el turgente pecho
salta oprimido;

besos y gritos en la ardiente boca
mézclanse; ríe la marmórea frente
al sol; la larga cabellera ondula
trémula al viento.

EN LA ESTACION

(MAÑANA DE OTOÑO)

¡Oh esos faroles cómo persíguense
allá indolentes tras de los árboles!
La lluvia gotea en las ramas
y bosteza la luz sobre el fango.

Flébil, aguda, silba la estrídula
locomotora cercana. Plúmbeo
el cielo, en redor; la mañana
otoñal, como grande fantasma.

¿Do va? qué busca tal que apresúrase
al tren sombrío cubierta y tácita
gente? ¡Ay, qué ignotos dolores
ó tormentos de anhelos lejanos?

Tú también mustia la seña, oh Lída,
das al taladro seco del guárdia;
al tiempo apremiante, los bellos
años, horas dichosas, recuerdos...

Van junto al negro convoy y vuélvense
encapuchados de negros hábitos,
cual sombras: incierta linterna
hán y mazas de hierro; y los ferreos

frenos probados lanzan un lúgubre
repique largo: de lo hondo el ánima
con eco de tedio responde
doloroso, que espasmo parece.

Las portezuelas que broncas ciérranse
gritan ultrajes; befa es la última
llamada que rápida suena;
gruesa hierve en los vidrios la lluvia.

Ya el monstruo de alma de acero agítase,
bufa, jadea; los ojos ígneos
abre; por la inmensa tiniebla
lanza el silbo que reta al espacio.

¡Ah el monstruo impío, con trajín hórrido
batiendo el ala mi vida llévase!
¡Ah el pálido rostro y el velo,
saludando en la sombra se pierden!

¡Oh rostro amado de blancor róseo,
lucientes ojos serenos, cándida
pura frente en acto süave
inclinada entre rizos floridos!

¡Cuál palpitaba la vida, el áire
tibio de estío cuando sonriéronme!
Su blanda mejilla besaban,
del cabello castaño al reflejo,

los juveniles soles de Júnio;
y, refulgentes cual sacra auréola,
más bellos aún mis ensueños
su figura gentil circundaban.

Entre la sombra, bajo la llúvia,
torno ora; en ellas trocar quisiérame;
vacilo como ebrio y me toco,
no que fuera también yo un fantasma.

¡Oh, qué caída de hojas gélida,
continua, muda, grave en el ánimo!
Yo creo que reina doquiera,
solo, eterno, en el mundo, Noviembre.

A quien la vida palabra es vacua
mejor tal sombra y hosca caligine:
yo quiero, yo quiero infundirme
en un tedio que dure infinito.

MORS

(EN LA EPIDEMIA DIFTÉRICA)

Cuando á nuestras moradas la Diosa severa desciende,
siniestro el vuelo zumbar de lejos se oye,

y la sombra del ala que gélida, gélida avanza
difunde en torno lúgubre silencio.

Baja el varón la frente al verla acercarse; mas rompen
en comprimidas ansias los femeniles senos.

Tal de los altos bosques, si estuvo turbión se prepara,
no corre un susurro por las virentes cimas:

como helados de espanto, yertos los árboles se alzan,
y el río sólo ronco gemir se escucha.

Ella entra y pasa y toca: y sin darse vuelta siquiera
troncha el arbusto ufano de sus lozanas ramas;

siega las rubias espigas, arranca aun los verdes racimos;
llévase á esposas pías y doncellitas bellas;

mientras los tiernos infantes al sol y á los juegos rientes
desde las negras alas tienden los rósecs brazos.

¡Ay tristes casas do apagas, sorda al dolor de los padres,
pálida muda Diosa, las vidas nuevas!

Ya no allí las estancias sonantes con risas y fiestas
y cuchicheos como nido de alondra en Mayo;

ya no más el rumor de los años alegres que crecen,
ya no de amor las cuitas, ya no de Himén las danzas:

en la sombra envejecen allí los que quedan, al ruido
de tu regreso, oh Diosa, puesto el oído atento.

JUAN FRANCISCO IBARRA

París, Febrero de 1907.

RECUERDOS

Continúo recordando, no sucesos, no hechos más ó menos interesantes, sin interés alguno si á mi persona se refieren, pero dignos de memoria si á aquella época, tan agitada y tan poderosa, de la revolución de Septiembre, pudieran referirse. No; hoy recuerdo ideas, principios, doctrinas sociales y políticas: las doctrinas y los principios de los años del 68 al 74, y que, á decir verdad, eran principios bien diferentes de los que hoy dominan y tienden á seguir dominando en casi todas las naciones. Afirmación que acaso pueda parecer aventurada, y que, sin embargo, no lo es, y bien pudiera servir para explicar cosas singulares de la civilización moderna ó modernísima.

Acaso alguno pregunte: «Pues qué, ¿no eran aquellos tiempos eminentemente democráticos, y no alardean hoy de liberales y de demócratas desde los socialistas hasta los mismos conservadores?»

A lo cual yo contesto: que las palabras son muy elásticas, que cada palabra es un arco iris con infinitos matices, y que de las palabras se abusa mucho: unas veces sin saber que se abusa; otras con plena conciencia del escamoteo.

La palabra *democracia* puede tener muchas significaciones, aun dentro de la significación general y del sentido etimológico: gobierno del pueblo por el pueblo, ó en que la masa popular tiene gran influencia.

Porque no basta saber *quién gobierna*, sino bajo qué principios gobierna.

Una Monarquía puede ser liberal y democrática, y gobernar con principios democráticos y liberales; y una democracia puede ser tiránica, jacobina y absolutista, en el sentido absoluto de la palabra.

Por eso decía que, para orientarnos, no basta decir que en los tiempos de la revolución de Septiembre la mayor parte de los gobiernos de ambos mundos eran democráticos, y que los de hoy lo son también.

Es preciso fijar el concepto de democracia en uno y otro caso; porque varía, desde la *democracia individualista*, cuya izquierda extrema es el anarquismo científico, y al pronunciar la palabra *anarquía* no nos referimos á la del crimen, el delirio y la locura, sino á la que pretende, como ideal supremo, *anular el Estado*; desde esta democracia, repetimos, hasta la *democracia socialista*, cuyo ideal está en el colectivismo absoluto y en la supresión absoluta de la propiedad individual; es decir, en la *absorción del individuo por el Estado*.

Y esta clasificación, cuyos términos extremos son *anarquía* y *colectivismo*, pasando por todos los términos medios de los diferentes partidos militantes y de las diferentes escuelas en Europa, en América y aun en Oceanía; esta clasificación, repetimos, no es nueva, ni se refiere á cosas modernísimas que constituyan un nuevo ambiente, como algunos suponen.

Todas estas ideas y estos problemas los discutíamos hace cuarenta años, *del mismo modo* que hoy pudieran discutirse si se discutiesen. Lo que hay, es que la nueva generación ignora en gran parte aquel estado de los espíritus y aquellas luchas, que sólo por referencias y por ecos lejanos conoce; y cree que son descubrimientos de esta mañana, y que ella es la que ha hecho tales descubrimientos. Como un niño de cuatro años, á quien llevaran por primera vez á pasear al Retiro, pudiera imaginar que *él había descubierto el estanque*. Y para él, en efecto, él lo ha descubierto, y puede estar satisfecho del descubrimiento.

*
* *

Pero conste que de cuarenta años acá no hay nada nuevo en este orden de ideas, absolutamente nada substancial, que no se conociera y se discutiese por entonces en las Cámaras, en los mítins, en la prensa, en los libros; y en cuanto á España, más de cincuenta años hace que se discutía todo esto en el Ateneo.

Pues lo que decimos de España pudiéramos decir de Francia y aun de toda Europa: los problemas son hoy los mismos y se plantean del mismo modo, y los mismos son los argumentos que unas y otras escuelas emplean ó pudieran emplear.

¡Qué digo los argumentos: hasta *las frases* de combate; que muchas frases de hoy parecen ecos de otras que yo oí hace medio siglo!

Lo que sí ha variado es la orientación dominante; lo que sí varían son los vencedores y los vencidos, que han cambiado de puesto; y, en suma, los que se han transformado por completo son *los ideales*.

Digamos, en forma sintética, que en unas y en otras escuelas dominaba por entonces la nota filosófica é idealista, y hoy domina la tendencia positivista, utilitaria y práctica. A cada cual, lo suyo.

Bien comprendo que todo esto es muy vago; pero ya iré precisando mis ideas y mis recuerdos; que en unos cuantos artículos he de mostrarme severo en los asuntos que trate, lo cual quiere decir que seré aún más árido y enojoso que he sido hasta hoy; pero pronto pasará este tono gris de la política, y ya volveremos á los tonos alegres de la vida del Arte, y del arte dramático en particular.

*
* *

Dominaba por aquellos tiempos la tendencia democrática, pero *democrática individualista*, no sólo en España, sino en casi toda Europa, y en América por añadidura.

Mas dejémonos de lo que en extrañas tierras pudiera pa-

sar, y vengamos á lo que pasaba en nuestra España, ó al menos, á lo que yo recuerdo que pasaba.

Conste una vez más que éstos no son otra cosa que recuerdos.

El supremo ideal de nuestra democracia era la *libertad individual* y la *iniciativa individual*; desde la libertad de conciencia y, por lo tanto, la libertad de cultos en su forma más absoluta, hasta la libertad del trabajo y la libertad de asociación, con todas las manifestaciones libres de todas las energías del individuo, así de las energías del pensamiento como de las energías musculares.

El hombre, según nuestro programa, debía ser libre, absolutamente libre, para pensar, para sentir, para creer, para negar, *para llevar su actividad en cualquier instante y á cualquier punto del espacio adonde la actividad de otro sér libre como él no hubiera llegado.*

El hombre libre, absolutamente libre y emancipado de toda fuerza exterior y, en lo posible, de toda coacción gubernamental; sin que le esclavizase *un monarca ni una turba*, ni la autoridad de un individuo ni la autoridad de un tropel humano, ejerciérase la violencia por derecho divino, ó ejerciérase en nombre del Estado, ó invocárase el interés egoísta de tal ó cual masa humana.

Y estas ideas y estos sentimientos se traducían en aforismos más ó menos exagerados; ideas y sentimientos de los que la mayor parte de los hombres de la revolución participaban, aunque en grados distintos, como iremos explicando.

¡Cuántas veces en aquella época proclamamos este principio!

«Ante el *derecho de un hombre*, el INTERÉS de la *Humanidad entera nada vale.*»

Y siempre el público aplaudía.

Supongo que hoy no habría de suceder lo mismo, y que el que á tal punto llevase la fuerza del derecho individual, sería considerado como un loco ó como un idealista frenético.

«¡Al manicomio con él!», gritarían los modernos demócratas.

Con profunda convicción repetíamos una y cien veces: «el hombre tiene derecho al error», lo cual significaba que las opiniones de todos los individuos son libres, y deben ser respetadas, aun cuando la mayoría, ¿qué digo la mayoría?, la totalidad de los ciudadanos, las consideren erróneas. Y al que se hubiera atrevido á negarnos esta que para nosotros era verdad inconcusa, le hubiéramos considerado como un digno descendiente de Torquemada.

Hoy, aquella proposición, muchos demócratas la limitan en nombre del interés del Estado y en nombre del progreso. «¿Qué progreso?», preguntábamos; «¿el de la sociedad convertida en mecanismo?» Pero sigamos recordando.

Por aquel entonces considerábamos «que toda asociación de hombres libres era una consecuencia lógica é ineludible de la libertad de cada uno de ellos, y nacía y tenía fuerza legal sólo por la fuerza de aquella suma de voluntades y no por la concesión graciosa del Estado: sin más limitaciones desde luego que las de la moral».

Consecuentes con estos principios, nosotros, que éramos en la región de las ideas enemigos del socialismo, fuimos los primeros en defender *las huelgas y la Internacional* en sesiones memorables y de gran trascendencia política. Sí, nosotros, los economistas sobre todo: véanse los discursos de Rodríguez, por ejemplo.

Siempre consecuentes, no poníamos trabas á la asociación religiosa, aunque entre los nuestros había muchos librepensadores, porque argumentábamos de este modo: ¿Qué más da decir «has de ser católico ó te quemo», ó decir «has de ser librepensador ó te suprimo»?

«Hay que tener fe, fe ciega en el triunfo de la verdad»; así es que no nos asustaba el error y le concedíamos la misma amplitud y los mismos derechos que á la verdad para nosotros más evidente: el error, en una sociedad libre, tiene derecho de beligerancia.

¡Campo abierto, sol por igual, lucha franca por encarnizada que sea, que la verdad triunfará! Nunca decíamos: «Estado, ayúdame á aplastar al enemigo». Así pensábamos; quizá éramos unos inocentes.

Éramos enemigos, por lo tanto, de todos los procedimientos preventivos que caracterizaron años antes al *partido moderado* y que son propios de los partidos conservadores en general.

Para nosotros, *gobernar no era prevenir*, sino mantener á cada cual en la esfera de su derecho y restablecer el derecho perturbado.

En suma: nuestras doctrinas, buenas ó malas, justas ó exageradas, ahora no las defiendo ni aun las juzgo; eran lógicas y consecuentes consigo mismas, desde las más elevadas regiones del pensamiento y de la conciencia hasta el último artículo de las Ordenanzas municipales.

Todo problema social tenía para nosotros una solución, una solución única, científica, inquebrantable: la de entonces. Hoy son otras, lo reconozco.

*
* *

Claro es que no todos los hombres políticos de aquella época profesaban estos principios con la crudeza que acabo de mostrar. Muchos de ellos ni siquiera pensaban en los principios ni les preocupaban gran cosa; pero aceptaban *las consecuencias en el terreno práctico de la política*; aunque claro es que al llegar á la realidad todos los idealismos se modifican. Y en este punto, ni aun los más exaltados se mostraban ni nos mostrábamos intransigentes.

Por ejemplo, la mayor parte de los demócratas y de los progresistas, muchos de la Unión liberal y muchísimos federales eran librecambistas, y el grupo de los economistas lo era en alto grado; sin embargo, jamás pretendimos establecer el librecambio de una manera violenta, sino gradual, para que los intereses creados y comprometidos, en empresas sensatas

ó absurdas, por la protección, tuvieran tiempo de prepararse ó liquidar.

Así dictó el ilustre Figuerola sus célebres aranceles libre-cambistas, que por hábiles escamoteos de las valoraciones, sin que nadie pudiera evitarlo, resultaron proteccionistas al fin.

Pero nuestra intención era sana y leal.

Entre los hombres políticos de aquella época, como consecuencia de las ideas imperantes, por influjo del medio ambiente, según ahora se dice, dominaba este principio supremo: «*reducir cada vez más las funciones del Estado y ensanchar cada vez más la iniciativa individual, librándola de trabas y obstáculos*».

El Estado era para todos nosotros sospechoso, más que sospechoso, funesto: una calamidad necesaria; por eso, á los más exaltados nos llamaban anarquistas, ó la denominación equivalente de aquellos tiempos.

Porque esto de anarquistas, socialistas, comunistas y colectivistas son cosas muy antiguas, aunque la nueva generación, con una candidez infantil, que ella supone que es superioridad intelectual, crea que las ha inventado para su uso. ¡Demonio! ¡El niño descubrió el estanque del Retiro! Sea en hora buena.

Considerábamos al Estado como una necesidad ineludible, repito, como un elemento de la organización social, que es necesario, que siempre será necesario, hasta que los hombres resulten ángeles, y que encerrado en sus naturales límites, por nada podría suplirse; pero nuestro ideal era reducir cada vez más estos límites, ensanchando, en cambio, sin límite alguno los de la actividad individual y los de la asociación libre.

En esto nos fijábamos mucho, protestando contra todos aquellos que nos pintaban á los individualistas como destructores sistemáticos de todo lazo social. «Al salvajismo, al aislamiento, al desierto vais», nos decían.

Acusación injusta: nosotros defendíamos la *máxima asociación*; pero cada asociación, para nosotros, en primer lugar,

nacía no por virtud de la ley, sino por la libre voluntad de los individuos que la constituían; y en segundo lugar, no era una cárcel en que se entraba por voluntad ajena, sino un recinto lleno de vida en que se penetraba por voluntad propia y del cual se podía salir cuando se quisiera: ni más ni menos que en una sociedad anónima se entra ó se sale comprando ó vendiendo las acciones.

En esto diferenciábamos la asociación libre de la asociación que el Estado representa, que es fatal y necesaria, que está impuesta por fuerzas históricas y geográficas, por la tradición de siglos, por la raza, por el recuerdo, por amores y odios infinitos.

Pues bien: de esta tendencia á disminuir las funciones del Estado, participaba la opinión general en España y fuera de España: no digo la totalidad de los pensadores y de los hombres políticos; pero sí la mayor parte.

El siglo pasado no fué individualista en absoluto, porque el absolutismo de las ideas nunca encarna totalmente en la realidad; pero no puede negarse que en el siglo XIX dominó la *nota individualista*.

El siglo XX empieza con la tendencia contraria: empieza haciendo sonar el clarín de guerra socialista, ¡y con qué fuerza!

Hoy todo el mundo cree en la eficacia del Estado, con este ó con otro nombre, que, por lo demás, los socialistas abominan del *Estado burgués*; todo el mundo, ó la mayor parte, supone que como el Estado tenga una buena representación en el Gobierno, ó sea en los hombres que dirigen, nos podrá hacer á todos sabios, á todos ricos, á todos virtuosos y á todos felices: todo consiste en unas cuantas leyes bien escogidas y en un buen Gobierno.

Nosotros creíamos, por el contrario, que en el inmenso océano de la sociedad hay corrientes poderosas, fuerzas internas, leyes naturales, que son las que determinan los destinos de la humanidad, de las razas y de los pueblos; pero además

creíamos en el *libre albedrío*, que actualmente está muy en baja. Hoy se cree que el oleaje político de la superficie, bien dirigido por buenos ventiladores gubernamentales que soplen con ritmo, puede penetrar en la masa y transformarla. ¡Unas cuantas olas revolviendo la inmensidad! Eso sucede en los pantanos, no en el Atlántico!

A cada cual sus creencias: hay que respetarlas. Quien defiende *el derecho al error*, tiene que respetar á los socialistas puros y á esa sucursal del socialismo que se llama intervencionismo; y hay que respetarlos aunque se profesen doctrinas contrarias.

La tendencia dominante del siglo xix, que fué, como hemos dicho, individualista, ha dejado en la Historia *un siglo prodigioso* para todos los órdenes de la vida.

Veremos lo que deja el siglo xx con su socialismo invasor, su intervencionismo que alardea de prudente, y su Estado motor y providencia, tutor y niñera.

Y esto, no sé por qué caprichos de la imaginación, me trae á la memoria una frase graciosísima del inolvidable Cánovas del Castillo.

Estaba hablando Cánovas en el Congreso, y le interrumpió Sagasta diciéndole: «Esas son *gracias* del Perchel». A lo que Cánovas, afirmando los quevedos y sonriéndose con suprema sonrisa, le dijo: «Vamos á ver las de Logroño». Parodiando este incidente parlamentario, me ocurre decir: lo que ha hecho el individualismo en el siglo xix está presente; vamos á ver las *gracias* del socialismo en el siglo xx.

Lo malo es que yo no podré verlas.

*
* *

Tan dominantes eran estas ideas, estos sentimientos y estas opiniones en el tercio postrero del siglo último, y sobre todo en los años de la revolución, que de ellas y de ellos participaban, no sólo los demócratas, sino muchos de los que no aceptaban todavía este calificativo y aun otros que figuraban en los partidos conservadores más recalcitrantes.

El ilustre, el inolvidable Moreno Nieto, alma pura como la de un niño, inteligencia noble y generosa, hombre de extraordinaria cultura, sobre todo en ciencias históricas y filosóficas, cuya palabra era un torrente de elocuencia y que combatía constantemente por sus ideales, sobre todo en el Ateneo de Madrid, sostuvo más de una vez esta tesis que hoy escandalizaría á muchos:

«Defendía á todo trance el principio de autoridad, que nosotros no negábamos ciertamente; admitía casi, de nuestro ideal, la disminución constante de las funciones del Estado moderno, y sólo como correctivo le daba *carácter de iniciativa y de acción propia* en ciertos casos.» A saber:

Cuando *una necesidad social* era clara y evidente, y estaba admitida y reclamada por la opinión pública, y sin embargo la iniciativa del individuo no acudía á satisfacerla, el Estado tenía el deber, según Moreno Nieto, de ejercer por sí la función propia para satisfacer aquella necesidad y de seguir ejerciéndola hasta el día en que la sociedad acudiese libremente á sustituirle en su acción.

Recuerdo todavía que Bugallal, que era de los que constantemente atacaban á los demócratas, en uno de sus más aplaudidos discursos empezó declarando «que su ideal era el nuestro», aunque después, enardecido por la lucha, procurando poner de relieve nuestras exageraciones, y atento sólo á descargar golpes y á lanzarnos granizada de frases, nos fulminaba ésta: «Vuestro ideal no es el individualismo, vuestro ideal es la barbarie».

Pero como había empezado declarando que era el suyo nuestro ideal, le interrumpimos con gritos, protestas y risas, acusándole de que su ideal era también un ideal de barbarie; de manera que allá nos íbamos todos.

Cánovas asistió más de una vez á las discusiones del Ateneo, y solía marcharse descontento de los suyos, á los que amonestaba agriamente, diciéndoles con enojo: «Esa no es manera de discutir; discutiendo de ese modo, los demócratas les

vencerán á ustedes siempre. Si empiezan ustedes declarando que aceptan su ideal, puesto que aquí sólo se trata de discusiones teóricas y no de aplicaciones prácticas, ¿qué argumentos han de emplear ustedes contra un ideal que reconocen como bueno?»

Y es que en todas partes, en las regiones filosóficas, en las de la ciencia, en la política, en el arte, dondequiera que fuere, la enemiga contra el Estado era violenta. Decididamente, el Estado era por entonces un mal sujeto.

En el Estado nadie tenía confianza, y hasta la masa popular protestaba contra el Estado ó contra el gobierno, mejor dicho, contra todo gobierno; que para el público, Estado y gobierno era lo mismo.

El Estado, según opinión casi unánime, todo lo hacía mal y caro y en forma tiránica. Era el estancamiento, la burocracia, la empleomanía. Pero con el socialismo, decíamos, estos vicios llegan á lo infinito.

Y continúa la antiletanía:

Caro y mal administraba.

Como industrial, era detestable.

Como maestro, rutinario y torpe.

Como director de conciencias, un inquisidor.

Como guía del Arte, ó inspirador de la nueva Ciencia, imbecil y torpe, y además impotente.

Cuando se toleraba, por no poder evitarse, que ejerciese ciertas funciones ó que llenase ciertos servicios, todo el mundo protestaba si se hacían por administración, y á voz en cuello se pedía *el arriendo* á fin de que la administración pública aprendiese de los particulares y modificase un poco su incapacidad evidente. ¡El arriendo estaba en alza!

En suma: contra el Estado resonaba un grito poco menos que unánime de reprobación.

Sabios, filósofos, políticos, hombres de negocios, agricultores, industriales, el comercio, la banca, el elemento popular, todos ellos eran en aquellos tiempos, ó por convicción ó por

sentimiento ó por moda, más ó menos anarquistas en esto de abominar del Estado: porque era más que desconfianza, era abominación.

Reconocíamos los individualistas que siempre sería necesario; pero como un mal necesario, que convenía limitar y reducir constantemente. De todas maneras, le tolerábamos todavía ciertas funciones: la enseñanza, las obras públicas, la moneda, la justicia, la defensa social y del territorio, las relaciones internacionales.

Hoy la decoración ha cambiado, yo lo reconozco: ha cambiado por completo, en España y fuera de España; dijérase que el sistema solar va atravesando otras regiones del espacio impregnadas de socialismo.

Hoy la opinión pública quiere que el Estado lo haga todo, y sólo en el Estado se tiene confianza. Ya no se acusa al Estado de lo malo; se acusa á los gobiernos que lo representan.

El Estado ha de crear la Industria, acentuando el proteccionismo; el Estado quisieran muchos que administrase por sí todas las vías férreas y todas las grandes industrias y aun los grandes cultivos; el Estado ha de encauzar las ideas, empleando medios coercitivos contra aquellas que se consideren perjudiciales.

El Estado ha de regular hasta el reposo de las masas sociales, imponiendo *el descanso dominical*: y yo no desconozco sus ventajas; por ejemplo, comer pan duro los domingos, estímulo poderoso para la cultura de la clase obrera.

El Estado ha de abolir la usura por medio de la tasa del interés; ¡á eso se va!

El Estado ha de cuidar de que baje el precio de las subsistencias; ¡no faltaba más!

Y siguiendo por este camino, llegaremos á la *socialización de los capitales*, de todos los capitales.

Pero ¿á qué fatigar á mis lectores?

Desde los años de la revolución, hasta estos años que co-

rrren, en el orden social la decoración ha cambiado por completo: *decoración de bosque, decoración de cárcel.*

Entonces, sin saberlo, todo el mundo tenía la levadura anarquista; el individualismo, más ó menos extremo, imperaba; en la libertad se tenía confianza absoluta, se respiraba ambiente de libertad, más ó menos desordenada, á veces en un supremo desorden, yo lo reconozco; pero con mucha fe, con mucho idealismo.

Hoy todo el mundo, consciente ó inconscientemente, es socialista: los gobiernos, los parlamentos, los ciudadanos; hasta los burgueses, por altruísmo, miedo ó torpeza, lo son.

De las fuerzas naturales, de las leyes económicas, de los efectos de la concurrencia (ó competencia), todo el mundo se burla. ¡De la Economía política, no hay que decir! ¡La competencia, los intermediarios, qué horror!

¡Buena competencia, observaremos nosotros, cuando, por comodidades del Fisco, hemos vuelto á *los gremios*, y nos recreamos con la *sociedad gremial de la Edad Media!*

Sí; el ambiente ha cambiado, y á este paso, á los que estábamos acostumbrados á respirar en aquella atmósfera, esta atmósfera socialista llegaría á sernos intolerable si se acentuase más y hubiéramos de respirar en ella muchos años.

Para un demócrata del año 69 y 70, hablarle de libertad era hablarle de la universal panacea; claro que la exageración es evidente, lo confieso.

A un demócrata de hoy, que es probable que sin saberlo sea socialista, la palabra libertad le hace sonreír.

«Sí; no es mala la libertad en ciertas cosas, dice; sobre todo, para los que piensan como yo; pero el progreso hay que imponerlo por la fuerza.» «La libertad es un medio, dirá el demócrata socialista al uso; pero cuando el medio es insuficiente, es forzoso acudir á la intervención gubernamental.»

Hay que hacer al hombre bueno, sabio, rico y feliz *á la fuerza*; y el Estado es el único fabricante de todos estos productos.

¡Cómo han cambiado los ideales en el mundo!

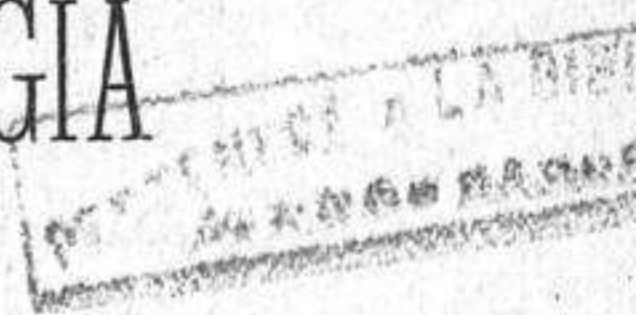
A los que profesan tales ideas, que yo no juzgo en este momento, les llamábamos por aquellos años del 68 al 74 *reaccionarios, doctrinarios, moderados y absolutistas*.

Después parece que va girando en el mundo la máquina político-social, y que aquellas ideas, que entonces nos repugnaban, pasando en su giro por delante de la vieja generación, han venido á colocarse en primer término, en las avanzadas. Y así claman sus defensores al girar la máquina: «nosotros, nosotros somos los liberales, los hombres del progreso, los hombres del porvenir». ¡Pues á ello! ¡adelante el siglo xx: al colectivismo, á la supresión intrépida de la propiedad privada!

Y honradamente lo creen, no lo dudo; los que quedamos atrás pensamos también honradamente lo que pensamos, y lo que en ocasión oportuna podríamos decir, si lo dijéramos: acaso nunca lo diré yo.

JOSÉ ECHEGARAY

PARA LA HISTORIA DE LA SOCIOLOGÍA



La palabra Sociología se inventó en fecha fija y determinada (1); al menos puede señalarse el momento de su aparición pública. Débese, como es sabido, al gran iniciador de lo que, con perfecta propiedad, puede hoy llamarse el *movimiento sociológico*, á Augusto Comte. «Frecuentemente se ha observado, dice M. Stuckenberg, que «sociología» es un barbarismo compuesto de una palabra latina y otra griega. Esto, añade, nada tiene que ver con su propiedad y empleo» (2). Es decir, aunque esta forma de composición fuera poco aceptable, no sería ya oportuno tomar en serio el argumento para rechazarla; la palabra ha hecho su camino: ha logrado circular por varias lenguas, afirmando un objeto definido á la investigación, y no habiendo sido sustituída por otra que sea igualmente satisfactoria (3). Por otra parte, aunque la palabra Sociología, escribe Mr. Ward, se deriva del latín y del griego, está esto plenamente justificado por la carencia en este último del más esencial de sus componentes. Sin que reemplace á la expresión virtualmente sinónima de ciencia social, puede usarse en muchos casos en que no cabe usar ésta. Tiende á dar cohesión al concepto general, y á unificar la nomenclatura de la cien-

(1) V. Branford: *On the origin and use of the Word Sociology*, en los *Sociological Papers*, London, 1904. V. un resumen en mi *Sociología contemporánea*, cap. I.

(2) *Sociology*, I, pág. 1.

(3) V. Stuckenberg: loc. cit.

cia. Y haciendo esto, agrega algo, tanto cualitativa como cuantitativamente, al pensamiento» (1).

La primera vez que se emplea la palabra *Sociología* (*Sociologie*) fué en el año 1839, ó un año antes, pues aparece impresa en el volumen cuarto del *Cours de Philosophie Positive*, de Comte, cuya advertencia especial lleva la fecha de 23 de Diciembre de 1838; «así es, dice Mr. Ward, que la palabra debe haberse escrito en ese año, ó antes» (2). En la edición quinta (1893) del *Cours* aparece el término *Sociologie*, en la pág. 200, donde se lee: «Después de Montesquieu, el único paso importante dado hasta aquí para la concepción fundamental de la *Sociologie...*»; al pie Comte puso esta interesante nota: «Creo deber aventurarme desde ahora á emplear este término nuevo, exactamente equivalente á mi expresión, ya introducida, de *física social*, á fin de poder designar con un nombre único esta parte complementaria de la filosofía natural, que se refiere al estudio positivo del conjunto de las leyes fundamentales propias de los fenómenos sociales. La necesidad de semejante denominación, para responder al destino especial de este volumen, excusará, yo lo espero, este último ejercicio de un derecho legítimo, del cual creo haber usado siempre con la debida circunspección, y sin dejar de experimentar una profunda repugnancia contra toda práctica de neologismo sistemático» (3).

La demostración efectiva de la utilidad de la palabra, ó si se quiere de la comodidad producida por su empleo, la ofrece el propio Comte á continuación en diferentes lugares del mismo volumen. *Sociología* es un término que desde luego sugiere la *aspiración á la unidad* ó á la simple unificación del saber «social», de las investigaciones sobre los fenómenos sociales; y

(1) Ward: *Compendio de Sociología*, pág. 28.

(2) Ob. cit., pág. 27.

(3) *Cours de Philosophie Positive*, IV, pág. 201, nota (5.^a edición, París, 1893).

este término sugestivo tiene la gran ventaja de poder aplicarse en varias formas derivadas para expresar cómodamente interesantes relaciones é ideas, en las que el elemento ó factor «social» desempeña un esencial papel. Habla Comte, por ejemplo, de «método sociológico» (1), de «leyes sociológicas» (2), de «serie sociológica» (3), de «investigaciones sociológicas» (4), de «estudios sociológicos» (5).

Prescindiendo del valor científico que ya tienen hoy estos términos, valor alcanzado por la acción del pensamiento en su labor crítica y constructiva de la misma Sociología, y prescindiendo de la «idea» directriz á que esos derivados pueden referirse en un sistema, y, en general, en la consideración implícita que podemos hoy poner en lo «sociológico», es lo cierto que la palabra expresa con entera claridad el objeto que su inventor se proponía, y que estuvo Comte muy inspirado al sustituir con ella la expresión *física social*, tan dada á equívocos (6).

«Comte—escribe M. Branford—se consideraba á sí mismo como sucesor en línea directa de pensadores, que históricamente comienza en Thales y Pitágoras, continúa en Bacon y Descartes y (para Comte) culmina en Hume. Estaba Comte muy imperfectamente enterado de la obra de Kant: probablemente sólo le era familiar la *Idea de una Historia Universal*. De la obra de Hegel, acaso tenía únicamente un conocimiento general y vago, estimándole como un contemporáneo mayor, comprometido también en la tarea de construir una especie de filosofía positiva. Para Comte, pues, el *Tratado de la naturaleza humana*, de Hume, era la más alta expresión de la filosofía, enderezada á unificar el saber total utilizable del hombre.

(1) Loc. cit., págs. 285 y 370.

(2) Idem, pág. 297.

(3) Idem, pág. 304.

(4) Idem, pág. 373.

(5) Idem, pág. 384.

(6) V. Groppali: *Elementi di Sociologia*, pág. 2.

Pero entre la publicación del tratado de Hume en 1739 y el ensayo de Comte de una nueva síntesis, media casi un siglo...» (1). En este período se amplió enormemente la esfera del saber en todos los círculos de la investigación. Fué un período de actividad analítica y sintética en las ciencias matemáticas y físicas—recuérdense los nombres de Fourier, Lagrange y Laplace; de Carnot, Coulomb y Volta; de Scheele, Lavoisier, Cavendish, Davy, Berthollet y Dalton.—Pero respecto de la génesis especial de la Sociología, el primer elemento ó factor del siglo fué—añade M. Branford—en primer lugar, la creación de la ciencia biológica, como un sistema definido de estudio; y en segundo lugar, el desarrollo de la concepción de una ciencia de la Historia. En todo ó parte pertenecen al período de 1739-1842 los trabajos de Lineo, Haller, Jussieu, de Buffon y Cuvier; y por último, los ensayos de Bichat, de Lamarck y de Treviranus, para crear una ciencia general de los fenómenos de la vida, para la cual los dos últimos emplearon el título de Biología. La idea de una ciencia de la Historia humana, si pertenece á alguno, pertenece á Vico, en su *Scienza Nuova*, en 1725. Esta idea, en el intervalo del *Tratado* de Hume á la *Filosofía positiva* de Comte, había sido notablemente desenvuelto en Francia por Montesquieu, Turgot, Condorcet y Saint Simon; en Alemania, por Lessing, Herder y Kant; en Escocia, por Smith, Fergusson y Miller» (2).

II

La Sociología expresa una aspiración á la unificación del saber relativo á la humanidad considerada socialmente, ó mejor, de la vida social del hombre. Es una consecuencia natu-

(1) *On the origin and use of the Word Sociology.*—*Sociological Papers* (*Sociological Society*, Londres, 1904), pág. 3-4.

(2) *Ob. cit.*, pág. 4.

ral de la tendencia unificadora del espíritu del hombre. En el propio Comte, la formación de esta palabra debemos imaginárnosla como el momento culminante en que el espíritu del filósofo encuentra el símbolo gramatical de una necesidad interna, de una inclinación á reflejar en expresión científica la *unidad* observada, presentida ó meramente supuesta de lo que podemos llamar la «realidad social». La tarea especial que Comte se proponía á sí propio era la de examinar á la vista de la Filosofía los trabajos científicos é históricos del siglo prolífico que media entre Hume y él mismo. Su ensayo de unificación se ofrecía bajo el nombre de Filosofía positiva, y para aquella parte relativa al nuevo conocimiento científico é histórico de las concepciones de la Naturaleza y de la sociedad humana, propone el nombre de Sociología» (1).

Había, pues, dos estímulos íntimos en Comte, dos atractivos del espíritu unificador. El uno esencialmente histórico: la unificación ó síntesis del saber; el otro, filosófico: la unificación del objeto del saber. Era preciso traer á una composición sistemática los conocimientos que produjera la acción dispersa de la ciencia por obra de los pensadores; y era además preciso determinar la *unidad* sustancial objetiva de esos conocimientos.

El empleo de la palabra *bio-logía* por Lamarck (2)—que viene á unificar el saber de la Historia Natural y á expresar la unidad esencial de los fenómenos de la vida—debió ejercer un decisivo influjo sobre el espíritu de Comte. Previó éste el extraordinario efecto renovador y progresivo que la palabra *biología*—con todas sus consecuencias—había de ejercer en la Historia Natural, y con certero instinto buscó un factor sugestivo análogo en la *Sociología*. Inventar una palabra por capricho, por ridículo afán de neologismo insustancial, no im-

(1) Brandford: Ob. cit., pág. 5.

(2) V. Huxley: *Science and Education Essays*. Londres, 1893, página 268. Cons. Ward: *Compendio de Sociología*, pág. 29.

porta para el desarrollo científico. Pero cuando el invento gramatical viene á su tiempo, responde á una exigencia real del pensamiento, la *invención* tiene todo el alcance y efectos que anotan Tarde y Baldwin. Es un centro de fuerza expansiva, una fuente de sugestión. «Las palabras—dice con razón Ward—son las herramientas del pensamiento, y las ideas no pueden progresar sin ellas, como las artes sin instrumentos y máquinas» (1).

Todo el volumen cuarto del *Cours de Philosophie Positive*, de Comte, está lleno de estas preocupaciones de unificación simbolizadas en el nuevo término. El pensamiento inicial en el citado volumen es el de «la necesidad y oportunidad de la *física social*, según el análisis fundamental del estado social presente»: Comte habla de «la posibilidad actual de concebir y de cultivar la ciencia social á la manera de la ciencia plenamente positiva» (2). Y añade luego: «La inmensa laguna fundamental que deja, evidentemente, en el sistema general la filosofía positiva, el deplorable estado de infancia prolongada en que languidece todavía la ciencia social, debería bastar para hacer altamente irrecusable á toda inteligencia verdaderamente filosófica, la estricta necesidad de una empresa destinada á imprimir por fin en el espíritu humano, tan bien preparado ya en todos los demás respectos, ese gran carácter de unidad, de método y de homogeneidad de doctrina, indispensable á la plenitud de su desenvolvimiento especulativo» (3). La repercusión del influjo que ejerce en el espíritu de Comte la «Biología», adviértese todavía en este momento inicial en que todavía se habla de la *física social*, pero en el que debe estar cercano el instante de la «sociología». «Si, pues—dice,—la ciencia biológica, á pesar de su constitución más avanzada, aun nos ha parecido demasiado estrechamente ligada al arte

(1) Ob. cit., pág. 25.

(2) *Cours de Ph. Pos.*, IV, pág. 2 (ed. 1893).

(3) Loc. cit., pág. 4.

médico, ¿puede extrañar la tendencia habitual de los hombres de Estado á desdeñar, como vanos juegos del espíritu, todas las especulaciones sociales que no estén inmediatamente ligadas á operaciones prácticas?» (1).

Más adelante, vuelve Comte, en repetidas ocasiones, á expresar su propósito íntimo filosófico. «Esta subordinación—dice—racional de la humanidad á una misma ley fundamental de desenvolvimiento continuo, que representa la evolución actual, sea cual fuere en él la importancia preponderante, como el resultado necesario de la serie gradual de las transformaciones anteriores, constituirá ciertamente una propiedad exclusiva y espontánea de la nueva filosofía política, que se limitará, en esta relación, á extender por fin á los fenómenos sociales el espíritu general que ya domina con respecto á los demás fenómenos naturales. Para acabar de apreciar sumariamente la coherencia y la homogeneidad que inevitablemente deberán caracterizar esta filosofía, baste advertir, en último lugar, que al propio tiempo que establecerá por tal modo, sea en el presente, sea en el pasado, el más perfecto enlace en el sistema entero de las diversas nociones sociales, referirá ese sistema de una manera tan directa como indisoluble al conjunto total de la filosofía natural, que, completada desde entonces por esta indispensable extensión, realizará en adelante un estado permanente y definitivo de unidad intelectual hasta aquel momento esencialmente quimérico, donde todos los diversos órdenes de concepciones humanas, irrevocablemente sometidos á un método fundamental, presentarán, con relación á todos los fenómenos posibles, una serie racional de leyes homogéneas, que no cesará de coordinar exactamente una rigurosa jerarquía científica» (2). «El sentimiento (escribe aclarando más el concepto) fundamental de las leyes naturales invariables», fundamento primitivo de toda idea de orden, con res-

(1) Loc. cit., pág. 5.

(2) Idem, págs. 143-144.

pecto á cualesquiera fenómenos, ¿podrá no tener la misma eficacia filosófica, luego que, completamente generalizado, se aplique también á los fenómenos sociales?... (1).

Y todavía descubre más su pensamiento al final de la lección 46, cuando habla del espíritu científico de su Tratado y de «proseguir el estudio general de los fenómenos de la física social en disposiciones tan puramente especulativas como las que presiden ya el cultivo habitual de las demás ciencias fundamentales, no teniendo otra ambición intelectual que la de descubrir las verdaderas leyes naturales de un último orden de fenómenos»... (2).

Y aun resulta más explícito y claro el propósito acariciado por Comte, en el momento mismo en que adopta la nueva palabra *Sociología* en sustitución de la expresión *física social* (3).

III

Poco hay que decir sobre la superioridad de la palabra Sociología, frente á la expresión *física social*; entraña ésta un prejuicio, impone un criterio. De haber insistido Comte en ella no habría facilitado, por la sugestión de la palabra, la formación de la ciencia social. Acaso la expresión *física social* reflejase más determinadamente, quizá hasta con exceso, el pensamiento íntimo de Comte sobre el *modo positivo* de constituir la sociología, según la orientación surgida del ejemplo de las otras ciencias anteriores en la *jerarquía*: pero, de una parte, la introducción del concepto de lo *físico* en la concepción de lo social como un orden superior, comprensivo, no se armonizaba bien con el principio de lo diferencial ó distinto del fenómeno social—que no es *físico*, sino *social*, en el propio Comte;—

(1) Loc. cit., pág. 145.

(2) Idem, págs. 177-178.

(3) Idem, pág. 6, y especialmente lec. 47.

y, de otra, la expresión acaso se habría cristalizado como una fórmula aceptable sólo para definir la «sociología comtiana». La misma vaguedad del término Sociología y su flexibilidad gramatical han permitido aplicarlo á todas las concepciones posibles de una ciencia de la sociedad, ó de lo social, sea cual fuere el criterio filosófico primordial al cual hayan podido responder.

Basta recordar el momento en que la *Sociología* surge en el desarrollo del pensamiento comtiano, como coronación de la jerarquía científica, y como expresión teórica de la comprensión del orden real más complejo—el social.—El plan de Comte—escribe el Sr. Rignano—puede dividirse en tres partes: en la primera, crear la ciencia de las ciencias, sirviéndose de las que se asientan sobre base positiva, de la Matemática á la Biología. Esto es, reelevarse desde las leyes más generales ya determinadas por cada una de estas ciencias particulares, á una ciencia única generalísima, que enlazase en un todo orgánico las diversas ciencias particulares, y las ordenase además según una serie de clasificaciones tan racional que el paso de una á otra se efectuase por sí mismo, sin discontinuidad alguna... La segunda parte de la obra debía consistir en servirse de estos resultados generales, obtenidos en el complejo de todas las demás ciencias existentes, y consiguientemente de valor para la ciencia en general, para constituirse un guía racional en la creación de una ciencia nueva, la última que aun está por constituir: la Sociología. En la tercera parte de la obra el autor debía proceder á la creación misma de la ciencia sociológica, esto es, á trazar un primer esbozo de sus leyes más generales y más fundamentales (1).

A mi modo de ver, el cambio de nombre propuesto por Comte ha sido buena idea. Para designar una operación científica respecto del fenómeno social, labor de investigación serena, sin prejuicio, convenía un término de una gran precisión lite-

(1) Rignano: *Le Sociologia nel Corso di Filosofia Positiva d'Agosto Comte*, págs. 11-13.

raria en cuanto á la indicación del objeto, y á la vez de una gran *neutralidad* en cuanto al criterio filosófico, aplicable á la indagación. Era preciso, si el término había de tener un éxito definitivo, que la nueva disciplina con él indicada pudiera recoger todos los modos de entender, todos los criterios y posiciones, aun aquellas que implicasen la más radical rectificación del sentido comtiano—lo *subjetivo* de la indagación, lo puesto como punto de vista propio por la filosofía *positivista*.— En una palabra: era indispensable que el término aludiese á lo que es perenne en la relación científica, á saber, la pura relación de conocimiento, dejando el campo libre á la renovación incesante del contenido.

La palabra *Sociología* responde, creo yo, á todas esas exigencias: dice cuanto hace falta decir, y nada más. Indica el objeto: sociedad, social: si éste es real y distinto, si es de posible conocimiento, si se puede penetrar la naturaleza de lo *social*; todos son problemas posteriores. Luego indica la relación: *logos*: se trata de *investigar*, de *conocer*, de pura operación teórica. ¿Cómo se hace esta operación? ¿Con qué criterio se procede? Va implícito en términos generales: ello ha de ser como obra de *ciencia*; por de pronto baste esta indicación: la *Sociología*, en suma, alude á la *investigación* científica de lo *social*.

La historia posterior á Comte ha confirmado lo feliz de su inspiración. La *Sociología* persiste, y en el dominio de sus doctrinas han penetrado todos los criterios: no es ni positivista, ni idealista, ni evolucionista, y es todo eso á la vez; sin salirse de la exigencia capital que el nombre entraña, han podido generarse en la *Sociología* corrientes tan distintas como el biologismo y el psicologismo, formulándose sentidos filosóficos de idealidad, hasta infundir en su base misma la preocupación «metafísica» (1), no obstante el origen positivista del término y de la ciencia.

(1) Cons. Tarde: *Les lois sociales*, y Fogel: *Metaphysical elements in Sociology* (1904).

IV

La aspiración comtiana, expresada antes, según ya queda indicado en la *Ciencia Nueva* de Vico, alcanzó entre esta manifestación (que podría tener sus raíces en Platón y en Aristóteles) ciertas consagraciones, que M. Branford recuerda muy oportunamente. «Entre la *Ciencia Nueva* de Vico—escribe este autor—y la *Sociología* de Comte, la infiltración de varias especies de frases, tales como Ciencia social, Ciencia de la sociedad (Condorcet), Ciencia del hombre (Saint-Simon), parecían indicar una tendencia general hacia la expansión de la ciencia por el campo de los estudios humanistas» (1). Sentíase en todas partes la necesidad de dar unidad y nombre al *proceso* humano—sintetizándolo en leyes explicativas—aplicándole el impulso «causal», proyectando sobre él la interpretación racional de sus hechos, ó educiendo de éstos el principio informativo, de enlace, de continuidad, de encadenamiento, de dependencia—de causa á efecto, de hecho á condición.—La expresión, fuera de Comte y de esta aspiración con manifestaciones brillantísimas aún no agotadas, á las cuales vuelve ahora cada vez con más decisión el movimiento sociológico, nos lo ha ofrecido la filosofía alemana en sus representaciones más culminantes desde Kant, en Schelling (1775-1854), en Krause (1781-1832), Hegel (1770-1831), y, en general, en los representantes de lo que se ha llamado la Filosofía de la Historia (2).

La Filosofía de la Historia y la Sociología pueden estimarse como dos elaboraciones paralelas de una misma concepción en el fondo, elaboraciones que hoy convergen hasta el punto de que hay, según ya hemos indicado, quien, como Barth, ha-

(1) Ob. cit., pág. 5.

(2) V. R. Flint: *La filosofía de la historia en Alemania*; cons. Barth: *Die Philosophie der Geschichte als Sociologie* (1897), y Small: *The significance of Sociology for Ethics*, especialmente pág. 25 y sigs., *General Sociology*, cap. IV.

bla de considerar la *Filosofía de la Historia como Sociología*. Pero en el primer instante, y desde el punto de vista de la formación de una ciencia social, respondió, quizá, mejor al intenso movimiento positivo empujado por el gran florecimiento de las ciencias naturales y de observación, á la vez que por los progresos de la historia como ciencia, como «realismo», la fórmula de la Sociología, que además no limitaba el horizonte de la investigación hacia un sentido ideal y abstracto, como ocurría con la expresión de Filosofía de la Historia. Nada tiene, pues, de particular que la elaboración de una ciencia social—sintética, ó general, ó de mera composición—se efectuara como elaboración de una *Sociología*, aunque luego—ahora, sobre todo—se aproveche la savia realista y el impulso fecundo que se contiene en la Filosofía de la Historia y en las concepciones que, como el llamado «materialismo histórico» (Marx), se han engendrado al calor de la corriente hegeliana (Filosofía de la Historia).

Siguiendo el movimiento expansivo, no de la «concepción» comtiana, sino de su fórmula y expresión sugestiva, se han de señalar, por de pronto, dos de las etapas más importantes y definitivas; represéntanlas ó personifícanlas dos filósofos ingleses: Stuart Mill y Herbert Spencer.

Entre los contemporáneos de Comte—dice M. Brandford,—J. S. Mill (sólo ocho años más joven que Comte) sostuvo decididamente que había llegado el momento de señalar una ciencia social general, proponiendo hasta una designación especial. «En 1836 Mill definía el objeto y carácter de este campo de la investigación, empleando como términos sinónimos, entre otras frases, éstas:—Filosofía social, Ciencia social, Historia natural de la sociedad, Política especulativa y Economía social.—Este ensayo de Mill (*On the Definition y Method of Political Economy*) se publicó seis años antes de la terminación de la *Filosofía Positiva*» (1). Mill concebía entonces la ciencia

(1) Ob. cit., pág. 6.

social de un modo muy distinto al de Comte. Pero después de publicado el *Curso* modificó considerablemente sus ideas, abandonando las dos expresiones antes recomendadas como aceptables (Economía social y Política especulativa), é inclinándose en favor de la palabra *Sociología*.

Debe notarse cuando la empleó al desarrollar en el *Sistema de Lógica* la doctrina de la *Lógica de las ciencias morales*: trata de determinar la naturaleza de la Ciencia social, y dice: «Así, pues, la Ciencia social, que por un barbarismo cómodo se ha llamado Sociología, es una ciencia deductiva...» (1). Y luego sigue usando la nueva palabra y sus derivados, aludiendo repetidas veces á Comte. «El único pensador—se lee—que poseyendo un conocimiento suficiente de los métodos científicos en general, ha ensayado caracterizar el Método de la Sociología, M. Comte...» (2). «Únicamente M. Comte, en la nueva escuela histórica, ha sentido la necesidad de enlazar las generalizaciones de la historia con las leyes de la naturaleza humana» (3). Refiriéndose más adelante á la obra de Comte, añade que «es el único ejemplo de un estudio de los fenómenos sociales, según la concepción del Método histórico» (4), expuesto antes.

Y no sólo esto: Stuart Mill está de lleno en la corriente que supone la constitución de la Sociología como aspiración á la unificación de los fenómenos sociales y su referencia á las leyes de explicación y de desenvolvimiento de los mismos. «La historia—dice—proporciona, cuando se la estudia juiciosamente, las leyes empíricas de la sociedad; y el problema de la Sociología general es hacerlas constar y referirlas á las leyes de la naturaleza humana mediante deducciones que muestren qué tales eran las leyes derivadas que naturalmente se debían es-

(1) Mill: *Système de Logique*, II, pág. 489 (edic. franc. de 1896).

(2) Idem, pág. 491.

(3) Idem, pág. 314.

(4) Idem, pág. 530.

perar como consecuencia de esas leyes primarias» (1). Lo esencial aquí es el reconocimiento de la posibilidad y necesidad de una doctrina de la vida humana social que explique el pasado y que mire hacia el porvenir, lo cual implica la idea de una continuidad objetiva de la Historia según principios ó leyes discernibles.

Refiriéndose á labor realizada por el propio Comte con el propósito sistemático de unificar el proceso sociológico, dice Mill: «Sin discutir aquí el valor de sus conclusiones, y especialmente de sus predicciones y de sus recomendaciones en cuanto al porvenir de la sociedad, que me parecen inferiores á su apreciación del pasado, me limitaré á mencionar una generalización importante que M. Comte estima como la ley fundamental del progreso de la ciencia humana. Según él, la especulación sobre todos los objetos en que se ocupa el espíritu humano pasa por tres fases sucesivas: en la primera tiende á explicar los fenómenos por los agentes sobrenaturales, en la segunda por abstracciones metafísicas, y en la tercera, que es su estado final, se limita á consignar sus leyes de sucesión y de semejanza. Esta generalización me parece que tiene un alto grado de autoridad científica que resulta del concurso de las indicaciones de la historia y de las probabilidades inferidas de la constitución del espíritu humano. Y difícilmente se concebirá, ante el simple anuncio de esta proposición, qué olas de luz arroja sobre todo el curso de la historia, cuándo se ha hecho notar sus consecuencias, refiriendo á cada uno de los tres estados de la inteligencia humana y á cada modificación sucesiva de esos tres estados el correlativo de otros fenómenos sociales» (2).

No puede, creo yo, indicarse más claro el aprecio del contenido del pensamiento de Comte en su elemento formal; es decir, en cuanto alude á la posibilidad y realidad de un «desen-

(1) Mill, pág. 515.

(2) Idem, ob. cit., II, pág. 531.

volvimiento» encadenado y condicionado de la humanidad en la historia y hacia el porvenir.

Pero todavía resulta más definida la posición de Stuart-Mill respecto de la nueva ciencia, vislumbrada á la vez como una filosofía y como un sistema de la vida social. «Doquiera —dice— los espíritus superiores se vuelven hacia este objeto. El fin ahora de los pensadores verdaderamente científicos consiste en recoger con teorías los hechos de la historia universal. Se reconoce que una de las condiciones exigidas por un sistema general de doctrina social es la de que explique, según los datos que se posean, los principales hechos de la historia; y se admite generalmente que una Filosofía de la Historia es á la vez la verificación y la forma inicial de la Filosofía del progreso de la sociedad. Si los esfuerzos intentados actualmente en todas las naciones las más activas para la creación de una Filosofía de la Historia, y á las cuales comienza á asociarse hasta Inglaterra—de ordinario la última en participar en el movimiento general del espíritu europeo,—se dirigen y contrastan según esos principios del método sociológico que breve é imperfectamente he procurado caracterizar, no pueden menos de originar un sistema sociológico muy apartado del carácter vago y conjetural de las tentativas anteriores y digno de colocarse un día en el rango de las ciencias. Cuando el tiempo llegue, ninguna rama importante de los negocios humanos quedará abandonada al empirismo y á las conjeturas sin base científica. El círculo del saber estará completo, y no podrá en adelante amplificarse sino por su propia y perpetua expansión» (1).

Aparte de estas declaraciones expresas, cuenta Bain que «Mill acariciaba el proyecto de hacer una obra sobre Sociología, «como un todo» (2).

De todas suertes, parece indudable que Mill ha sido uno de

(1) Mill, pág. 533.

(2) V. J. M. Robertson: *Buckle and his Critics*, pág. 460, nota cit. por Branford, ob. cit., pág. 7, nota.

los grandes pensadores del pasado siglo que con su gran autoridad han ayudado á vencer la resistencia, á admitir la palabra *Sociología* en el vocabulario científico internacional.

V

Pero el gran apoyo hay que buscarlo en H. Spencer. La adopción por éste de la palabra Sociología y de la idea de un sistema de los fenómenos sociales, establece de un modo definitivo la legitimidad de los intentos de Comte. «Un factor importante—dice M. Branford—en la admisión de la palabra *Sociología* ha sido, sin duda, su adopción por Spencer. Su libro *The Study of Sociology* se difundió por casi todo el mundo civilizado desde 1870 á 1890. El primer volumen de los *Principios de Sociología* apareció el año 1876, y el último en 1896. Aunque relativamente olvidada por las Universidades británicas, la obra fué ampliamente estudiada en Alemania, y más aún en América. En Francia, también, el influjo de Spencer ha contribuído á la difusión de la idea y del nombre; por esto se le considera como el principal continuador de la obra científica y filosófica de Comte» (1).

Siempre me ha parecido que Herbert Spencer, no obstante sus diferencias tan reflexivamente acentuadas respecto de Comte (2), es el más genuino continuador de su representación y espíritu en el desarrollo del pensamiento *sociológico* contemporáneo, sobre todo en este punto de la *introducción* de la sociología en el sistema general de los conocimientos humanos y en la cultura de las gentes. Si hay, como creo, una génesis particular de lo «sociológico», caracterizada, primero por la afirma-

(1) Branford: ob. cit., pág. 8. Cons. Small: *General Sociology*, capítulo VII.

(2) V. especialmente Spencer: *Classification of the Science*. Cons. sobre la relación de Comte y Spencer en el punto fundamental del lugar de la Sociología ante la ciencia. Ward: *Pure Sociology*, págs. 66 y sigs.

ción de la necesidad de una reflexión sobre lo social como una *realidad* (por de pronto exterior al sujeto, objetiva en rigor), cognoscible y penetrable; segundo, por la aspiración á constituir una disciplina «superior» científica con el conjunto ordenado de los conocimientos relativos á lo social; y tercero, por la designación de esa disciplina con un nombre propio—sociología;—si hay, repito, esta génesis particular, los dos momentos culminantes de la misma son Comte—la iniciación del pensamiento—y Spencer—la cristalización y á la vez la difusión del pensamiento.

Spencer aceptó el sentido total de Comte, y como él bosqueja un sistema de las ciencias fundamentales, en el cual ocupa un lugar análogo la *Sociología*, ó sea la ciencia social, es decir, el conocimiento del sér social, la sociedad, como un producto natural en el proceso evolutivo cósmico (1), que corona el edificio del saber, y aun del ser, en el tiempo. Sobre todo, Spencer afirma, como Comte, la Sociología, con la ventaja en su favor de haber dado la primer construcción sistemática, amplia, preparada de una «Sociología», que es una disciplina de análogo valor á la *Psicología* y á la *Biología*, en un sistema general de *Filosofía sintética*.

Ciertamente la Sociología (con este ó con otro nombre) se ha elaborado además fuera de la corriente que va directamente desde Comte á Spencer; la *palabra* se ha abierto también otros caminos. No puede olvidarse la obra de un Quetelet (2),

(1) Spencer—dice M. Ward,—á pesar de todos sus esfuerzos para derribar el sistema de Comte, «lo ha adoptado realmente en el ordenamiento de las ciencias en su *Filosofía sintética*». V. Ward: *The place of Sociology among the Sciences*.

(2) «En lo que Quetelet tenía la mira era ciertamente, ante todo, en la Sociología, puesto que el título de su obra (de 1848) es: *Del sistema social y de las leyes que lo rigen*. Lo que además lo indica es que su obra *Sobre el hombre* (1835) lleva el subtítulo de *física social* y que en ese libro Quetelet hace una declaración categórica: «Es el cuerpo social el que tenemos el propósito de estudiar».—V. Gumplowicz: *Compendio de sociología*, Lib. I, IV.

de un Liliensfeld (1) ó de un Schaffle (2); pero no han llegado estos autores á la Sociología por un camino tan *sistemático* como el de Comte ó el de Spencer, y por otra parte, la incorporación de la Sociología á la corriente general del pensamiento, como expresión y fórmula de una disciplina comprendida en la enciclopedia de las ciencias, y como una rama susceptible de desarrollo independiente, no se comienza á verificar sino, y sobre todo, con ocasión y después de la amplia labor spenceriana (3). A partir de este influjo—aunque no sólo bajo este influjo—la Sociología es ya un objeto de discusión y de elaboración como la Biología ó como la Psicología, y la palabra se acepta en el lenguaje científico internacional. La corriente que podríamos llamar interna, de elaboración de *lo sociológico*, adquiere así proporciones tan intensas y expansivas, que aun aquellos que discuten la legitimidad de una *Sociología* como disciplina sustantiva, emplean la palabra y sus derivados para expresar las diversas relaciones de conocimiento de lo social, y los modos distintos de los fenómenos sociales. Por otra parte, la palabra se ha universalizado de tal manera, que podemos considerarla como un término que tiene su valor hasta en el lenguaje vulgar.

VI

No es posible, dadas las proporciones del estudio presente, reseñar con el necesario detalle la difusión de la Sociología

(1) También se propone como objeto de una ciencia positiva la sociedad humana; llevado, como tantos otros autores, por la necesidad de concretar en un objeto real el de la ciencia social, Liliensfeld alude al *organismo social*: para que la sociedad humana sea objeto de una ciencia positiva, es preciso «admitirla en la serie de los seres orgánicos, considerarla como un organismo». V. Liliensfeld: *Sedanken über eine Socialwissenschaft der Zukunft* (1873) y luego *Pathologie Sociale*.

(2) Baste el título de su obra fundamental, *Estructura y vida del cuerpo social*. Posteriormente Schaffle escribió una obra de Sociología. V. *Abrisz der Sociologie*, publicada por K. Bücher, 1906.

(3) He tratado de este punto en mi *Literatura y problemas de la sociología*. Primera parte (1902).

como expresión de una ciencia, como indicación de un movimiento filosófico en la investigación de los problemas sociales, como término de unión de los esfuerzos individuales en una labor científica, como designación de una disciplina en los estudios académicos y hasta como definición de la reforma social. Sólo cabe hacer algunas indicaciones que signifiquen el grado de interés universal que la Sociología despierta y que demuestren el hecho de la aceptación internacional del término. M. Branford ha recogido (1) varias. Enlazando su estudio con el *Editorial* de *The American Journal of Sociology*, titulado *A Decade of Sociology* (2), se puede formar una idea aproximada del movimiento expansivo de la Sociología en los quince ó veinte últimos años, que constituyen el período más difícil de la lucha por la consagración de la nueva ciencia.

M. Branford estima que este período abarca más especialmente la última década del siglo XIX. «En la última década del siglo diez y nueve—dice—se efectuó un considerable desenvolvimiento de los intereses y estudios específicamente sociológicos. Fué éste un período de desarrollo caracterizado por los síntomas corrientes de la expansión de los estudios y de la coordinación de éstos—establecimiento de cátedras, cursos é instituciones; la multiplicación de la literatura y la fundación de periódicos sociológicos.»

Es más sugestivo el trabajo de *The American Journal* (de M. Small, supongo), por cuanto en él se compara el estado de la opinión y de la Sociología misma, desde el momento en que la revista se comienza á publicar (1895) hasta 1905. He aquí las notas más salientes de este período de desarrollo: hay pri-

(1) Estudio citado, págs. 8 y 9.

(2) Publicado en Julio de 1905. Consúltese, para completar estas ligerísimas indicaciones, Gumplowicz: *Compendio de Sociología*, Lib. I, *Politique et Sociologie*, Lib. IV, trad. franc. (1898). Ward: *Comtemporary Sociology* (1902). Squillace: *Le dottrine sociologiche* (1902), *Diccionario de Sociología* (1906), y sobre todo *L'Année Sociologique* de M. Durkheim. Puede verse mi *Literatura y problemas*, cit., y *Sociología contemporánea*.

mero un movimiento de expansión del interés por la Sociología: «es evidente el incremento del público sociológico». Además, los pensadores, atraídos por los problemas sociológicos, acentúan su orientación unitaria en el sentido de una explicación científica del conjunto de los fenómenos sociales y á la vez propenden á buscar soluciones armónicas.

Para fijar de un modo más concreto las indicaciones del movimiento expansivo de la Sociología, conviene señalar brevemente, claro es: 1.º, los hombres de ciencia que aceptan el nombre y elaboran la nueva disciplina; 2.º, las revistas que se consagran total ó parcialmente á la investigación de los problemas sociológicos; 3.º, las instituciones constituídas para el cultivo colectivo de la Sociología; y 4.º, la aceptación de la misma como objeto de enseñanza.

En todos los países cultos aparecen, en estos últimos veinte años, gentes dentro de lo que llamaríamos *corriente central* del pensamiento sociológico, que viene sobre todo de Comte y de Spencer; son ya muchos pensadores, algunos verdaderos pensadores, los que se plantean el problema del *ser ó no ser* de la Sociología, ó que admiten la posibilidad de una concepción científica de «lo social», ó bien de la sociedad como un todo, y que han contribuído y contribuyen á elaborar una *ciencia*—filosófica é histórica—de la *realidad social*. Los hay que ya merecen el nombre de «sociólogos», filósofos, teóricos, en el sentido estricto que esta palabra debe tener, y en el supuesto de que la Sociología sea una ciencia, quiero decir, un *entretenimiento* digno del espíritu.

Sin ánimo de agotar el tema, pueden señalarse como representaciones de la Sociología contemporánea, entre otros: en Francia, los trabajos de Espinas, Tarde, Guyau, Letourneau, Durkheim, Worms; en Bélgica, de De Greef y Waxweiler; en Alemania y Austria, de Schaffle, Ratzenhofen, Gumpłowicz, Simmel, Barth, Tönnies; en Italia, de Ardigo, Vanni, Loria, Asturaro, Squillace; en Inglaterra, de Kidd; en Rusia, de De Roberty, Lelienfeld, Novicow; en los Estados Unidos, de

Small, Ward, Giddings, Vincent, Ross, Fogel, Patten; en España, de Azcárate, Giner, Sales y Ferré...

Pocas demostraciones de interés por un problema, por una disciplina, pueden citarse de tan sugestiva importancia como la publicación de revistas especiales, dedicadas á recoger los trabajos monográficos sobre el asunto de que se trata. Ciertamente, el hecho de que se haya aceptado la palabra «Sociología» como designación principal ó exclusiva de una publicación periódica, ó bien como indicación de una de las materias tratadas en ella, revela desde luego el acuerdo tácito entre una cierta masa de la opinión culta, no sólo respecto de la «corrección» de la palabra, sino de que la palabra despierta en todos una idea ó serie ó conjunto de ideas que suscitan coincidencias de esfuerzos y sugieren investigaciones sobre objetos determinados, capaces de elaborar á la larga un fondo común de pensamiento que constituirá el contenido propio de la ciencia sociológica.

En la actualidad, son varias las manifestaciones de este orden que pueden citarse en el campo de la Sociología. En primer lugar, debe recordarse la *Revue internationale de Sociologie*, de M. Worms, que ve la luz desde 1892 en París, y que representa una primer condensación del interés científico por la nueva disciplina en el período de su expansión decisiva. Además de ésta, y con posteridad, se han comenzado á publicar en Italia varias revistas de índole sociológica, mereciendo especial mención por lo acentuado de su carácter y lo rico de su información la *Rivista Italiana de Sociologia* (1897), que hoy dirigen los Sres. Cavaghieri, Sergi, Tangorra y Tedeschi. En la América del Norte se cuenta desde 1895 con la revista antes citada, *The American Journal of Sociology*, que dirige M. Small, en relación con el departamento de Sociología de la Universidad de Chicago; quizá no hay hoy otra publicación especial más importante, y que como ella contribuya con tan reflexiva persistencia á la elaboración del pensamiento sociológico y á dilucidar los problemas que la construcción de la

Sociología entraña. Al lado de *The American Journal* podría señalarse *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, que si no son como la anterior una publicación estrictamente sociológica, esto es, una revista dedicada á tratar especialmente el problema mismo de la Sociología, cuya sustantividad es un supuesto admitido; sin embargo, en sus páginas se han insertado trabajos sociológicos de gran interés, y además consagran el uso de la palabra empleándolo como indicación de alguna de sus secciones, que en efecto se titula *Sociology*. Por otra parte, estos *Annals* han contribuído grandemente á definir y acentuar cierto significado práctico de la palabra, aplicándolo á numerosas manifestaciones positivas de la *labor social*, de la *acción social*.

También en España ha habido algún intento para crear un órgano permanente de publicidad para la Sociología; hace años ya iniciamos la *Revista de Derecho y Sociología*, que hubimos de suspender por causas diversas.

Con un carácter análogo comenzó á publicarse en 1906 una revista titulada *Derecho y Sociología* en la Habana.

Aparte estas *revistas*, debe recordarse como una de las demostraciones del aprecio científico de la Sociología, el *Año Sociológico* (*Année Sociologique*), que en 1898 comenzó á publicar en París M. Durkheim. Refleja esta publicación la necesidad sentida de recoger y condensar el amplio y variado movimiento sociológico, á fin de ofrecer á las gentes un *guía* ó *indicador*. Sus *nueve* volúmenes constituyen un excelente instrumento de trabajo en las investigaciones sociológicas, esto aparte lo que ha contribuído esta publicación á orientar el espíritu científico hacia la concepción de una Sociología y hacia el punto de vista sociológico de todas las disciplinas que tienen por objeto el hombre y las instituciones humanas.

Hay, sin salir del mundo de las revistas ó publicaciones generales de carácter enciclopédico, algunas otras indicaciones demostrativas del fenómeno de expansión que venimos seña-

lando; M. Branford (1) recuerda la inclusión de un artículo sobre la *Sociología* en el suplemento á la novena edición de la *Encyclopaedia Britannica*, palabra aceptada además por la *Grand Encyclopedie* francesa; recuerda también la adición de la misma palabra al título de la conocida revista, fundada por Mach, Avenarius y Richl, *Vierteljahrschrift für Wissenschaftliche Philosophie and Sociologie*; la adición de una sección de *Sociología* en la parte bibliográfica de la *Revue philosophique* de Ribot, á lo cual podríamos añadir la importancia especial que todas las revistas generales de cultura, de derecho, de economía, etc., etc., dan siempre á los asuntos estrictamente «sociológicos», y la publicación de bibliotecas especiales de «Sociología», como la *Bibliothèque internationale de Sociologie* que dirige en París M. Worms y la *Biblioteca internazionale di Sociologia teorica* que en Italia dirige el Dr. Squillace, á la que podrían sumarse la *de Sociología* y la *Internacional de Sociología*, ambas de Barcelona.

VII

La atracción del interés común científico suscitado por la sociología ha provocado también otra condensación de esfuerzos que entraña el reconocimiento de la eficacia de la orientación comtiana en su alcance más general, ó sea en cuanto entraña una labor teórica intensa para descubrir y conocer *la realidad social*.

Las gentes de las más distintas procedencias intelectuales ó filosóficas se van agrupando en varios núcleos, á fin de establecer un cambio de ideas en el campo determinado por la palabra Sociología. Ha de suponerse, pues, que hay entre ellas un acuerdo implícito—á veces es muy explícito—sobre la oportunidad y propiedad del término que sirve de lazo á sus unio-

(1) Loc. cit.

nes ó de indicación á su esfuerzo, y sobre la posibilidad de obtener ciertos resultados científicos.

Según dejo dicho, son varios los núcleos ó agrupaciones constituídas por los sociólogos para concentrar su acción dispersa en el cultivo de su ciencia. La más antigua de que tenemos noticia es el *Instituto International de Sociología*, fundado en París en 1893, el cual ha celebrado importantes Congresos, en donde se han discutido capitales problemas de la Sociología, relacionados los unos con la constitución científica de la nueva disciplina, y los otros relativos á aspectos y relaciones de la misma. El *Instituto* publica sus *Annales*, que contienen las Memorias y discusiones de los Congresos y, á veces, monografías escritas por sus miembros. Posteriormente constituyóse en París una *Sociedad de Sociología*, que celebra frecuentes reuniones, según puede verse en la sección correspondiente de la *Revue internationale de Sociologie*. Al lado de estas Corporaciones debe citarse la *Société belge de Sociologie* (fundada en 1899), que también publica unos *Annales* y una especie de resumen del *Mouvement Sociologique* (comienza en 1900) (1).

En Inglaterra y en América se ha seguido el ejemplo que suponen las fundaciones enumeradas muy recientemente. En Inglaterra, donde, á pesar de Spencer, no se había producido un intenso interés por la construcción científica de una Sociología, inicióse en 1903 la constitución de una *Sociological Society*. Los trabajos preparatorios de esta institución tienen un valor extraordinario para el estudio de la expansión de la Sociología, por la general aprobación dada desde muy diversos campos á la idea de constituir una Sociedad para el cultivo colectivo de esta ciencia; de 184 invitaciones ó consultas circuladas á las más variadas representaciones del mundo cien-

(1) La *Sociedad belga de Sociología* está compuesta por sociólogos católicos. Sobre el significado y criterio de esta Sociedad, puede verse en mi *Sociología contemporánea* el cap. IX.

tífico internacional, 176 provocaron una adhesión completa.

La *Sociological Society* constituyóse, siendo sus fines científicos, educativos y prácticos, y proponiéndose promover y guiar la investigación y fomentar la educación en la ciencia social en sus varios aspectos y aplicaciones. Al efecto celebra frecuentes reuniones, publicando algunas Memorias muy interesantes y resúmenes de las discusiones entre los miembros en sus *Sociological Papers* (1).

The American Sociological Society es más reciente que la inglesa. Inicióse, á lo que sabemos, en 1905, mediante una circular de M. C. W. A. Veditz, profesor de la Universidad Jorge Washington, dirigida á varios sociólogos, y constituyóse bajo la presidencia del insigne profesor Mr. Ward en Diciembre de 1905. El objeto de la Sociedad es el fomento de la investigación y la discusión sociológica, y promover la relación entre las gentes dedicadas al estudio científico de la sociedad (2):

Por último, para completar las indicaciones de la difusión expansiva de la Sociología, sería preciso recordar la introducción de su estudio en las instituciones de enseñanza. Ha debido vencer la nueva ciencia fuertes resistencias antes de que los organismos académicos consintieran su incorporación como disciplina sustantiva á los planes tradicionales. Quizá suscitaba desconfianzas en estos medios, siempre un tanto cristalizados, el sentido positivista exclusivo que en un principio tenía la Sociología, en la corriente comtiana y spenceriana. Pero poco á poco, á la vez que la Sociología rompía sus exclusivismos transformando su criterio inicial, abriéndose á otros vientos filosóficos, su enseñanza se ha ido introduciendo en las instituciones docentes de todos los pueblos. Hay hoy enseñanza académica universitaria en no pocas naciones. Bastará recor-

(1) Un vol. en 1904 y otro en 1905.

(2) En España se ha constituido bajo la presidencia del Sr. Sales y Ferré un Instituto de Sociología.

dar la labor de MM. Durkheim, Richard y Bouglé, en Francia; de Asturaro, en Génova; y de las cátedras de Sociología de Palermo y Sassari, en Italia; los cursos de Simmel, en Berlín; Barkh, en Leipzig; Tönnice, en Kiel; de Sales y Ferré, en Madrid, en la cátedra especial de Sociología de la Universidad, y de Azcárate, en la Escuela de Estudios Superiores del Ateneo, de Madrid también; de la cátedra de Sociología de la Universidad de Buenos Aires (1), á todo lo que habría que añadir la obra de las instituciones docentes norteamericanas, que es quizá la más importante desde el punto de vista de la enseñanza de la Sociología; así, por ejemplo, el Departamento ó Laboratorio de esta disciplina que dirige M. Small, en Chicago; las lecciones y cursos de *Columbia University*, donde está M. Giddings; la reciente cátedra de *Brown University*, creada para Mr. Ward; los trabajos de Ross en la Universidad de Nebraska, de Blackmar en la de Kansas, de Fisher en la de San Lorenzo, de Russell en la de New-York, etc., etc. (2).

Y aun podrían citarse otras manifestaciones favorables al cultivo y enseñanza de la Sociología en sentido estricto é intensivo, prescindiendo del papel que el progreso del movimiento sociológico ha debido desempeñar en la transformación de los estudios universitarios ó académicos (3), y que se expresa en la importancia preponderante en ellos de las *ciencias sociales*. De un lado sería preciso señalar el hecho significativo de que al organizarse la Nueva Universidad libre de Bruselas por M. De Greef, se hiciera, como recuerda M. Branford, sobre bases sociológicas. De otro, sería indispensable anotar al-

(1) V. *La Sociología. Carácter científico de su enseñanza*, por E. Quesada, titular de la cátedra de Sociología en la Universidad de Buenos Aires.

(2) V. una indicación muy completa del estudio de la Sociología en los Estados Unidos en el trabajo de M. F. L. Tolman *The Study of Sociology in institutions of Learning in the United States*, en *The American Journal of Sociology*, 1902-1093.

(3) V. Hauser: *L'Enseignement des sciences sociales. Etat actuel de cet enseignement dans les divers pays du monde*, 1903.

gunas instituciones especiales, establecidas para el cultivo y enseñanza de la Sociología. Figura en primer término el *Institut de Sociologie*, de Bruselas, fundado por M. Solvay é inaugurado en 1902, y el cual posee sus aulas, biblioteca, seminarios, y publica tres series de trabajos: *Notas y Memorias*, *Estudios sociales* y *Actualidades sociales*. El Instituto lo define su reglamento como «un laboratorio permanente de investigaciones sociológicas», teniendo entrada en él todas las personas deseosas de emprender tales investigaciones; el Instituto les garantiza una absoluta independencia científica (1).

Además de este Instituto, merece también una mención especial la reciente fundación inglesa Martin White, merced á la cual se han incorporado á la Universidad de Londres, desde 1905, los estudios sociológicos concebidos de una manera amplia. «El primer fin de la Sociología, se lee en el *Report* de la fundación, es el estudio de los hechos de la vida social: pero tal estudio supone algo más que la compilación de detalles interesantes. Los que estudian Sociología deben procurar aclarar los hechos de la vida social mediante dos métodos principales: primero, la descripción, comparación y clasificación, ó, hablando en general, el Método Descriptivo y Comparativo; y segundo, el análisis de las ideas y principios, las condiciones psicológicas, ó principios filosóficos que aquellos hechos pueden implicar» (2).

ADOLFO POSADA

(1) V. *Notice sur l'organisation de l'Institut*, 1905.

(2) *The Sociological Society. Second Annual Report*, pág. 6. (Londres, 1906.)

ESPAÑA FUERA DE ESPAÑA

JULIA DE LESPINASSE Y EL MARQUÉS DE MORA

(Con este título encontramos en uno de los últimos números del *Figaro* el siguiente trabajo:)

El marqués de Segur, que acaba de ser elegido miembro de la Academia francesa, ocupa un lugar importante entre los historiadores contemporáneos. *Le Royaume de la rue Saint-Honoré*, *Le Maréchal de Luxembourg*, *Le Tapissier de Notre-Dame*, *Julie de Lespinasse*, son obras que obtuvieron y que merecen el más lisonjero éxito. He aquí las atrayentes páginas que escribe sobre Mlle. de Lespinasse, y en las que la presenta «tal como la conocieron y amaron sus contemporáneos».

Mejor informados respecto de ella que la mayor parte de sus amigos y familiares, su nombre, cuando se pronuncia, suscita ante nuestros ojos la imagen de una mujer que muchos de aquéllos ignoraron por completo, que otros apenas sospecharon, á la que dos ó tres, á lo más, vieron en su verdadero aspecto, en cuya íntima esencia nadie, tal vez, pudo penetrar del todo: aludo á la amorosa exaltada, acosada, devorada, consumida por su pasión, obsesionada por ésta hasta la idea fija, torturada por los celos, por la angustia y por el remordimiento, cuya alma, desgarrada y ensangrentada, se reveló á los treinta años de haber abandonado este mundo, por la divulga-

ción de esas famosas cartas que son, como se ha dicho, «el latido más fuerte de corazón de todo el siglo XVIII». Gracias á tales páginas, palpitantes de sinceridad, Julia de Lespinasse vive y vivirá siempre en el recuerdo de los hombres; constituye su gloria póstuma lo que fué un largo suplicio; y ella es el tipo acabado de una raza, muy rara en toda estación, y de la que ofrece en particular pocos ejemplos la época en que se desarrolla esta narración.

Evitemos, sin embargo, aceptar aquí la generalizada opinión que no quiere reconocer en esa época sino la parodia escandalosa y la profanación sacrílega del amor. Por lo menos es preciso, sin condenar en bloque un período entero de la historia, distinguir en él dos fases, la segunda de las cuales rescata en parte la primera. Si la Regencia y los años que siguen no ponen de moda sino la busca del placer, el mariposeo del capricho y la satisfacción rápida de los sentidos ó de la vanidad, opérase, en el transcurso de la segunda mitad del siglo, una especie de revolución en las costumbres y en las ideas. La galantería abierta y el libertinaje cínico ceden el puesto á la exhibición de sentimientos completamente opuestos; el candor, la constancia se ponen tan en boga como lo estuvieran antes el descaro y la infidelidad; á los caprichos suceden las «uniones», que para muchos son como un nuevo matrimonio concertado más libremente, y más respetado, por lo tanto, que el matrimonio legal, realizado, la mayor parte de las veces, fuera de toda elección y de toda simpatía. Si la moral, propiamente hablando, no ganara gran cosa con esto, no se puede negar, sin embargo, que la dignidad de la vida se realza sensiblemente, y que esta irregularidad entraña alguna virtud. Así lo juzga, al evocar sus recuerdos de la juventud, una mujer á la que su notoria honradez confiere el derecho de ser indulgente (1): «¡Dios mío, qué injusto se es con aquellos tiempos! ¡Qué generosa y delicada era la sociedad distinguida! ¡Cuánta solidez

(1) *La vie de la princesse de Poix*, por la vizcondesa de Noailles.

E. M.—Abril 1907.

había en sus lazos! ¡Cuánto respeto por la fe jurada en las relaciones menos morales!»

El tono habitual de la época en estas relaciones casi públicas es el de una dulce amistad, de una ternura confiada, de una sensibilidad fácilmente lacrimosa y matizada de melancolía. Es raro que se encuentre en ellas el acento de la pasión, que se oigan gritos de éxtasis ó sollozos de desesperación; pero ¿podemos asombrarnos de esto? El amor en estado de delirio es, como la fiebre alta, una cosa excepcional; y es cosa de saber si hay que deplorarlo. El sentimiento no es menos sincero por no ser frenético. La transformación que se opera en el período de cuarenta años que precede á la revolución es un hecho patente, innegable, al que contribuyeron grandemente dos de los más célebres escritores de la época: Juan Jacobo Rousseau y Richardson. En efecto, una de las pruebas concluyentes de la influencia de la literatura es la acción ejercida sobre la imaginación de las mujeres por la aparición de estas obras—de las que muchas de aquéllas no conocen hoy más que el nombre:—*La Nouvelle Heloïse*, *Clarisse Harlowe*, *Sir Charles Grandison*. Un vivo estremecimiento pareció sacudir la egoísta languidez de las mujeres; despertaron como á la brisa de la mañana. Abriéronse sus ojos; vinieron en conocimiento del sombrío mal de que sufrían, el vacío moral, la nada de los placeres, la vanidad de una existencia sin ideal; y el remedio se les apareció en el regreso á las alegrías del corazón y á la vida sentimental.

En el fondo de aquellas almas secas se abrió de nuevo el manantial de las lágrimas; la llama apagada reanimóse, más brillante después de las tinieblas; y el amor apareció como un dios nuevo, bienhechor, tanto más adorado cuanto que estuvo desconocido.

Sin duda para muchas mujeres la evolución es más aparente que real; es una moda, una actitud, una especie de elegancia, más bien que una metamorfosis interior. Muchas, sin embargo, son verdaderamente afectas por la gracia, y algunas

hasta en la esencia de su sér. De este número, y más que cualquiera otra, es Mlle. de Lespinasse. Ardiente por naturaleza, impetuosa, excesiva, en cuanto hubo entrevisto el abismo de la pasión se lanzó á él y no pudo nunca contenerse. Amó al amor por sí mismo y más tal vez aún que á su objeto. El amor fué, en un instante, el centro y el fin de su vida. «Leed en el fondo de mi alma—escribirá ella con ingenuidad;—ved en él más y mejor de lo que os digo. ¿Puede expresarse nunca lo que se siente, lo que anima, lo que hace que se respire, lo que es más necesario, sí, más necesario que el aire, por cuanto yo no tengo necesidad de vivir y necesito amar?» Y constantemente, mezclado con las más calurosas afecciones, se encuentra el recuerdo de los renovadores que han encendido en el seno de Julia el fuego que la devora, el recuerdo de aquel Juan Jacobo que «la seduce—confiesa ella—hasta el punto de extravíarla», y el del autor de aquella *Clarisa* cuya historia no lee jamás sin confundirla con la suya. «Me creeréis loca—dirá á uno de sus confidentes (1),—pero leed una carta de Clarisa, una página de Juan Jacobo, y os respondo de que escucharéis mi lenguaje. No es que yo crea hablar el suyo, pero habito en el mismo país y mi alma está al unísono del corazón doloroso de Clarisa».

La invasión, en un alma de fuego, de todo este romanticismo, es un peligro temible. Forjándose así, con arreglo á tipos convencionales, una idea sobrehumana, imposible, queriendo trasportar al terreno de la realidad los sentimientos exagerados de una literatura de ficción, se corre, por modo casi seguro, hacia las desilusiones crueles; y, por haber aspirado á demasiada altura, se expone uno á caer al suelo, con las alas rotas y el cuerpo destrozado. Tal será, en efecto, en la última fase de su vida, la suerte de Mlle. de Lespinasse; este es el secreto de su infortunio. Habremos de reconocer que ella misma es el

(1) Carta del 14 de Enero de 1774 al conde de Crillon. *Lettres inédites*, publicadas por M. Charles Henry.

principal y primer autor de los sufrimientos de que se queja, y que el mayor pecado de aquel á quien ella, sin dejar de amarle locamente, tratará sin cesar de «asesino» y de «verdugo», es el no haber sido sino un hombre en lugar de un héroe de novela. Pero lo que atenúa y explica su error es que, antes de esta triste experiencia, una primera aventura había puesto en su camino al sér mejor constituido, seguramente para mantenerla en su quimera y para dar forma á las imaginaciones de su febril cerebro.

Si el Marqués de Mora—de él se trata aquí—no fué sin duda por todos conceptos el «amante perfecto», «la criatura celeste», cuya imagen perseguirá á Julia hasta en el umbral de la tumba, por lo menos todo conspiró en él para prestarle la apariencia: la ausencia, la enfermedad, la muerte prematura perpetuaron su prestigio, fijaron en su frente la aureola. Este interesante personaje, el hombre que, antes que otro alguno, encendió en el alma de Julia la llama del gran amor, encontrábase hasta ahora en una obscuridad relativa; los informes respecto de él eran tan vagos como incompletos. Los nuevos documentos que se me han comunicado (1) me permiten poner más de relieve esta figura borrosa, desentrañar con más claridad la trama de esta breve existencia. Al ofrecer este relato con algún detalle, no temo que se me acuse de alejarme del que forma el objeto de este estudio. Mora domina, efectivamente, toda la vida sentimental de Mlle. de Lespinasse. Hasta cuando palpita por otro, todavía invoca á aquél

(1) La señora Duquesa de Villa Hermosa, heredera de los papeles de familia del Marqués de Mora, ha hecho imprimir la mayor parte en un volumen, del que se han tirado pocos ejemplares y que no se ha puesto á la venta, cuya redacción se confió al P. Luis Coloma, y que lleva el título de *Retratos de Antaño* (Madrid, 1895, 597 páginas, más un importante apéndice). Este precioso volumen, que se ha servido donarme el Marqués del Alcedo—á quien debo también un opúsculo del mismo P. Coloma, titulado *El Marqués de Mora* (Madrid, 1903),—constituye la fuente principal de donde he tomado los elementos del relato que va á seguir.

en secreto; infiel á los juramentos que en un tiempo le prodigara, consérvale, en el santuario de su corazón, un altar del que es el dios y ante el que ella se arrodilla en las horas de íntima desolación. El raro problema que plantea esta dualidad de sentimientos se aclarará tal vez mediante un completo conocimiento de las circunstancias del lazo que uniera á dichos dos seres.

Concurrentes á los mismos lugares, con muchas relaciones comunes, semejante encuentro era inevitable, y lo único asombroso es que se produjera tan tarde. Hacía ya dos años que el heredero del conde de Fuentes era huésped de París, cuando conoció á aquella á la que el destino había señalado para transformar su vida. Una carta de Julia fija la fecha del acontecimiento en el último mes del año 1766. «Quiero hablaros—escribe—de lo que me afecta en este momento, de un nuevo conocimiento del que tengo lleno el cerebro, y del que os diría que tengo lleno el corazón, si no me negáis que tenga uno.» El retrato que en esta misma carta traza del joven español demuestra la profunda impresión dejada por sus primeros coloquios: «Un rostro impregnado de bondad y de atractivos y que inspira confianza y amistad... un carácter dulce é insinuante, sin ser meloso; un suave calor sin arrebatos; un juicio sólido, justo, lleno de rasgos y de luces; un corazón, ¡ah, qué corazón!... Todos sus primeros movimientos son la expresión de la virtud, todos sus discursos la respiran y todas sus acciones son modelo de ella.» Largamente, en este tono lírico da curso á su entusiasmo, ya alabando la modestia y el olvido de sí mismo, ya la naturalidad, la lealtad y la sinceridad de quien, desde el primer momento, parece haberla conquistado tan bien. «Se ve siempre hasta el fondo de su alma, y estima lo suficiente á las personas á quienes ama, ó por lo menos las quiere lo bastante, para creer que el arte que podría emplear está por bajo de ellas y de él. En una palabra, este hombre llena la idea que tengo de la perfección.»

Revélasenos aquí la imaginación novelesca, nutrida de sue-

ños y de quimeras. El sér ideal, el imposible héroe entrevisto en lo vago de los sueños, ha tomado de repente un cuerpo y una forma concreta. Ningún defecto, ninguna debilidad mancillan la sublime belleza. Él es aquel á quien desde su juventud llama ella en sus secretos votos; y si solamente en su cerebro al principio brotó la chispa ante tal imagen, su corazón, aunque ella lucha, no tarda en prenderse también. «¡Ah! ¡si supierais cuanto ha afectado á la mía esa honrada alma!» No confiesa, sin embargo, su derrota, y la pasión naciente se cubre todavía con el velo acostumbrado en semejantes casos. «Si no fuese un hombre os diría más, porque no vayáis á creer que esta amistad llegue hasta el amor.»

Cuando Julia habla de esta manera, todo induce á creer en su buena fe. Si hasta para una mujer de experiencia es á veces difícil al principio distinguir en el fondo de su corazón la suave claridad de la amistad de la ardiente llama del amor, ¿cómo no había de serlo para la criatura á la vez apasionada y novicia, cuyos más castos sentimientos se traducían en las exaltadas expresiones que más de una vez hemos notado al pasar? De suponer es que el engaño hubiera sido breve; pero en esta fase inicial le faltó el tiempo á Julia para ver claro en su alma; la novela, apenas comenzada, pareció concluir en el primer capítulo. La carta en que Mlle. de Lespinasse hace á su confidente la relación de su descubrimiento está fechada el 19 de Diciembre; y quince días después emprendía el español el regreso á su país natal.

Una vulgar querrela de familia fué la causa de esta brusca partida. Sus padres deseaban vehementemente que rehiciese su vida sin tardanza mediante un segundo matrimonio: ahora bien, ofrecíase entonces para él un excelente partido: Felicidad de Egmont Pignatelli, rica, bella, de elevada alcurnia, prima lejana de los Fuentes. Pero, á pesar de la insistencia de los suyos, Mora no quiso oír nada; su libertad le parecía demasiado preciosa para coartarla con un nuevo lazo, por dorado que pudiera ser. Esta fué la razón que dió, y nada indica

que tuviese otra idea oculta, ni que Julia entrase para nada en su obstinada resistencia. Aunque le agradaba el salón de aquélla, aunque era digno de apreciar el singular encanto de su conversación, ningún síntoma, ningún testimonio revela que su corazón estuviese interesado, y que desde luego experimentara el atractivo de un alma tan semejante á la suya. De todos modos, el caso es que su negativa provocó escenas bastante vivas, y rompió la paz de la familia. Por añadidura, su licencia estaba á punto de expirar, sus deberes militares le llamaban á su regimiento; no hizo ningún esfuerzo para obtener una prórroga. A principios de Enero de 1767, el marqués de Mora marchaba de París y volvía á Madrid, en donde le aguardaba una «acogida entusiasta».

Dibujábase por entonces un curioso movimiento de opinión en la sociedad castellana. La creciente frecuencia de los viajes, la traducción al español de las obras más reputadas de nuestros modernos filósofos, alianzas bastante numerosas con nuestra aristocracia, habían despertado entre nuestros vecinos el nuevo espíritu que arrastraba á lo selecto de la nación francesa. Todo lo que llegaba de París gozaba allí de un extraño prestigio. Ciertos nombres, como los de Diderot, J. J. Rousseau, Voltaire, excitaban el devoto fervor de gentes que, en su mayoría, no habían abierto ninguna de las obras de aquéllos: una visita á Ferney — una «peregrinación», como se decía — aseguraba á buena cuenta un renombre de espíritu distinguido. Había quien, no habiendo practicado en toda su existencia sino la caza, el baile, el juego, las *corridas*, creíase apto para reformar las costumbres, las leyes de su patria; se declaraba humanitario, enemigo de la superstición, partidario convencido de la difusión de las luces. La «tolerancia» era una moda, el «librepensamiento» una elegancia. Transformación sin duda, todo apariencia á flor de piel, que para muchos dejaba intacto el caudal hereditario de creencias y de prejuicios, pero en donde se encuentra la explicación del prodigioso éxito que iba á acoger, á su regreso de Francia, á un joven elocuente é

instruido, del que se contaba que había hecho furor en los salones de la Enciclopedia.

El hecho es que casi todos sus compatriotas le creían llamado á los más altos destinos, y esperaban del marqués de Mora la exaltación y la renovación futura del reino de Castilla. El «milagro de su país», ó el «más grande de los grandes de España», son las expresiones corrientes que se usan al hablar de él. Algunos años después, con ocasión de su prematuro fin, se pudieron medir, por el sentimiento que dejó, las esperanzas que consigo se llevó á la tumba. «Todo se encuentra acondicionado en este mundo, escribía Galiani, y España no era digna de tener un marqués de Mora. ¡Tal vez esto trastornaba el orden entero de la caída de las monarquías!» Y á los pocos días: «Hay vidas que dependen del destino de los imperios. Lo que ahora vemos no es más que un falso brillo de pulimentación, pero España no será Francia. Si estuviera en el orden natural, que no llegará á ser, Mora no habría muerto.» Difícil nos es apreciar hoy las razones de este entusiasmo: nos faltan elementos. De los raros manuscritos de Mora, de su vasta correspondencia, apenas queda nada; aparte algunas cartas íntimas, todo ha sido implacable y sistemáticamente destruído. Pero sobre la seducción que ejercía su palabra, sobre el ascendiente que sufrían cuantos se le acercaban, la opinión es unánime y las afirmaciones abundan; españoles, franceses, italianos, no hay uno de sus contemporáneos que no proclame sus atractivos y no se incline ante su superioridad. Aun descontando lo que respecta al espíritu de partido, á las exageraciones y al énfasis de la época, no se puede recusar este conjunto de testimonios y negar un valor real al que es objeto de ellos.

DIEGO VELÁZQUEZ Y SU SIGLO

(CONTINUACIÓN)

RUBENS EN MADRID

(1628-1629)

El año 1628 proporcionó á Velázquez un acontecimiento de sensación: la visita de Rubens á la Corte de Madrid, que duró nueve meses.

Digamos algunas palabras sobre el motivo, en apariencia extraño al Arte (1), de este acontecimiento.

Hacía largo tiempo que el Maestro de Amberes acariciaba el proyecto de volver á visitar los países del Sur. En Italia, el país de los alegres años de estudiante, estaban sus ideales. En su extraordinaria fecundidad debió á veces despertarse el anhelo de refrescar su espíritu con nuevas impresiones. Esperaba de la Gobernadora Isabel obtener permiso para marchar á Italia. De una carta de Buckingham, con fecha 4 de Abril de 1628, resulta que ya se había hablado de una «misión á España».

La alta política, en la cual se había mezclado en los últimos años, debía proporcionarle una ocasión inesperada. El impulso procedía de Inglaterra. Desde el principio del año

(1) G. CRUZADA VILLAAMIL: Rubens, diplomático español. Madrid, 1874. GACHARD: *Histoire politique et diplomatique de Rubens*.—Bruxelles, 1877.

1627 el ministro de aquella nación había hecho saber á Rubens, confidente de la Infanta, por medio de Baltasar Gerbier, el deseo de su Gobierno de tratar la paz con España. Véase ahora cómo utilizó los documentos, cuya posesión obtuvo para conseguir una misión en Madrid. Naturalmente, la Junta de Estado, ó quizá Olivares, tenían interés en conocer la actitud de Inglaterra, que parecía formal. En tal sentido escribió el Rey el 1.º de Mayo de 1628 á su tía. El pintor estaba dispuesto á entregar las cartas, haciendo notar, sin embargo, que era precisa su intervención para explicarlas y proponiendo que Felipe indicase una persona de su confianza que se presentase en Bruselas, ó, si S. M. lo prefería, que se le llamase á él mismo á Madrid. Tenía á su favor la voluntad de la Infanta por la promesa de llevarla los retratos de sus sobrinos y nietos, á los cuales no conocía. También era portador de algunos trabajos hechos para el Rey. La Junta de Estado (en la cual tenía asiento un aficionado á la pintura y admirador de Rubens, Leganés) declaró su parecer conforme con lo propuesto (4 Julio); el Rey añadió á esta resolución la advertencia de que no debía insistirse, sino dejar á la voluntad de Rubens el venir ó no (1), y que además debía saber que su presencia le era indiferente, en lo tocante al asunto, al gobierno español, pero que el Rey, que había adivinado su intención, le dejaba en completa libertad, y que el viaje era, por tanto, un asunto privado.

Maravilloso hubiera sido que la presentación del pintor flamenco, en calidad de *diplomático español*, hubiera pasado sin escándalo ante el formulismo español. En una carta del Rey á la Infanta, fechada en 15 de Junio de 1627, se expresa esta impresión producida, en no muy suaves palabras: «...me ha parecido decir á V. A. que he sentido mucho que se halle introducido por ministro de materias tan grandes un pintor,

(1) Pero en esto no se ha de hacer instancia, sino dejar que él, como interés suyo, lo disponga. GACHARD, loc. cit., 92.

cosa de tan gran descrédito, como se deja considerar, para esta monarquía; pues es necesario que sea quiebra de reputación que hombre *de tan pocas obligaciones* sea el ministro á quien ban á buscar los Embajadores para hazer proposiciones de tan gran consideración; porque si bien á la parte que propone no le puede quitar la elección del medio, porque se entra empeñando, y no es de inconveniente para Inglaterra que este medio sea Rubens, pero acá es grandísimo, etc...»

La Gobernadora contestó que también Gerbier era pintor, lo cual no creía obstáculo; pues iniciadas las transacciones por él, podían seguirse por personas de más importancia (*graves*). Con lo cual se dieron en Madrid por satisfechos.

La Gobernadora envió, pues, á Rubens, el cual, cumpliendo la orden de Felipe, salió por la posta con tanta precipitación y secreto que no tuvo tiempo de hablar con el embajador español, ni con el plenipotenciario flamenco, ni siquiera con sus amigos de París Peiresc y Dupuy. En la segunda semana de Septiembre entró en la capital.

Rubens aparece en España como algo menos que un encargado de negocios y algo más que un correo; un alto intérprete de los despachos de que era portador. Después que hubo dado cuenta de su encargo en sesión de la Junta de Estado de 28 de Septiembre, y como por entonces (el día 20) llegara un agente del Gobierno inglés, se desvió un tanto de aquellas *personas graves* y pudo consagrarse, como era su deseo, á satisfacer de lleno su verdadera vocación. De ello da muestra la actividad verdaderamente prodigiosa que desarrolló.

Si Rubens conservaba buenos recuerdos de su visita de veinticinco años antes á España, tampoco en Madrid le habían olvidado. De aquel tiempo quedaron en Madrid obras suyas que no desmerecían en importancia, ni de los retratos ni de los cuadros históricos que produjo en este segundo viaje. Cuéntase entre ellos la gran Adoración de los Reyes, que la ciudad de Amberes regaló en 1612 al Secretario D. Rodrigo Calderón (ejecutado en 1621), y de cuyo testamento la adqui-

rió Felipe IV; y el retrato ecuestre del Duque de Lerma, entonces en el Palacio de Valladolid y que, según cuenta Mouconys, estaba reputado en España como uno de los más notables (1). Quizá pintó entonces el retrato á caballo de un joven hidalgo, que se encontró en el Palacio Dietrichstein de Viena, propiedad de la señora Condesa de Clam-Gallas. Debió de ser llevado á España por el Cardenal Dietrichstein y debe de representar á uno de los Duques del Infantado. El caballo es andaluz, de las Caballerizas reales; la actitud del jinete, la misma que la del retrato de Francisco María Balbi de Génova en el Palacio Balbi-Scuarega, por Van-Dyck. Se sabe por Baglione que Rubens gozó primeramente gran reputación como autor de retratos ecuestres. (Vite, pág. 303.) Del Duque de Lerma no hay que pensar, pero el Duque del Infantado casó á su única hija con el segundo hijo de aquel D. Diego de Sandoval, Conde de Saldaña, y el nieto heredó á consecuencia de este matrimonio el título del Infantado. Un problema todavía no resuelto es el cuadro gigantesco de la Asunción de María, primero en la iglesia de Franciscanas de Fuen-saldaña y ahora en el Museo de Valladolid. A menudo no se toma la molestia de examinarle atentamente, á causa de cierto carácter exótico en el tono y manera del modelado, si bien, justamente, se encuentra este mismo carácter en los cuadros traídos en el año de 1603; por ejemplo, en el Apostolado, del Museo del Prado, de Madrid. Pero da que pensar la maestría del dibujo, una especial diferenciación en las fisonomías que se echa de menos en las obras posteriores, un dominio en las figuras apiñadas tumultuosamente, pero distribuídas con mucha claridad y sin esfuerzo alguno, la inusitada belleza y desbordamiento de vida de aquel mundo de soberbias figuras de jóvenes y niños.

Cualesquiera que pudieran haber sido sus propósitos, antes

(1) *Les Voyages* de M. DE MOUCONYS, IV e, p. París, 1693, II (1628).

puede asegurarse que sus cálculos alcanzaron cumplida satisfacción.

El mismo escribe á Pereisc el 2 de Diciembre: «Aquí, como en todas partes, me entrego por completo á la pintura y he terminado ya un retrato de S. M. á caballo, con gran aplauso y satisfacción de S. M., pues por lo visto tiene especial predilección por la pintura, y encuentro que este Príncipe está adornado de las más bellas dotes. Ya he trabado trato personal con él, pues como tengo habitación en palacio, me visita casi diariamente. He pintado también las cabezas de toda la familia real fielmente, con toda comodidad y en su presencia, por encargo de la Serenísima Infanta mi soberana».

Pero la exacta relación de sus trabajos está contenida en el libro de Pacheco; quizá el mismo Velázquez suministrase á su suegro tan preciosas noticias para su obra.

«Trajo á la Majestad de nuestro Católico Rey Felipe IV ocho cuadros de diferentes cosas y tamaños, que están colocados en el salón nuevo, entre otras pinturas famosas. En los nueve meses que asistió en Madrid, sin faltar á los negocios de importancia á que venía y estando indispuerto algunos días de la gota, pintó muchas cosas, como veremos (tanta es su destreza y facilidad). Primeramente retrató á los Reyes é Infantes de medios cuerpos, para llevar á Flandes; hizo de Su Majestad cinco retratos, y entre ellos uno á caballo con otras figuras, muy valiente. Retrató á la señora Infanta Margarita de las Descalzas de más de medio cuerpo, é hizo de ella copias; de personas particulares hizo cinco ó seis retratos; cópió todas las cosas de Ticiano que tiene el Rey, que son Los dos baños, la Europa, el Adonis y Venus, la Venus y Cupido, el Adán y Eva y otras cosas; y de retratos, el del Landsgrave, Felipe von Hesse, el del duque de Sajonia, el de Alba, el de Cobos (Francisco de los), un Dux veneciano (Gritti) y otros muchos cuadros fuera de los que el Rey tiene; copió el retrato del Rey Felipe II, entero y armado (Tiziano). Mudó algunas cosas en el cuadro de la Adoración de los Reyes, de su mano, que está

en palacio; hizo para D. Diego Mejía (después marqués de Leganés), grande aficionado suyo, una imagen de Concepción, de dos varas, y á D. Jaime de Cárdenas, hermano del duque de Maqueda, un San Juan Evangelista, del tamaño del natural. Parece cosa increíble haber pintado tanto en tan poco tiempo y en tantas ocupaciones.

»Con pintores comunicó poco; sólo con mi yerno (con quien se había antes por cartas correspondido) hizo amistad y favoreció mucho sus obras por su modestia, y fueron juntos á ver El Escorial.

»Finalmente, todo el tiempo que estuvo en la corte de Su Majestad y ministros mayores, hicieron mucha estimación de su persona y talento. Y S. M. le hizo merced de un oficio de secretario del Consejo privado en la corte de Bruselas por toda su vida y de la futura sucesión dél para su hijo Alberto, que vale mil ducados cada año.

»Acabados los negocios, cuando se despidió de S. M., le dió el conde duque, de parte del Rey, una sortija que valía dos mil ducados» (1).

Es de suponer que en su correspondencia con Velázquez se tratase de estos ocho cuadros que trajo consigo. El inventario de la nueva sala (*Salón de los espejos*) del año 1636, describe su asunto.

La reconciliación de Jacob y Esaú (2). (Münchener Pinacoteca, núm. 751, grabado de P. de Ballín, 1652.)

Mucio Scévola ante Porsena (3). (Príncipe Kaunitz.)

(1) PACHECO: *Arte de la pintura*, I, 132.

(2) Un cuadro con las vistas de Jacob y Esaú con diferentes figuras y animales, de tres varas de ancho y cinco de alto, original de mano de Rubens. (CRUZADA VILLAAMIL: *Rubens Diplomático español*. Inventario de 1636.)

(3) Otro lienzo cuadrado, mayor que los de las Furias, con moldura dorada y negra, de mano de Rubens, con la historia de Mucio Cebulla abrasándose el brazo sobre una pira, en que está el fuego; hay un rey sentado y un hombre muerto en lo bajo con un puñal, y otras figuras; loc. cit.

Aquiles entre las hijas de Licomedes, descubierto por Ulises (1). (Prado, núm. 1.582.)

Sansón bate á los filisteos con la quijada de un burro.

Fratricidio de Caín.

Montería de venados (2). (Münchener Pinacoteca, número 781 ?)

Montería de jabalíes (2).

Sansón luchando con el león (3) (grabado de Quellyn el mayor y Franz van den Wyngaerde). Posee el dibujo sir Thomas Lawrence.

Lucha de David con el oso ? (4). Según Julio Romano, estuvo en la Colección Altamira; grabado de Pauncels.

El sátiro (¡no Saturno!) con el tigre (5). (Prado, 1.599, grabado de W. Hollar.)

(1) Pieza nueva sobre el zaguán y puerta principal de Palacio. Otro lienzo de este mismo tamaño que el dicho (Mucio Scévola) y moldura de lo mismo. Es la historia de cuando Ulises descubrió á Aquiles vestido de mujer, que estaba entre las hijas de Darío, con una daga en la mano derecha y la vaina en la otra, y Ulises que le ase del brazo, y otras mujeres con joyas y espejos en las manos; loc. cit.

(2) Dos lienzos. Alcázar de Madrid. Pieza nueva sobre el zaguán y puerta principal de Palacio. Otros dos lienzos, de mano de Rubens, largos y angostos, con molduras doradas y negras, de figuras al natural, que el uno es una montería de jabalíes con una ninfa con un arco en la mano, con el que ha clavado una flecha al jabalí, y hay unos perros muertos y otros vivos y unos cazadores con venablos en las manos. Y el otro (lienzo) es una caza en que están matando un venado muchos perros y ninfas, que están en hábito de cazadores, que le van siguiendo con lanza, y otra ninfa, que despidió una flecha que la clavó en un árbol, y otra que tenía un perro; loc. cit.

(3) Indudablemente es el *Hércules luchando con el león*. Inventario de 1686. Alcázar de Madrid. Pieza ochavada. Otra de dos varas de largo y una y media de alto, de Hércules luchando con el león, de mano de Rubens. Id. en el de 1700; loc. cit.

(4) No aparece en el inventario que publica Cruzada Villaamil.

(5) Inventario de 1700. Torre de la Parada. Item, otra pintura de dos varas y media de alto y una de ancho, de un sátiro, de mano de Rubens, tasada en cincuenta doblones. Pieza 8, núm. 96; loc. cit.

Ceres y Pomona con el cuerno de la abundancia (1). (Prado, 1585.)

Sólo tres de éstos se encuentran aún en Madrid: el Sátiro, Aquiles y Ceres. Como quiera que estos cuadros se relacionan en cuanto al asunto á los que más tarde pintó Rubens en Amberes para el rey, en parte para la misma sala, habrá suministrado estos ocho por encargo; así lo confirma un escrito del embajador florentino en Madrid (2).

Que Rubens no sólo compuso estos cuadros para Felipe IV, sino que le entregó algunos otros, lo demuestra, al menos, el siguiente caso: Había ya ofrecido diez años atrás á sir Dudley Carleton, embajador inglés en La Haya, el Aquiles. Encomiaba entonces como la «obra de su mujer discípulo (Van Dyck?), un muy encantador cuadro lleno de hermosísimas muchachas» (3). Sir Dudley mostróse frío ante los encantos de estas bellas pero no muy auténticas griegas. Encontró, pues, ocasión de endosar al Rey de España esta vieja mercancía, despreciada por el inglés.

Da que pensar la circunstancia de que una parte de estos

(1) Debe de ser *Ceres y Pan*. Inventario de 1636. Pieza grande, antes del dormitorio de S. M., que es donde cena, en el cuarto bajo de verano.

Un lienzo largo con moldura de lo mismo (dorada y negra) en que está pintada la diosa Ceres, sentada. Tiene á la derecha una cornucopia de varias frutas, y á su lado izquierdo un sátiro con un ramo de frutas en la mano, y á los lados, diferentes melones, calabazas y alcachofas, y al otro lado muchas diferencias de frutas. Las figuras de este lienzo son de mano de Rubens, y las frutas de Suyders; loc. cit.

(2) E' arrivato in Madrid il Rubens fiammingo, pittor famoso, che hà portato otto quadri di pittura di sua mano, ordinatili per serv.^o di S. Mtà., da porsi in quarto Palazzo. Depesche de 25 Sept. 1628, en el Archivo de Medicis.

(3) Quadro vaghissimo, é pieno di molte fanciulle bellissime. Carta de 28 de Abril de 1618. Se ve que Rubens elogia sus obras en perfecto estilo mercantil, como un empresario de Ballet. Como era demasiado orgulloso, vendía cuadros mediocres de sus discípulos, retocados por él, con su propio nombre. Así vemos que no se muestra picado en su amor propio cuando le devolvían alguno por considerarle de poco valor, como ocurrió con la Caza del león, destinada á Carlos I. Véase SAINSBURY, págs. 52 y sigs.

cuadros, todavía en vida de Felipe, fueron alejados de la Sala de los Espejos; el inventario de 1686 muestra en su lugar otros de fecha posterior: el Robo de las Sabinas y la guerra de este nombre, Perseo y Andrómeda y la Madona con la guirnalda. Por lo visto, aquellos cuadros gustaron poco; quizá Rubens, por sus recuerdos del año 1609, llevase mala impresión del juicio de los españoles; según se desprende de sus cartas, parece que sólo encontró en el Rey «un criterio nada vulgar». Bajo esta impresión ofrecióse á retocar su gran Epifanía completamente en la manera de sus primeros tiempos; la amplió á la vez, haciendo casi un nuevo cuadro.

El primer trabajo que Rubens emprendió en Madrid, una vez que hubo instalado su taller en el departamento del pintor de Palacio (*Cuarto bajo del Príncipe*), fué el retrato ecuestre de S. M. También éste fué colocado en la Sala de los Espejos; por lo tanto, al lado del Carlos V de Ticiano. El rey aparece «armado, á caballo en un caballo castaño; tiene banda carmesí, bastón en la mano, sombrero negro y plumas blancas; en lo alto un globo terrestre que lo sustentan dos ángeles y la fe, que tiene encima una cruz y ofrecen á S. M. una corona de laurel, y á un lado la divina justicia que fulmina rayos contra los enemigos, y al otro lado en el suelo un indio que lleva celada» (1). La analogía de esta descripción del cuadro de Rubens, probablemente perdido en el incendio de Palacio de 1734, con el gran «Velázquez» de los Offizi, ha sido notada por Villaamil; sólo que no es este último, como dicho escritor apunta, una copia repintada, ni mucho menos un Gaspar de Crayer, sino como indiqué en otro lugar (2), un producto de la Escuela de Madrid, probablemente de Carreño, continuación de los de Rubens, pero con una nueva disposición de la cabeza del monarca, unos veinte años más viejo (3).

(1) CRUZADA VILLAAMIL: *Rubens*, pág. 334.

(2) *Zeitschrift für Bildende Kunst*, 1883; págs. 317 y sig.

(3) He aquí la opinión de Villaamil: «El ecuestre, á juzgar por la des-
E. M.—Abril 1907.

Rubens compartió el raro favor de pintar los bustos de la familia real directamente de sus mismas personas: la reina, los hermanos Fernando y Carlos y la hermana María. La infanta aun no había sido retratada por Velázquez. Pero tales retratos estaban destinados de antemano para la venerable y anciana tía de Bruselas. Pintó también á Sor Margarita, del convento de las Descalzas, otra tía de los infantes. Esta hija de Maximiliano II era persona de influjo, visitada por todos los extranjeros de prestigio. De los diez retratos, á juzgar por el silencio de los inventarios, ninguno quedó en Palacio; de la pareja real y del infante cardenal conservó Rubens ejemplares para sí, los cuales aparecieron á su muerte. (Nr. 113, 115, 116, 123.)

El mejor retrato del rey que yo conozco es el del palacio Durazzo, de Génova, de cuerpo entero. Está de pie en un salón; viste traje de seda negra. El balcón se abre sobre el coto; á la izquierda dos columnadas medio ocultas por un cortinón granate y oro. La mano izquierda se apoya en el puño de la espada, la derecha coge el guante negro. Sólo un ligero vello sombrea el labio. Mientras aquí afecta cierta majestad en el rostro y continente, otros retratos, por ejemplo la media figura de la Pinacoteca (787), dan la impresión más bien de un carácter débil, de un joven frívolo que, libre de las obliga-

cripción que de él hicieron los que entonces le vieron, pudiera sospecharse que sea el mismo que hoy se guarda en la Real Galería de Florencia (Museo de gli Offizi) señalado con el número 210—con manifiesto é imperdonable error atribuído á Velázquez—pues se ven en este lienzo las mismas figuras alegóricas, detalles y accidentés atribuídos al de Rubens. Pero conviene advertir para que no haya olvido, que el tal retrato de gli Offizi está tan bastardeado, tan desconocido, que ni recuerdos quedan de la huella del pincel de Rubens, si es que no es una mala copia de aquél. Sus repintes al óleo y restauraciones no permiten juzgar ligeramente sobre este particular. Convenía también no confundir este retrato con el preciosísimo y verdaderamente admirable, también ecuestre, pero de pequeño tamaño, del mismo rey Don Felipe IV, pintado por Velázquez, que se conserva en el mismo museo de Florencia.» Loc. cit., pág. 142.

ciones y espionajes de su real juventud, se deja mecer por las ondas de los deleites sensuales é intelectuales.

En Viena está también el retrato de la reina (Nr. 788), del cual poseen copias la Ermitage (Nr. 560) y München (102). El infante Fernando, cuyos retratos de la posterior época holandesa tan frecuentes son, y se distinguen por los largos bucles rubios y los bigotes, tiene allí cortado el pelo. Se le ve al final de aquel año en traje de cardenal en la Pinacoteca (número 790) y en el palacio Doria, en Génova, en la imponente sala gigantesca, enfrente del viejo Andrea, entre las ventanas. Por todos estos retratos recibió Rubens 1.500 libras.

Sin embargo, en estos agitados meses la atención de Rubens no estaba de lleno en los retratos, ni siquiera en los del rey ni en la mitología griega; tal vez no se preocupaba de ellos. Pidió permiso al monarca para copiar los Ticianos de Palacio. Felipe vió con sorpresa cómo bajo el pincel de este copista, el más asombroso entre los innumerables de todas las naciones que desde siglos tenían cercados estos lienzos, algo apagados por el tiempo, adquirirían cada vez un grado más de brillantez, de colorido, de luz, de vigor y de sensualidad en la forma. El rey no se debió de saciar; gustaba más de las copias que de los originales, pues si bien poseía éstos, mandó adquirir gran número de ellas á la muerte de Rubens.

Pacheco cita cinco grandes cuadros de mitología á la vez que «el pecado» (Adán y Eva) y seis retratos; pero esto sólo es la mitad. Notable muestra, en verdad, de su veneración por el veneciano, la cual fué siempre tan ardiente como constante. Ya había empezado dicha colección unos veinticinco años antes, en Italia; en Roma copió en el palacio Ludovisi las dos bacanales (hoy en Stokolmo: quizá las mejores); en Florencia, el cardenal Hippolito de Médicis; en Mantua, los dos retratos de Isabel de Este. Aspiró á rodearse en su fastuosa morada de Amberes de todas las obras de Ticiano; poseía diez originales, ó creía poseerlos. Otros pintores se hubieran contentado con pequeños esbozos, pero á él no le era fácil sino lo gran-

de (1). Lo asombroso es cómo, habituado á la corriente del crear, tuvo paciencia para tales trabajos; menos raro, pero significativo, fué que en aquel manantial de asuntos pictóricos que brotaba entonces más que hoy en España, se encerrase con los antiguos italianos meses enteros, sin dedicar una mirada á lo que á su lado se le ofrecía. Como Caracci, cuyos principios de Epigones también él, aunque con más ingenio, seguía, buscó la fuente del verdadero arte, más en los modelos del pasado que en la Naturaleza viva. Dada su fecundidad, hubiera sido éste un camino demasiado prolijo. Era para él un deleite vivir en tal intimidad con el veneciano, ante el cual debía aparecer como un rezagado algo bárbaro.

Al principio se presumió (2) que dichas copias estaban destinadas al rey de Inglaterra, el cual ya se había fijado en estos lienzos, y que, en efecto, mandó sacar copias de ellos allí mismo (pág. 181). Es posible que pensara en su protector y que de ahí naciese algún estímulo. Pero en la colección Carl Stuarts no se puede comprobar ninguno de estos cuadros. Rubens no se separó nunca de ellos, y á su muerte se encontraron en su herencia. Eran para él precioso recuerdo de sus felices y libres días de Italia, y últimamente de su residencia en la Corte de Madrid.

El inventario de su sucesión enumera las siguientes copias de Ticiano, hechas por él en Madrid:

-La Venus del espejo.

Los retratos de Carlos V y de la emperatriz Isabel de Portugal, dos copias. Una vez juntos en un solo cuadro. Aparecen en traje negro; las manos descansan en una mesa con tapete rojo, cogiendo un libro de rezos; entre ellos hay un reloj. Este cuadro de Ticiano, perdido, procedía de Yuste; pasó de allí al Prado y se encontraba en tiempo de Rubens en la alcoba del rey, de la planta baja.

(1) SAINSBURY: loc. cit., págs. 236 y sigs., 61.

(2) MICHEL: *Histoire de la vie de Rubens*. Bruxelles, 1771; pág. 167.

El retrato del rey Fernando, armado; la mano derecha en la celada. (Prado, 499.)

Alfonso de Ferrara con el gran perro (Prado, 452). (Es Hércules II.) Ambos en la galería del Sur.

El retrato (perdido) *del duque Francisco Sforza*, de 1534; de cuerpo entero, armado y con bastón; en tiempo de Felipe II en la casa del Tesoro; después en el «Pasadizo del Consejo de Órdenes».

El bufón Estanislao, vestido de damasco rojo con la pica en la mano derecha, y el bonete rojo forrado de armiño en la izquierda; igualmente extraviado (pág. 11, 265).

Otros seis retratos, difíciles de determinar; un hombre corpulento con el sombrero (ó ¿el perro?); cuatro cortesanas de Venecia; el retrato de una novia (1).

En cambio, Rubens, el clásico pintor de las devociones jesuítas, no pintó en la archicatólica España cuadros religiosos, ni para el rey ni para los templos; sólo son conocidos aquellos dos para Leganés y Cárdenas.

Solamente envió después al hospital de su nación en Madrid una excelente obra de su propia mano: el Martirio de San Andrés, existente hoy en la nueva capilla de aquel hospital.

Cuando seguía sus preferencias en la elección de temas religiosos, elegía asuntos en que se mezclaban tormentos corporales ó éxtasis místicos con languideces voluptuosas. Cuando al declinar su vida intentó fundar una obra de aquella índole para la Santa Colonia, para él tan grata por los recuerdos de su niñez, imaginó un cuadro que pudiera llamarse el triunfo de lo horrible.

Asimismo pintó para Madrid el apóstol que por dos días estuvo colgado de la cruz y rodeado de sus fieles, hasta que

(1) Quizá sea: «Una veneciana vestida de raso blanco con bordaduras de oro; en la mano derecha un abentador de palma y una punta de una hoja verde en los pechos. Inventario de 1636. Pieza en que S. M. negocia en el cuarto bajo de verano.»

fué desatado por orden del procónsul. Por sus oraciones fué envuelto en un resplandor celestial, y, desprendiéndose de cuanto le rodeaba, entregó su espíritu al Creador. Nunca su pincel se movió con más inspiración: la ley divina lucha con las tinieblas terrenales como con las olas de un mar tumultuoso.

Sólo se conoce *un* cuadro suyo que haya sido inspirado por un paisaje español: debió de ser un recuerdo de su amistad con Velázquez, con el cual realizó la expedición al Escorial. En aquella ocasión subieron á un pico de la inaccesible sierra que domina la obra de Felipe II. Desde las alturas de *Sierra Tocada* (llamada así por estar perpetuamente velada por las nubes) hasta la nevada punta de Sierra de San Juan, en Málaga, trazó un esbozo del Escorial, hundido en un hondón como en un estuche, «con el pueblo y la alameda Fresneda con los dos estanques y el camino de Madrid, que se ve en el horizonte».

«La montaña—escribe en Abril de 1640 á Gerbier—es alta y escarpada y muy difícil de subir y bajar; contemplamos las nubes muy profundas á nuestros pies, mientras el cielo sobre nuestras cabezas aparecía claro y sereno. Arriba hay una gran cruz de madera, que se divisa desde Madrid, y una iglesita de San Juan, donde vive un ermitaño, al cual se ve allí con su asno. Al lado hay una torre y una casa, donde el rey descansa con frecuencia en sus cacerías. Encontramos muchos venados.»

De este croquis se hicieron después varios cuadros. Uno de éstos, como Rubens mismo afirma, hecho por un pintor mediocre, Pedro Verhulst, fué visto por Edward Norgate, y por la descripción que hizo de él, Carlos I manifestó deseos de adquirirle. Aunque Rubens no lo consideraba digno de figurar al lado de las maravillas del gabinete real, lo hizo terminar por el paisajista. Este es quizá el gran ejemplar que se encuentra en el castillo de Longford de Earl of Radnor. Otro hállase en su sucesión; también posee uno la galería de Dresde.

BACO

(LOS BORRACHOS)

Durante los primeros años de su vida de Corte en Madrid se consagró Velázquez completamente á los retratos; cuadros religiosos, bodegones, etc., fueron dejados de lado. Por un retrato había alcanzado su posición; debió esforzarse por conservarla, perfeccionándose en este género, pues en ninguna parte es más fácil aburrir que en la Corte. Solamente al finalizar el primer lustro hizo ensayos en un nuevo género: la mitología. El asunto es una fiesta báquica en el campo, en donde el juvenil dios, sentado sobre un tonel á guisa de trono, entre dos de sus secuaces, corona y agasaja á unos cuantos cofrades de su hermandad (1).

En su ciudad natal nunca abordó Velázquez los asuntos mitológicos, y aun ahora sólo le decidió á hacer ensayos en este género una causa ocasional: la visita de Rubens. Sus «Mitologías», cuyo éxito en la Corte debió darle que pensar, enardecieron su fantasía y provocaron una fecunda reacción. Pero esta circunstancia es apenas perceptible en su obra. Quiso medirse con Rubens; pero mientras le seguía por uno de sus caminos favoritos, manifestó su propia manera, su manera personal y española, con triunfante originalidad. En fuerza realista, el «Baco» apenas fué luego superado por el mismo autor.

Sobre la época de su confección se encuentran algunos documentos. El 18 de Septiembre de 1628 concedióle el rey un suplemento á cuenta de los honorarios que se le debían. Consistió éste en una «ración diaria como á los barberos de cáma-

(1) *Una historia de Baco coronando á sus cofrades* se titula el cuadro en el inventario de 1665, hecho con la colaboración del suegro de Velázquez.

ra», é importaba doce reales; además, un equipo anual por valor de noventa ducados. El pintor debía darse por satisfecho con esto de sus atrasos y, á la vez, de todo lo que el rey le encargase en adelante, advirtiéndole que habían de ser *retratos originales* (1). Pero diez meses más tarde (22 de Julio de 1629) recibió 400 ducados en plata, 300 (*á quenta*) de sus obras y 100 por el cuadro de «Baco» que para el servicio de S. M. había pintado. De lo cual se deduce que éste fué empezado después de Septiembre de 1628.

El «Baco» gustó á Felipe extraordinariamente; mandóle colocar en el dormitorio de verano. Quizá Velázquez dió á entender que el país clásico pudiera inspirarle nuevas obras de esta clase.

Se ha creído que bajo aquella forma se le quiso proporcionar su ayuda de viaje, la cual hace ascender Pacheco á 400 ducados (2).

Esta obra es la única escena báquica de Velázquez y puede creerse que de la escuela española. Los españoles en este punto eran antípodas de los alemanes y holandeses. La embriaguez era para ellos más despreciable aún que antes para los franceses. *Borracho* era para ellos un vocablo más torpe que cornudo y peor que loco (3). Pertenece á las ofensas que, como un golpe en el rostro con la mano, con el sombrero ó con el pañuelo, se vengaban no ya con el duelo, sino con el homicidio. Los autores de libelos no encontraron otro vocablo

(1) Hize mrd. á Diego Velazquez, mi pintor de Cám.ra, de que se le diese por la despensa de mi casa una ración cada día en espeçie como la que tienen los Barberos de mi Cám.ra, en consideración de qe se auia dado satisfecho de todo lo que se le debía hasta aquel dia de las obras de su ofiçio qe avia hecho para mi seruicio, y de todas las qe adelante hiçiere; y las qe adelante hiçiere declaro aora en esta órden qe an de ser los retratos originales que yo le mandare hazer.—VILLAAMIL: *El Arte en España*, VIII, 61 y sig. *Documentos inéditos*, 55, 398 f.

(2) *Arte de la pintura*, I, 136.

(3) Hasta aquí loco estaba, ya está borracho.—CALDERÓN: *Afectos de odio y amor*, II.

más denigrante para el odiado ministro (1). Bastaba que un hombre se mostrase sólo una vez borracho para ser recusado como testigo (2).

Sin embargo, en ocasiones hasta los españoles han bromeado con este vicio. En la gran mina de humorismo popular de las novelas picarescas no faltan escenas tabernarias de la más extrema licencia. Los andaluces, menos severos en este punto (como los persas en el Islam), fueron denominados, por los castellanos y otros pueblos, *borrachos*.

La canción de Baltasar de Alcázar es realmente una excepción en la lírica española, pero sirve de documento suficiente para probar que allí existe la vena (3). La Corte de Felipe IV era también en este punto harto indulgente. Así como á la reina *Bessy* le gustaba el obeso caballero, y, según cuentan, organizó ella misma una *falstafiada*, así también se lee en las narraciones de la vida cortesana que en las fiestas augustas se hacía venir de los *corrales* á los farsantes, y se les emborrachaba para mayor edificación de las damas. Tirso, el dramático encapuchado, por boca de su Carrasco invita á los toledanos á festejar al santo Noé, en lugar de San Roque:

Que en tal tierra el ser borracho
Es calidad, no es locura.

(*La Villana de la Sagra*, I, II.)

Leonardo reunía en su casa á veces á los aldeanos para emborracharlos y contarles historias grotescas, copiando sus gestos desde la habitación de al lado. Velázquez debió de haber

-
- (1) ZUAN CORNER: Despacho de 1.º de Julio de 1632.
 (2) MAD. D'AULNOY: *Voyage en Espagne*, X^e, 8, XI^e lettre.
 (3) El soneto de ARGUIJO pudiera servir de inscripción:

Ora te mire la festiva gente,
En sus convites, dulce y regalado,
A ti, de alegres vides coronado,
Baco, gran padre, domador de Oriente,
He de cantar.

leído esto, y, tomando algunos pícaros que hasta entonces no habían sido trasladados al lienzo, compuso el grupo para su «Baco». La asamblea era un tanto abigarrada: un soldado, un gaitero, un mendigo y algunos viejos de carácter indefinible, quizá *mozos de cordel* ó gente de tropa licenciada, carne de vagabundos, pues ¿acaso no se reclutaba el ejército entre la «flor de la tuna»? Quizá fuesen simplemente pobres viejos labriegos, hijos de la Sierra, de férreo esqueleto, gastados por rudas jornadas, maltrechos por la suerte y curtidos por calurosos estíos ó crudos inviernos. El dios extranjero se dignaba descender á estos humildes, no á los poderosos sibaritas podridos de hartazgo. Baco envía al jornalero un rayo de luz en su obscura existencia, «la libertad en el reino del ensueño» bienhechor de la Humanidad.

Pero tal redentor del género humano es bien á las claras un alegre vividor que se aburre en la buena sociedad, y sintiendo la comezón de hacerse llano, descubre un nuevo *sport* en la alegría del *Deus nobis, haec otia fecit* de aquel montón de pobres diablos, en sus francas risas, en sus gestos droláticos y en el revuelto fango de su vocabulario.

La copa, caída en el suelo, debe de haber resbalado de las manos del soldado que está de rodillas, al cual se corona en aquel momento por su perorata (1). Los vasos y copas se levantan ya para el brindis. El gaitero se dispone á tocar un himno. El primero de los viejos adeptos ríe, enseñando una brillante é intacta dentadura, transportado ante la refulgente superficie de la taza llena que tiene en la mano, con el júbilo que precede á los momentos solemnes. A la vez parece prestar oído á las chanzas de su compañero de igual edad, que le da palmaditas en el hombro. Las bromas parecen á costa

(1) GUZMÁN DE ALFARACHE (1, 2, 5) describe una de esas juergas de *Cofrades de Baco*, pilotos de Guadalcanal y Coca, en la cual da la vuelta un *vasillo de plata*. El *pícaro* lo encuentra cuando todos han caído á tierra en el suelo. RIVADENEYRA llama al cuadro *estupendo torneo de los vasallos de Baco, y cofradía Brindínica*.

del espectador. El tercero, de perfil, espera, alzando el vaso (un fino vaso, quizá de Venecia), con la placentera mirada de un perro fiel, la señal del jefe para entonar el *brindis*.

Nosotros, bondadosos y humoristas germanos, tenemos pintores que presentan en sus cuadros populares figuras todas ellas riendo ó sonriendo; el español casi esta sola vez presenta gente risueña; pero ¿dónde encontrar la exuberante risa de la alegría vinosa, que se ve en las líneas y arrugas de estas cabezas de viejo, con menos esfuerzo y discordancia? (1).

David Wilkie, después de largas horas sentado ante este cuadro, que prefería á todos los del maestro, se levantaba por fin dando un suspiro (¡ouf!).

Este Baco inauguró el extraño Olimpo de Velázquez. Los pintores difícilmente han podido huir en tales asuntos de lo convencional; Velázquez ha aportado aquí la manera popular en su forma más original. Según el método de Cervantes, tomó la mitología literalmente. Él se preguntó: «¿Qué escena resultaría si este dios se extraviase en el mundo? ¿Qué clase de fieles se agruparían en torno suyo? ¿Cómo presentar á este dios que vagabundeaba en compañía de vendimiadores, machos y hembras, y escogía sus mujeres en solitaria playa?» Mientras otros anegaron su fantasía en lo exótico y sobrenatural, el español estableció su campo en la tierra, y sólo acepta lo que se puede naturalizar en su integridad. Se ha presentado esta escena con muchísima más erudición; pero ¿quién hallará gusto ya en las bacanales del cavalier Máximo, con sus insípidas bailarinas napolitanas (Museo de Madrid), ni en los fantasmas de Nicolás Poussin? Es cierto que éste pintó también ocasionalmente un Sileno borracho que se disputa la palma de la grosería con el de Ribera (2). Recientemente hemos visto bacanales

(1) No Teniers or Hogarth ever came up to the waggish wassail of his drunskards. R. FORD: *Penny Cyclopaedia*, Art. Velázquez.—The success of the artist in seizing a laugh and fixing it on the canvas, without converting it into a grimace, is an unparalleled triumph of skill. CURTIS, 18.

(2) PRADO, Nr. 2.052. ESPAÑOLETO pintó su Sileno, á juzgar por la fe-

empapadas de ciencia arqueológica; las de Alma Taddema parecen una fiesta de melancólicos en una casa de orates distinguidos. Pero escenas en que la humanidad se muestra en su conjunto con el «espíritu terrestre» (como dijo el viejo Vilmar), no pueden tener nunca bastante gusto local. Es hermoso que nos haya hecho gracia de aquellos monstruos con piernas de cabra, que desde el Renacimiento inundaron como una plaga de insectos apocalípticos el vasto campo de las tres artes. Sin embargo, esta bacanal, que se ha llamado parodia, no carece de reminiscencias griegas. Los griegos supieron apreciar el valor de los viejos borrachos. Los sátiros danzantes de la Villa Borghese y del Lateran hacen gala de su grosero esqueleto, cráneo anguloso, ojos pequeños, pómulos salientes y cabellos cerdosos. Si en la juventud («¡Embriaguez sin vino!») las huellas de la borrachera rejuvenecen, la alegría vinosa de los viejos recuerda el humor del filósofo Demócrito. Velázquez ha convertido el *prestissimo* del comus heleno en el *largo y lento* de la flema española. Las contorsiones de aquellos sátiros de Myron se asemejan á las cabriolas de los toros salvajes; la perezosa indolencia de nuestros borrachos, al removerse de una manada de cerdos en desfiladero fangoso.

Si bien la ceremonia está representada en pleno día á cielo descubierto, se ve que ha sido preparada en el taller. Parecen estar sentados en una obscura taberna, que recibiera la luz por una ventana de la izquierda. La luz más intensa está reconcentrada sobre la figura principal, cuya piel refleja la clari-

cha de su célebre cuadro en el Museo de Nápoles, dos años antes que su compatriota en Madrid. Realmente dicho Sileno no es más «execrable» que el griego. Para juzgar tal obra de Ribera se debía poseer su gran Entrada triunfal de Baco, que aun se encontraba en el Palacio de Madrid á principio del siglo XVIII. Era de 12 pies cast. largo por 7 y medio alto. Fragmentos de esta obra, deteriorada en el incendio de Palacio, había en el Buen Retiro (1772); entre ellos la cabeza del laureado dios, y tres cabezas muertas sobre una mesa cubierta de blanco. Otros dos, la llamada Sibila y el Sacerdote de Baco, están en el Museo del Prado (10, 11 y 12).

dad. Con ésta contrastan, en modelado más fuerte y como recortado, las cuatro cabezas curtidas y sus maltrechas capas y camisas oscuras y amarillentas, que absorben la luz. Finalmente, cuatro figuras en obscuro, de las cuales asoman algunas narices afiladas y otras prominencias frontales.

Quien quisiere conocer al pintor en el desnudo, debe estudiar esta robusta figura de Baco: el poderoso brazo, la rodilla saliente, las piernas bañadas por el reflejo de la capa roja. En este punto poco queda que aprender: la familiaridad con la anatomía, unida á la verdad de la apariencia y á la natural delicadeza de una forma de joven.

La parte débil está en las sombras y en los paños oscuros. Los tintes sombríos han perjudicado algunas partes, y hasta figuras enteras. El escanciador, agachado, es casi una silueta. Las hojas de vid son algo informes. También el fondo está algo desvanecido.

Llama la atención también la economía de lienzo. El apretado grupo de figuras está como empujado hacia adelante; no tiene espacio suficiente, no tienen *respiración*, y el fondo actual produce el efecto de una pared teñida de azul. Podría preguntarse si primeramente se pensó en una bóveda; el paisaje montañoso parece como un accesorio de las figuras, y corresponde á la manera posterior de los retratos ecuestres. La impresión total no desmerece por el obscurecimiento del tiempo. Como las figuras, con sus grandes superficies iluminadas, se conservan en toda su fuerza de color, más bien ganan por el contraste de aquellas superficies apagadas del fondo.

La composición, asimismo, está pensada profundamente. El redondeado y apiñado grupo, el desnudo y radiante Baco, al lado de los viejos arropados, el escanciador á modo de *repoussoir*, el mendigo que se acerca con el músico y que cierran el círculo, el contraste del compañero que se apoya con el que se inclina arrodillado, y otros muchos detalles, delatan un concienzudo estudio bajo la apariencia de una disposición natural ó casual.

Así, pues, el *Baco* se nos aparece en fuerza, resolución y *morbidezza* del modelado, plástica de las figuras, combinación graduada de luces, vigor y vida de los detalles, insuperable. Si hubiera sido pintado en otra parte, cada Museo poseería hoy sus borrachos.

Los compradores de cuadros jurarían que este pintor no debía ni podía pintar más que cuadros de bebedores, y pintando sólo esto hubiera hecho fortuna. Pero Velázquez nunca gustó de repetirse. No volvió á pintar más borrachos. Los admiradores del cuadro deben contentarse con las copias (1).

Sin embargo, existe un duplicado y una variante del *Baco*. El primero en el Museo de Nápoles, del tamaño del original. Muchos aficionados deben á ella la única é inolvidable impresión del genio del pintor español. El cuadro es de una técnica, en mi opinión, no superada por ningún otro; el color pastoso, repartido con la espátula de modo que la pintura se levanta presentando rebordes á modo de células. Se pudiera creer que había colaborado el maestro; el claro y puro tono general de Velázquez parece más natural que el del cuadro original de Madrid, algo obscurecido, cuyas partes más apagadas, especialmente el paisaje, y que podrían restaurarse por este duplicado.

También el segundo ejemplar, generalmente llamado el esbozo, procede de Nápoles, donde el embajador inglés lord Heytesbury lo compró á un tratante, Simón. Recientemente desapareció en América. Estaba firmado y fechado; el nombre

(1) El cuadro fué trasladado luego á la alcoba real en la antigua galería del Norte, y á la muerte del rey fué tasado en 300 ducados; en 1686, en 400; en 1702, á la muerte Carlos II, en 200 doblones (24.000 reales). Después del incendio apareció sin marco. Probablemente sufriría deterioro; pasó al Buen Retiro; volvió al nuevo palacio, bajo Carlos III, donde Goya lo tasó, en 1780, en 40.000 reales. Este lo grabó bastante medianamente, y el yerno de Mengs Carmona en cobre, pero no en su buena manera parisiense, sino en su mala manera española; ninguno de los dos grabados dan idea del dibujo. Tamaño: 1,65 por 2,25.

figura con menuda letra en la hoja de un libro roto, á la izquierda en un extremo.

DIEGO V...ZQUEZ *f.*

1624

No es un boceto (1), sino un cuadrito esmeradamente acabado que nos recuerda á los Bassanos. La idea y el esquema del grupo son los mismos que en el gran cuadro, el cual, según esto, sería «una edición completamente refundida». El escanciador con el vaso y el sátiro de la izquierda y la pareja de la derecha faltan; en cambio se ha añadido un morito; para las otras figuras han servido otros modelos.

Estos servidores de Baco delatan mejor procedencia; quizá pertenecen á la baja servidumbre cortesana. Su aspecto recuerda más bien á los clientes y parásitos que los grandes de Castilla solían sostener en su séquito. No se apiñan amistosamente unos sobre otros, sino que están sentados á respetuosa distancia, como se distribuye un capítulo de caballeros.

Mientras los huéspedes están algo cortados, el anfitrión aparece tanto más desenvuelto; el grupo allí más animado es aquí el objeto con que *él* se divierte. No es el desvergonzado zumbón, sino el robusto fauno con clara plenilunar y cuyos ojos anima la risa, haciéndole enseñar una larga fila de marfileños dientes. En vez de estar sentado sobre el tonel, lo está sobre un taburete; una blanca guirnalda de flores rodea á modo de banda el desnudo pecho. A la izquierda un ánfora, y á la derecha el tonel, en el que reluce un vaso de cristal con vino tinto.

El muchacho arrodillado al lado suyo ostenta una cabeza redonda, de frente estrecha, barbilla mongólica, ojos extraviados, cómico hasta por su estado de serenidad. El siguiente, co-

(1) También WAAGEN hace notar: spiritedly but ley no means sketchedly executed Treasures, IV, 387: 32 cm. × 39 cm.

ronado, parece un trasnochado vividor, con gesto agrídulce de parásito obsequioso. Debajo de él asoma la cabeza del negro. El tercero (de perfil) es un hambriento, demacrado y amarillo.

Si el extremo lienzo es auténtico, como creo, y la fecha es realmente 1624 (la cual correspondería al estilo del cuadro), los *Borrachos* no serían, como parecen ser, una *idée primesautière*, sino una transformación posterior en varios años, si bien en línea descendente de un Palamedes en un Bronwer, donde la servidumbre ocupa, después de haber servido la mesa, el lugar de los amos, con más sed y mejor humor. Aquel primer ensayo fué quizá el recuerdo de una jovial francachela.

RUBENS Y VELÁZQUEZ

En el libro de Pacheco se lee que Rubens, que tan mala impresión general llevóse de los pintores españoles en su primer viaje á España, tuvo ocasión de tratar esta vez, al menos uno, cuyo trabajo, como su persona, le satisficieron enteramente: su yerno. «Manifestóse muy favorablemente por sus cuadros á causa de su modestia»; así se expresa, mostrando extrañeza de que le alabase por su modestia. Según la tradición española, Rubens declaró, según refiere Gaspar de Fuensalida, que se le tenía en palacio por el más grande pintor que había ni había habido jamás en Europa (1). Su nombre no aparece en las cartas de Rubens, pero figura debajo del grabado de su amigo Pablo Pontius (p. 175), y los muchos encargos que recibió en Amberes se debían á la cooperación de Velázquez.

(1) Dixo—que siempre le a conocido en palacio..... con nombre del mayor pintor que ay ni avido en Europa y que asi lo confesó Rubens, vn gran pintor Flamenco quando vino á esta corte. *Revista Europea*, 1874, II, 275.

La aparición de Rubens en Madrid debió de producir á Velázquez, de veintinueve años entonces, poderoso efecto. Era el primer gran pintor que conocía personalmente, y pudo observarle á su placer en sus creaciones. No sin cierta mezcla de sentimientos debió ver cómo se suspendía en cierto modo su anterior monopolio de cinco años con el ministro. El flamenco sentó sus reales en Palacio. Las majestades y altezas iban ahora á visitarle y á servirle de modelo. El ujier de cámara era ahora el cicerone del pintor diplomático, del hombre de confianza de los políticos. Artistas que ya no eran jóvenes ni flexibles sufrieron gran conmoción en parecidas circunstancias. Claudio Coello no pudo sobrevivir al oscurecimiento de su estrella por el advenimiento de Luca Giordano. Antonio del Castillo, cuando vió en Sevilla las obras de su compañero, más joven, Murillo, exclamó: *¡Ya murió Castillo!* y fué profeta. Cuando Velázquez, tres años más tarde, de vuelta de su viaje á Italia, cumplimentó al rey, le agradeció mucho que en su ausencia no se hubiese dejado retratar por otros pintores (1).

Rubens tenía en favor suyo la superioridad de los años y la experiencia; había alcanzado de largo tiempo la cima de su arte y consolidado su fama universal; Velázquez era todavía casi un joven, un aspirante. Era ante la naturaleza como quien traduce escrupulosamente de lengua extranjera; Rubens pintaba como un poeta hace versos, en su lengua materna. Un pintor de abolengo como Velázquez, con su sujeción al modelo, su severo dibujo y sus luces de taller, debía experimentar cierto efecto deprimente al comparar sus obras con las orgías de luz y de color del pintor flamenco.

Las consecuencias se comprenden fácilmente. Probablemente confesaría su impresión al mismo Rubens, pues éste alababa su modestia, la cual no se refiere seguramente á su trato social. Los hechos hablan con harta y viva elocuencia:

(1) PACHECO: Arte, I, 139, Agradeciéndole mucho, etc.

E. M.—Abril 1907.

Rubens copia al Ticiano en Madrid; Velázquez, tan pronto como puede, pide permiso para ir á Italia y estudiar en Venecia á Ticiano y Tintoretto; aquél encanta á su rey con su mitología, y al punto nuestro artista comienza una bacanal. Aún más: por este mismo tiempo se opera en su pintura un cambio que señala el principio de su posterior y admirado estilo original. Así, pues, la aparición de Rubens significa para Velázquez un resultado positivo: volver á estudiar.

El autor de la obra *Peintres flamands en Espagne* advierte en el Museo de Madrid esta variación entre los cuadros inmediatamente anteriores y posteriores á la visita de Rubens. Evidentemente, dice, datan de Rubens sus más preciosas cualidades: la encantadora y caballeresca libertad de la ejecución, la admirable docilidad de las tintas, la deliciosa frescura y la luz que le distinguen de todos los maestros del mundo; el severo Pacheco no pudo enseñarle estas cosas. (¿Pero tuvo que enseñárselas alguien bajo el sol de España?) También los españoles han creído (1) que tal influjo se muestra claramente por la obra que durante la visita de Rubens empezó y terminó, obra que por su asunto y composición, naturalismo, fuerza de luz y vigor de expresión, color y dibujo, señala una nueva era en el estilo de Velázquez y recuerda mucho los poderosos y brillantes colores de la pintura flamenca: los *Borrachos*.

Y así en adelante en cuanto al estilo heroico. Rubens enseña al neófito los procedimientos que empleaba para conseguir su incomparable brillantez. El testimonio de la transformación es el cuadro referido, en muchos de cuyos detalles resplandece el tono ardiente con que el pincel del artista flamenco hechizaba al público. Sólo falta que en los catálogos se escriba bajo el nombre de Velázquez: discípulo de Herrera, Pacheco y Rubens.

Pero esta frase no expresa de un modo adecuado la relación efectiva. Realmente, como ya es sabido, hacia el año 1630 se

(1) CR. VILLAAMIL: Rubens dipl., cap. 141.

operó un cambio en la evolución de Velázquez. Pero *Los borrachos*, si bien como ya notaba Mengs, pintado en un estilo más libre que *El aguador* (entre uno y otro cuadro median diez años), pertenecen por completo aún á la primer manera, por lo que no gustan á los impresionistas. ¡De qué buena gana cambiarían éstos sus pegotes de sombra, por ejemplo, por las transparentes tintas oscuras de aquél! Evidentemente, la línea de separación de ambos estilos está entre *Los borrachos* y *La fragua de Vulcano*, pintado dos años después en Roma; es claro que la variación de estilo se efectuó bajo la impresión de los italianos, pues como él mismo declara, en Venecia halló lo bueno y lo bello. Es posible que las conversaciones con Rubens, sus juicios sobre los cuadros que estudiaban, despertasen en él recelos sobre la inferioridad de su estilo primero, si bien el mismo Rubens estudiaba y copiaba al Caravaggio. Sin embargo, aun sin la influencia de Rubens, se hubiera separado de su primer manera, pues esto era cuestión de la época y las maneras encontradas son siempre de poca duración.

Lo esencial es que la nueva dirección de Velázquez, que desde ahora emprende con tanto éxito, le condujo muy lejos de Rubens. La libertad de factura y la claridad de ejecución pueden hermanarse, pero el que quiera proporcionarse el espectáculo de un fuerte contraste entre dos coloristas, debe comparar á ambos en sus mejores obras. Eran, en efecto, en talento, sentimiento y moral artística, dos naturalezas fundamentalmente distintas, y quizá por lo mismo hallasen placer en su amistad, como Pacheco asegura. Además, nadie negará que el flamenco era una fuerza productiva incomparablemente mayor; pero esto no quiere decir que el español hubiese de estarle subordinado. Le admiraba sin envidia, pues no todo lo que se admira se quiere imitar. El verdadero artista, en vez de perder el valor ó la posesión de sí mismo ante tales encuentros, se afirma aún más en sus privilegiadas cualidades y emprende su derrotero con más ánimos que antes. Velázquez vió un arte que en sus más colosales efectos siempre se apartaba

un tanto de los límites de la verdad natural en color, luz, carácter y gestos. Debió considerar á Rubens como el historiador severo al hábil escritor de una novela histórica. Quizá pudo decir de él cortésmente: algo de lo que él hace, yo no puedo hacerlo; y pensar después: y aunque pudiera no lo haría.

No todo fué luz en la asombrosa obra del real pintor de Amberes. De su aspecto más brillante, del *fuego y sublimidad de la invención*, poco mostró precisamente en Madrid. Sus veinticinco copias de Ticiano pudieron asombrar como muestra de la constancia en el trabajo de los hombres del Norte; un artista se preguntaría por qué en vez de traducir del italiano al flamenco, no prefirió hacer obras originales inspirándose en la vida y en la naturaleza, en el país y en los hombres.

Lo que á la mitología decorativa que después suministró para los palacios se refiere, Velázquez pudo alegrarse como director del decorado de trabajar con los materiales que Rubens puso gustoso á su disposición, secundado por un estado mayor de ayudantes y colaboradores en brevísimo plazo. Y en cuanto á los retratos reales, creemos que, sin presunción, pudo no tenerle miedo. Quien compare á ambos artistas dirá si es sincero: Aquí la naturaleza y la vida; allí amaneramiento. También vida, en efecto, pero la vida del pintor, *su* espíritu. Allí nos sentimos ante la realidad que, simpática ó repulsiva, nos incita á estudiarla, á penetrarla y explicarla. Aquí decimos: un hermoso Rubens, y con esto se dice todo. Y ¿quién no ha pensado más de una vez, ante sus seductoras creaciones, que el asunto era casi siempre sólo una ocasión para desarrollar el inagotable arsenal de sus resortes? Cuando Velázquez podía elegir libremente asunto, desarrollaba casi siempre algún problema de arte; y siempre hizo derivar la forma del asunto tratado. Era propiamente un artista sin público, puesto que sólo trabajaba para su Rey. Es verdad que, por tal circunstancia, gozaba de poca independencia; pero, en cambio, estaba libre del influjo de la multitud, que, á veces, es peor que el servir á príncipes. Pudo fácilmente encomendar á

otros los asuntos que no cuadraban con su temperamento y hacer atmósfera por los que prefería. En ambos casos se ahorró transacciones con su conciencia. Era una naturaleza altiva, flemática, un temperamento práctico, un «pintor experimental», un hidalgo que no trataba de agasajar ni de seducir á su público; más bien iba contra sus gustos, por lo que en sus mejores momentos apenas fué comprendido.

Rubens era de aquellos que, como Bernini en Italia, se sometía al espíritu de su tiempo. Un gran temperamento, que trataba de dominar dondequiera que llegaba. De París, Londres, Madrid y Génova pudo decir lo que César. Pero el que quiere dominar su época, debe compartir sus sentimientos; es más: sin mutuo influjo no hay dominación. El problema aquí es saber en qué tiempo se vive, y á qué lados de la naturaleza humana se dirige el artista. Para comprender su pintura, hay que conocer las clases directoras del siglo xvii (1).

Reinó por completo en el corazón de Felipe IV. El coronado vividor, cuyos días transcurrieron entre aventuras galantes, fiestas que duraban semanas, locas cacerías y devotas ceremonias, pareció encontrar en sus creaciones un reflejo de su propia existencia. Como un príncipe moderno (*the snob royal*), descubrió quizá con el curso de los años el secreto de la belleza femenina en las tres F (*fair, fat, forty*) de las jamonas flamencas.

De ahora en adelante ya no le deja descansar con sus encargos; hasta aquellos cuadros libres que Rubens conservaba á su lado, á su muerte fueron trasladados á Madrid, cuyo Museo es interesante en lo tocante á este aspecto del pintor.

*
* *

Este pasajero pero íntimo contacto de ambos maestros nos pone, pues, de manifiesto su contraste profundo. Y nada tan

(1) «Quand on veut eviter d'être charlatan, il faut fuir les treteaux; car si l'on y monte, on est bien forcé d'être charlatan; sans quoi, l'assemblée vous jette des pierres.» CHAMFORT.

apropiado para darnos una idea del mismo como esta mitología. Las fábulas de Rubens, á pesar de la fuerza con que presentan la vida de su época y el espíritu de la raza, están aún completamente empapadas del espíritu del Renacimiento. Al mismo tiempo, este pintor, formado esencialmente en el estudio de las humanidades, discípulo de los jesuítas, nos ofrece en su estilo una palingénesis de los temas antiguos, estudiados con ahinco y sentidos con hondo deleite, si bien el desbordante sentimiento sensual rebasa la pureza de líneas de la forma clásica. Pero al cabo, nos transporta á una Arcadia fantástica en alas de la poesía. Nada más lejos del español que esta idolatría por lo antiguo y sensual. Lo vemos en este cuadro, que nos indica que se trataba de un hombre más sobrio. Su primera creación elegida con plena libertad fué un vendedor de agua *ἄριστον μὲν ὕδωρ*. Donde el uno, hechizado por el delirio sensual, se enardece hasta el paroxismo dionisiaco y engendra encantadores cuadros de una edad de oro; el otro, sereno, sonríe despectivamente ante el cómico espectáculo de la enervación alcohólica y sus extravíos.

Su Baco pertenece al género de los dioses degenerados que en el tiempo del crepúsculo de los dioses huían en la campiña ante los *pagani*; en las heces de su sociedad española se le hizo leer á su Thiasos. No de otro modo Miguel Angel, también un sobrio, pues estaba embriagado de vino superior, esculpió la estatua del mismo dios, según el modelo de un joven libertino. Shelley le llamaba el Baco de un católico: con la misma infidelidad á la ortodoxia báquica pintó el castellano.

No es la degradación demoníaca de la Edad Media; mucho menos el moralizador espejo que un Hogarth ó un Cruikshank presentan de la borrachera. Es una verdad artística y de no menor fuerza cómica que las escenas de Jan Steen.

Los italianos habían despertado la superstición de la antigua existencia de los dioses de la Naturaleza, la cual, indudablemente, bastaba á inspirar á sus figuras é historias una hermosa apariencia de vida. Pero sus encantadoras mascaradas

no se elevan nunca sobre lo fantasmagórico, como la poesía sobre la frase. Los cuadros del género mitológico son, para decirlo francamente, los más fríos. Aquí tenemos vida, una vida de baja estofa, es verdad, pero de intensa corporalidad é inervación, y al mismo tiempo artística, por aquel raro humor de más alta categoría que la evocación de un mundo de fantasmas con el seductor encanto de la forma y de la sensualidad.

CARLOS JUSTI

Por la traducción,
EDUARDO OVEJERO

MEMORIAS DE UN HUÉRFANO

PRIMERA PARTE

La infancia.

La antigua carretera de París á Ginebra, en otro tiempo tan animada y alegre, encuéntrase ahora muy abandonada. Los caminos de hierro la han quitado su importancia y su movimiento. Recuérdanla, sin embargo, los que tuvieron la alegría de recorrerla á pie, con la mochila del estudiante á la espalda, ó en el cupé de una de aquellas enormes casas rodantes que se llamaban diligencias, ó en uno de los ligeros briskas organizados por M. Comte, ó mejor todavía, en una comfortable calesa tirada por dos caballos de posta. Recuerdan los buenos sitios en que descansaban, y las pintorescas escenas que á cada momento atraían su atención sobre aquel camino real. Los gastrónomos, condenados hoy á la expeditiva y coriácea colación de las fondas de ferrocarriles, no pueden pensar, sin dolerse de semejante rigor, en aquel tiempo en que su respetable apetito no se veía perturbado por el silbido de la locomotora, y en que gozaban de paradas apacibles á orillas del Doubs y á orillas del Ain.

También recuerdan la carretera los viajeros que gustan de los espectáculos de la Naturaleza; más de uno de aquéllos se detuvo sorprendido en las colinas de Morlier y saludó con admiración el valle de Morez, uno de los más singulares que existen.

Este valle perteneció en un tiempo á la abadía de San Claudio, á los sucesores de aquellos valientes ermitaños, de aquellos heroicos exploradores del Evangelio que fueron los primeros en atreverse á penetrar en las sombrías soledades del Jura. Por su salvaje aspecto asustaba á los hombres y permanecía inhabitado.

En el siglo xvi, un industrial aventurero que pasó por allí al azar, tuvo la idea de utilizar el agua del Biena, que corría en paz por el desierto valle, y emplearla en dar movimiento á una ferretería. Como le saliera bien su ensayo, acudieron otros especuladores á establecerse en su vecindad, y organizaron sucesivamente un molino, un taller de sierra, un martinete y una fábrica. Poco á poco, esta colonización, semejante á la de las regiones vírgenes de América, creció con los hijos de los primeros *settlers* y con nuevas bandas de obreros. Ahora, sobre este suelo árido, en esa garganta tortuosa comprimida por las rocas del Bechet, del Risoux, del Trelarce, en un espacio de tres kilómetros, se alzan dos filas de casas perfectamente construídas; dos filas: la estrechez de la hendidura no permite más. Ahora los geógrafos y los estadísticos tienen que señalar allí un pueblo, un verdadero pueblo, que posee una alcaldía, escuelas, hospital, posadas y cafés, indicios manifiestos de civilización; hasta un casino, en el que se reciben los periódicos de París: un pueblo de 4.000 almas, que mete más ruido en el mundo que un gran número de ciudades populosas. Forja, lamina, manipula todos los metales. Fabrica asadores para ejércitos de cocineras, relojes para pobres y ricos, lentes y gafas para los miopes de los dos hemisferios. Obtiene en todas las grandes exposiciones medallas y cruces. Como el número de sus obreros aumenta de año en año, no pueden residir todos en su recinto. Se dispersan por los alrededores, construyen casas en la montaña, y viven á la vez de la labor agrícola y de la labor industrial. Cultivan pacientemente una tierra que no puede darles sino una pobre cosecha; en invierno vuelven á empuñar sus útiles de artesanos: tallan el cristal, recortan el

acero, esmaltan esferas de relojes. Hombres y mujeres, cada cual tiene su tarea especial en los rústicos talleres. Hasta los niños, desde su más tierna edad, ganan ya algunos céntimos en el bruído de monturas de anteojos; y los domingos por la mañana puede verse por los escarpados senderos de la montaña á robustos obreros con el saco al hombro, que van á entregar su obra de la semana al comerciante de Morez. Cerca de este industrioso pueblo, á orillas del Biena, en un ensanche del valle, hay una aldea agreste y apacible que se llama *la Doye*. Allí he nacido; allí he pasado mi infancia.

*
* *

A menudo, sentado frente á mi chimenea, con los pies en los morillos, la cabeza entre las manos, sumido el espíritu en mudos ensueños, á menudo contemplo aquella casa de la Doye, en donde fué mi cuna, en donde dí mis primeros pasos, en donde mis miradas, mis sentidos, mis facultades infantiles se despertaron á los primeros rayos, á los primeros ruidos, á las primeras emociones de la vida. Con unas cuantas pinceladas podría dibujarla exactísimamente en todos sus detalles.

Un piso bajo cuya puerta se abre al nivel del suelo, la cocina á la entrada, luego la habitación esencial, lo que los ingleses llaman el *partour* y los alemanes el *gastzimmer*, lo que nosotros llamamos en nuestras montañas la *poêle* ó habitación caliente, sirviendo á la vez de comedor y de sala; después, tres alcobas pequeñas; encima, el granero y el tejado; en el interior, cortinas de indiana en las ventanas, rústicos utensilios de hogar, muebles de madera de pino. Solamente la chimenea afecta soberbias pretensiones. Vese allí un amplio hornillo de porcelana, que la activa Genoveva limpia con minucioso celo de arriba á abajo. Vese allí un gran sillón de cuero, que es igualmente objeto de una constante atención; una antigua cómoda de caoba, de flancos bombeados, cuyas guarniciones de cobre relucen como el oro; un Cristo de marfil, á cuyos pies hay una pila de agua bendita, en la que anualmente, con toda regula-

ridad, se sumerge una ramita el Domingo de Ramos. En fin, en esta misma habitación, por la mañana y por la tarde, á la hora en que se toca al *Angelus*, coloca Genoveva simétricamente sobre la mesa unos platos de porcelana y unos cubiertos de plata.

¡Ah! ¡Qué deliciosa morada!

Causa risa la candidez de aquel aldeano que, yendo de viaje y mirando el disco de la luna en un cielo azul, exclamó con acento melancólico:

«¡En nuestro país, la luna es mucho más hermosa!»

Expresaba, no obstante, con tales palabras, una justa impresión.

En nuestros primeros años asistimos, como nuestro primer padre, con la frescura y la inocencia de nuestra alma, al espectáculo de la creación. Todo lo que hemos entonces observado, escuchado, sentido, se graba en la virginidad de nuestro espíritu y deja en él una huella que ninguna otra puede borrar.

En cuanto á mí, he conservado una especie de recuerdo fantástico del rincón de tierra en donde, como las ondas de un límpido arroyuelo, se deslizaron los años de mi infancia. En parte alguna las rosas me han parecido tan rosas como en la aldea de la Doye, ni la aurora tan brillante, ni el atardecer tan imponente, ni los aromas de los prados y de los bosques tan olorosos, ni las campanas de las iglesias tan sonoras, ni los murmurios de las aguas, de los campos, de los aires, tan melódicos.

Ningún austero razonamiento filosófico puede por lo demás despojarme de la creencia de que, en el candor y la espontaneidad de las primeras emociones producidas por los diversos cuadros y las diversas emociones de la naturaleza, se establece entre nosotros y esa naturaleza, que de todas partes obra tan vivamente sobre nuestros órganos y nuestro pensamiento, una asimilación física y anímica, y, por decirlo todo, un misterioso parentesco.

Sí; yo he vivido en una especie de confraternidad con todo

lo que vivía, vegetaba y rumoraba en el suelo de mi aldea.

He crecido con el pino que comenzaba á surgir cuando yo empezaba á andar. Me he asociado á la tristeza de las plantas, á los sufrimientos de los pájaros en el umbral del invierno, á su renovación en la estación florida. Las abejas me conocían y desviaban de mí su aguijón. Los escarabajos, de alas de oro y de esmeralda, reposaban confiados en mi mano. Los perros, que ladraban á los otros muchachos, se me acercaban amistosamente, porque los perros discernen por instinto á quien les tenga buena voluntad. Cuando abandoné mi hogar, me parecía que los gorriones, á los que arrojaba en los días malos migas de pan sobre la nieve, me miraban con enternecimiento; que la golondrina de nuestro tejado se detenía en su vuelo, inquieta y pensativa; que el Bienta me decía adiós en el suspiro de sus ondas, y que los árboles, al inclinar al soplo de la brisa sus ramas sobre mi cabeza, me murmuraban: «¡No te vayas, no te vayas!»

Así nacía en mí un sentimiento indefinido de simpatía y de afeción. Más tarde tomó otro vuelo, y desde el retiro pastoril en que tan dulcemente germinaba, se extravió en el torbellino de un mundo en el que debía ser más de una vez engañado. He entregado mi amistad á gentes que no la merecían. He esparcido mis benévolos pensamientos sobre áridos arenales: no me arrepiento. He visto de cerca la miseria moral de los que siempre dudan y siempre desconfían. Más vale el confiado abandono con la amargura de sus decepciones imprevistas, que la estrechez del alma con sus temores perpetuos.

Era, además, preciso que mi corazón se derramase así hacia afuera, para hallar una compensación á los elementos de felicidad de que estaba desheredado, que hiciera lo que la trepadora viña, cuyos sarmientos vemos alargarse hacia uno y otro lado, buscando un asidero. ¡Ay! Nunca pude yo exclamar con un poeta inglés, cuyos cuadros domésticos me conmueven: «*We are all here*, estamos todos aquí, padres é hijos, reunidos en un tierno consorcio. No hay ningún puesto va-

cío. ¡Alabado sea Dios! El círculo del hogar está completo.»

Nunca conocí las alegrías más envidiables, los goces de la familia, las caricias de un padre y de una madre y los lazos fraternales.

Mi madre, de la que á menudo he oído alabar la gracia y la dulzura, murió al darme á luz. Un año después, mi padre, que era administrador de una fábrica en Morez, se enfrió, al volver, una tarde de invierno, á la Doye, y sucumbió de una pulmonía. De toda mi familia no quedaba más que mi abuela materna. Dios, en su clemencia, me la conservaba.

*
* *

A medio siglo de distancia, vuelvo á ver á la bondadosa abuela, como si estuviese todavía ante mis ojos, tal como la veía en mi infancia, con su cofia de muselina adornada con una banda de tules, su cuello blanco almidonado, su traje de lana negra y su rostro franco y bueno envejecido, arrugado por las penas más que por los años.

Dícese proverbialmente que la cara es el espejo del alma. Podría decirse también, en términos más precisos, que es la lúcida y palpable crónica de las diversas peripecias de la existencia. Fresca y pura en la ignorancia de la primera edad, abierta y animada en los impulsos de la juventud, poco á poco anuncia, con su palidez y su grave expresión, las fatigas que hemos experimentado, las decepciones que hemos sufrido; después nuestra alma se convierte en la tumba de nuestros pesares y de nuestras afecciones, y las arrugas que se forman en nuestra frente y nuestras mejillas son las inscripciones tumulares de esta muda sepultura.

A pesar de sus sesenta años, mi abuela estaba animada y alerta; hasta se puede decir que era muy viva y un poco irritable. ¡Pero qué excelente carácter! Cuando se enojaba con Genoveva, experimentaba luego un gran pesar, y cuando me regañaba, cosa que, lo confieso, lo tenía por lo general bien merecido, me miraba después con gran ternura. ¡Pobre

abuela! Pasé muchos años sin comprender lo que valía, y le dí muchos cuidados. Que el cielo me lo perdone.

Viuda de un magistrado, no tenía por todo recurso sino una módica pensión del Estado y su pequeña propiedad de la Doye. En su modestísima posición, conservaba una dignidad natural que no ofuscaba á nadie y que todos respetaban. Los domingos, cuando iba á la iglesia con sus galas, su vestido de seda, su sombrero adornado con un velillo negro y su mantelita, todo de fecha antigua, pero maravillosamente conservado, se la hubiera tomado por la dama castellana de la parroquia. Todas las mujeres la hacían una reverencia, y los campesinos la abrían calle, diciéndola en tono respetuoso: «Muy buenos días, señora Fraisans». En el verano, cuando M. Mierry, al que llamaban el rico parisiense, venía á su hermosa casa de la Doye, su primera visita era para mi abuela, y se comprende el efecto que, en nuestra humilde aldea de labradores y de obreros, había de producir el acto de un hombre que aparecía como un meteoro, con el soberano prestigio de la fortuna.

Mi buena abuela tenía su orgullo aristocrático. Glorificábase de pertenecer, por una rama colateral, á la antigua familia franco-contesa de los Martel, ennoblecida por Carlos V, y guardaba celosamente en el fondo de una cajita un antiguo sello de plata, en el que estaban grabadas las armas parlantes de aquella familia: tres martillos de plata en campo de arena con esta divisa: *Age quod agis*. Refería con entusiasmo cómo, en 1478, un joven Martel, estudiante en la Universidad de Dôle, se había lanzado con valor heroico, al frente de sus discípulos, para rechazar el ataque de las tropas francesas, mandadas por el señor de Craon, y cómo otro Martel, digno heredero de su nombre, se había igualmente distinguido por su patriotismo y su valor cuando su ciudad natal fué sitiada por el príncipe de Condé.

Complaciábase en enumerar todos los Martel que habían sucesivamente desempeñado importantes funciones.

Como se habían consagrado principalmente á la magistratura, conservaba ella por la magistratura una particular afec-
ción, y se honraba con haberse casado á los veinte años con
un joven que no poseía más que un humilde patrimonio, pero
que era juez en Dôle, y que fué nombrado, algunos años antes
de su muerte, presidente del tribunal de Saint-Claude. Expresaba, respecto de mi padre, un sincero sentimiento de estima-
ción. Decía que había sido un buen hombre; á menudo, me lo
citaba como ejemplo por su amor al trabajo, su dulzura de ca-
rácter y su severa probidad. Sin embargo, le costó trabajo deci-
dirse á dejar que su hija se casara con él. ¡Una descendiente
de los Martel, unida al señor Santiago Nerbier, un jefe de
obreros, un administrador de fábrica! ¡Qué contraste! ¡Qué
caída!

La familia de los Martel se había extinguido. El último
de ellos, lugarteniente en el bailío de Dôle, fué preso, como
aristócrata, y murió sobre un jergón, en uno de los calabozos
de aquella población en donde, lo mismo que sus antepasados,
se distinguiera por sus virtudes.

Mi abuela aspiraba á reanudar para mí aquella venerable
tradición, y desde el día de mi nacimiento declaró que sería
magistrado. Como hablaba sin cesar de tal proyecto y de las
antiguas dignidades en los Martel, el juez de paz de Morez,
que era uno de nuestros amigos, le dijo una noche: «Señora,
no se martillee usted así la imaginación». Después cayó en la
cuenta de que acababa de realizar un juego de palabras, el
único, á lo que creo, que se le hubiese ocurrido nunca, y el buen
hombre lo repitió en lo sucesivo más de una vez, muy satisfe-
cho de su ingenio.

De cualquiera manera que se manifiesten, merecen ser aco-
gidas con respeto estas conmemoraciones de un digno paren-
tesco. Es una herencia moral, á menudo más eficaz que la he-
rencia material. Es una saludable enseñanza. Es un resorte y
un apoyo. En todo momento y en todas las clases de la socie-
dad, se puede observar el efecto de estas reminiscencias. Ayu-

dan á las almas abatidas por un desastre á recobrar ánimos. Estrechan y corroboran los lazos de familia. Suscitan laudables emulaciones y afianzan en el corazón el sentimiento del deber.

La veneración de los chinos por el pasado; el culto de los abuelos, ¡qué costumbres tan nobles!

*
* *

Así, pues, decidióse que un día tendría yo el honor de tomar asiento en un tribunal, con el birrete y la toga, que tal vez me elevaría hasta las dignidades del Tribunal Real, ¿y por qué no hasta las supremas grandezas del Tribunal Supremo?

¿Quién no hace castillos de naipes?

Los abuelos los hacen sobre todo para sus nietos, y, á pesar de su experiencia de la vida, á menudo los viejos se engañan en sus combinaciones tanto como los jóvenes.

Sin embargo, mi abuela, al idear su cuento de la lechera, no se pone á saltar como la que llevaba el cántaro. Sabe que no puedo entrar en la magistratura sino después de largos y constantes estudios, y para que no fallen sus cuentas, cuida celosamente de sus recursos. Nada de odiosa avaricia, pero sí una rígida economía, y en sus prudentes cálculos se ve admirablemente secundada por Genoveva, una de esas buenas y grandonas sirvientes del Franco Condado que se contentan con un salario mínimo, se aficionan á sus amos como perros y trabajan como bueyes.

Muy temprano se levanta mi abuela; pero Genoveva se levanta más temprano todavía, y desde luego se pone á la faena. Genoveva va á buscar agua á la fuente, parte la leña, prepara las comidas, limpia las habitaciones, amasa el pan y lo pone en el horno, cultiva un campo de patatas, y por la noche, después de la cena, hila un buen rato.

El jardinillo, el corral, un establo en donde se ceba un cerdo, el cuadro de patatas, nos proporcionan una gran parte

de nuestros alimentos diarios. No se compran sino las cosas absolutamente necesarias. También de esta tarea está encargada Genoveva, y con ella no juegan los vendedores de Morez. Nunca deja de protestar contra el precio que la piden; simula marcharse con aire indignado, se detiene en el umbral de la puerta, disputa, regatea y consigue por fin que la hagan una notable rebaja. A veces, sin embargo, á estos rigurosos hábitos de economía sucede de repente una idea pomposa. A veces, mi abuela invita á comer al cura y al juez. Entonces entre ella y la fiel sirvienta hay largas conferencias. Se examina seriamente la lista de la comida, y, en definitiva, se calca sobre las de las reuniones anteriores. Genoveva arregla una ensalada, sacrifica un pollo, asa unas chuletas, y si á esto añade unos postres de cocina, le parece evidente que no se puede presentar un festín mejor.

Al dar las doce se ve llegar á nuestros dos convidados, sombrero en mano, rezando el ángelus. El cura, al entrar, me da un golpecito en la mejilla, en señal de afecto; el juez me mira de pies á cabeza, y afirma que desde su última visita he crecido mucho.

Según la piadosa costumbre del país, antes de sentarse á la mesa se dice una oración. Según otra ingenua costumbre, el ama de la casa anima y se esfuerza en excitar el apetito de sus huéspedes, llenándoles el plato varias veces. Uno y otro rivalizan en elogiar cada manjar, y mi abuela adopta un continente modesto, y Genoveva, que va y viene por el comedor, escucha, por el contrario, con aire de triunfo aquellas amables alabanzas.

Después llega el momento en que coloca sobre el blanco mantel, en orden simétrico, las frutas del jardín, el pastel dorado, el queso de Gruyère; el momento solemne en que se descorcha una venerable botella de vino de Liesle, cuyo color se parece al de un puro rubí. Entonces el juez de paz, que se glorifica de conocer la mitología clásica, habla de los dones de Baco. El cura le censura, riendo, por aquellos recuerdos pa-

ganos, y le invita á beber á la salud de la cristiana dueña de la casa. Sus vasos, llenos y entrechocados, resuenan con alegre tintineo, y luego son vaciados con cordial sensualismo hasta la última gota. A la segunda libación, el juez, cuyos ojos chispean, tararea entre dientes una melodía popular, y manifiesta el deseo de entonar una canción de Beranger.

El cura, que le trata como á un niño grande, le amonesta de nuevo, y, volviéndose hacia mi abuela, le pregunta el origen y la edad de aquel exquisito vino.

El juez de paz inclina la cabeza con aire de sumisión infantil; mi abuela sonrío y refiere cómo un notario de Pontarlier, propietario de las mejores viñas de Liesle y antiguo condiscípulo de su marido, le obsequió con un ciento de botellas de aquel vino selecto.

—Las reservo—añade—para las grandes ocasiones, y no puede haber para mí una más agradable que ésta.

Mi abuela es cortés por naturaleza. Tiene la cortesía de la benevolencia, la cortesía del corazón, que es la mejor de todas.

Terminada la comida, sírvese el café en tazas de porcelana que por la mañana se han sacado con precaución, una á una, del armario, y que van á ser de nuevo encerradas en él cuidadosamente.

En este momento dirijo una mirada hacia la puerta. Quisiera irme, porque sé lo que me espera. Pero no hay medio de esquivarme.

—Vamos, Max—me dice mi abuela,—recita á estos señores lo que has aprendido últimamente.

Max baja la cabeza, se rasca una oreja, juega lentamente con sus dedos pulgares y vuelve sin cumplimiento la espalda á los convidados.

—Vamos, Max—dice el cura con acento afectuoso,—no te azores: bien sabes que te queremos.

—Max—apunta el juez,—he prometido legarte mi reloj de oro, que da las horas; pero te prevengo que este hermoso re-

loj se pararía por si solo si cayera en manos de un muchacho perezoso y desobediente. Haznos ver que no tienes semejantes defectos.

Estas últimas palabras dan valor á Max; se vuelve hacia sus dos jueces, y recita precipitadamente una fábula de La Fontaine ó de Florian, después de lo cual le piden una página del *Genio del Cristianismo* ó de los *Mártires*.

Hago un nuevo esfuerzo, obedezco. El cura me escucha complacientemente, con la cabeza apoyada en el respaldo de su asiento, con las piernas cruzadas una sobre otra, golpeando con el dedo su tabaquera, como si llevase el compás; el juez de paz me escucha, alentándome con su mirada y saboreando una copita de aguardiente; mi abuela me oye con expresión de alegría y de orgullo, como si yo mismo hubiera compuesto aquellas bellas páginas que aprendiera lentamente.

—Está bien—dice el cura;—tiene memoria.

—Y da sentido á lo que recita—declara el juez.

—Espero—añade el cura—que llegará á ser un buen predicador.

—¿Por qué no un elocuente abogado?—replica el juez.

Mi abuela me llama, me arregla el alborotado pelo, me da un beso en la frente y me permite salir.

Más adelante he leído el relato de la coronación de Petrarca en el Capitolio, y pensaba que, si estuviese en mi mano, trocaría gustoso esa gloria romana por la dulzura de aquel beso maternal, recompensa de mi trabajo, coronación de mi tierna edad.

Una vez cumplida mi tarea, me precipito, con un alegre sentimiento de libertad, al jardín, y en la puerta encuentro á Genoveva, que me escuchaba también con admiración ingenua, y que se empeña en que me lleve á mi paseo los últimos trozos de sus pasteles.

Mientras tanto, nuestros dos amigos se ocupan en mi porvenir lejano, y hablan de él desde diferentes puntos de vista, con interés sincero.

Ambos pertenecen á esa noble falange de personas honradas á las que las falsas alegrías del mundo no han seducido, á las que no han extraviado por peligrosos senderos los fuegos fatuos de la ambición y de la fortuna, que hacen el bien por natural impulso, como otras el mal por una funesta inclinación. Gentes felices que, al través de las vicisitudes de la vida, conservan la tranquilidad de la conciencia, y en la sencillez de su alma parece que oyen diariamente el canto de los ángeles en las colinas de Belén: «¡Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!»

El modesto juez de Morez podía tener un puesto más importante. Ni por un instante se le ocurrió la idea de solicitarlo, ni de aceptarlo siquiera, cuando se lo ofrecieron. Habíase aficionado á aquel cantón, en donde se había granjeado la estimación general, y parecía creer ingenuamente que no podrían reemplazarle, como aquel buen viejo diputado que decía: «Si no me reeligen, se quedará la Cámara sin decano de edad».

A su muerte, me legó, como me lo había anunciado, su reloj de oro. Ahí está, cerca de mí, sobre la chimenea. Sigue dando las horas, como en otro tiempo. Suena con el mismo timbre argentino.

¡Ay! ¡Ya no son las horas de mi juventud!

El cura no podía legar nada. Daba diariamente á los pobres todo lo que tenía, hasta su ropa blanca. En su última enfermedad daba todavía lo poco que le quedaba. Los feligreses pagaron sus funerales.

De vez en cuando, en nuestra casa de la Doye, recibimos otra visita que no nos alegra nada. Es la de M. Vernois, el propietario de la fábrica en que mi padre era administrador.

Hijo de obrero y obrero él mismo á la edad de quince años, se elevó poco á poco por encima de su primera condición; por su trabajo y su inteligencia, conquistó dignamente el empleo de contramaestre allí en donde había sido simple artesano. Después se enriqueció con diversas fructuosas especulaciones.

Pero á medida que aumentaba su fortuna, se hacía más rudo en la ganancia, más afanoso en sus cálculos y más celoso de sus resultados. Al mismo tiempo, sus afortunados éxitos desarrollaban en él un orgullo insensato. Un diputado, cuya candidatura sostuvo con ardimiento, acabó de producirle el vértigo al conseguirle una cruz.

Cuando yo le conocí, tenía todas las arrogantes pretensiones y todas las ridiculeces de un tonto advenedizo. Hablaba con énfasis de la casa que había hecho construir á orillas del Biena, del mueblaje que la había puesto y de los gastos que le ocasionara el dotarla de un jardín. Durante la visita de inspección había tenido la honra de albergar en su morada al señor prefecto, y de hacer ostentación de sus nuevos cubiertos de plata. Contaba con ser nombrado alcalde; anunciaba á sus familiares la intención de presentarse algún día á la diputación, y no dudaba de que hubiese, algo más tarde, de ser elegido par. Mientras tanto, imponía la librea á sus criados, con sombrero galoneado y frac, y, en los días de ceremonia, calzón corto y zapatos con hebillas; había tomado la costumbre de firmar, antes de su apellido, con las dos primeras letras de su nombre de pila, *Denis*, lo que le constituía una bonita apariencia de partícula aristocrática. Las gentes que deseaban serle agradables se conformaban con esta indicación, y no dejaban de llamarle M. de Vernois.

Cuando el señor de Vernois venía á vernos, por casualidad, por de contado, en alguno de sus paseos en coche por los alrededores de Morez, porque un tal personaje no podía salir de su palacio expresamente para visitar á gentes modestas, entregaba con ademán arrogante las riendas de su caballo al lacayo, entraba ruidosamente en la sala en donde estaba mi abuela, y le decía, con tono altivo, llevándose un dedo al sombrero:

—Felices, señora Fraisans; ¿sigue usted bien? Me alegro mucho. ¿Siempre contenta con su casita? Tiene usted razón. Preciso es saber el contentarse con la suerte. Y este muchacho

—añadía, dirigiéndome una mirada glacial—espero que trabajará. Los pobres tienen que trabajar. Cuando sea mayor, pensaremos en él, veremos el medio de emplearle.

Después salía y se marchaba, diciendo á las personas de nuestro conocimiento con que se encontraba:

—He estado á ver á la señora Fraisans, una mujer singular, que no paga por todo lo que posee cincuenta francos de contribución, y que se da unos aires como si tuviese cuenta corriente en el Banco de Francia. Pero me intereso por ella, en memoria de Narbier, su yerno, que estuvo á mi servicio.

Y todos sus aduladores le felicitaban por tan generoso sentimiento.

Genoveva le tenía horror, y se estremecía cuando le veía aparecer. Mi abuela le recibía con austera dignidad, y no contestaba á sus interpelaciones sino con fríos monosílabos.

Sin embargo, una vez que se mostró más grosero aún que en sus precedentes visitas, alzó la cabeza y, dirigiéndole una mirada imponente, le dijo:

—Señor Vernois: yo he frecuentado en mi juventud los salones del señor Dusillet, el que fué alcalde de Dôle, que era un hombre de rara inteligencia; he sido invitada á comer á casa del señor Chifflet, primer presidente de la Audiencia de Besanzon; he tenido el honor de conocer á varios descendientes de los Tonlongeon, de los de Scey, de los Grammont, de los de Aramberg, de los Merode, las más antiguas familias del Franco Condado, que seguramente eran menos nobles y menos ilustres que usted, pero estaban mejor educados.

Si á este brusco apóstrofe hubiera replicado una palabra el glorioso financiero, mi abuela habría exclamado:

—Soy de la familia de los Martel, y usted es un quídam.

Pero se largó murmurando algunas palabras ininteligibles y estuvo un año sin volver.

Tenía un hijo único, de alguna más edad que yo, al que educaba como á un príncipe, y el cual llevaba blusas de terciopelo con bordado y grandes cuellos de encaje. Los obreri-

llos, los pilluelos de Morez, esa raza fina y burlona que se encuentra en todas partes, se mofaban de él, y en toda la población no tenía ni un amigo.

Yo, más afortunado, tenía en la Doye tres buenos amigos, en los que á menudo pienso todavía. El primero se llamaba Guillermo, el segundo Benito, el tercero *Tambor*.

Guillermo es el hijo de uno de nuestros vecinos, de un honrado y laborioso relojero que, con el solo producto de su trabajo, atiende á las necesidades de una numerosa familia. Guillermo, el mayor de sus hijos, frecuenta, como yo, la escuela de Morez. Viene á buscarme todas las mañanas; vamos y volvemos juntos. No aprende de memoria, como yo, páginas de Chateaubriand ó de Fenelon. En cambio se apodera con notable facilidad de todo lo que se refiere á la enseñanza de las cosas prácticas. Tiene una especie de aptitud innata por la mecánica; una afición particular al dibujo, del que nos dan en la escuela lecciones elementales. Tiene también una asombrosa destreza de dedos. Él es quien fabrica la mayor parte de los juguetes y de los aparatos de caza y de pesca que empleamos en nuestros días de asueto. Además es robusto y animoso. Se ha pegado por defenderme, y jamás se ha vanagloriado del servicio que me prestara. ¿Cómo no querría á un compañero tan fiel? Llegó un día, sin embargo, en que fui ingrato con él. Todavía me arrepiento de ello.

Mi segundo amigo, Benito, que habita también en una casa próxima á la nuestra, es un pobre ignorante sordomudo. Los chicos de la aldea le llaman algunas veces Lolo. Como al whip-poor-will, el solitario pájaro de los bosques de América, ese nombre se le da por las sílabas que articula: lo-lo, unas veces con acento quejumbroso, otras con un sonido ronco y gutural, según su emoción. La mayor parte de los campesinos le llaman el inocente. Este es el término caritativo con el que en el Franco Condado se designa á una persona que parece privada de inteligencia. ¿No hay en esta costumbre un sentido filosófico y una idea conmovedora? Créese que no puede pecar

el que no puede razonar, y no se le ultraja por su estado moral, no se le aplica, como en otros países, un humillante epíteto. Antes bien, se le da un agradable calificativo. Se le llama el inocente.

Benito no está desprovisto, sin embargo, de cierta inteligencia natural, pero no ha podido desarrollar el débil germen. Su madre, que era una buena mujer, le profesaba esa profunda ternura que las buenas madres consagran sobre todo á un hijo enfermo. Quería colocarle en una benéfica institución de sordomudos, y murió antes de haber podido realizar este proyecto. Al año se volvió á casar el padre, y el niño cayó bajo el yugo de una hermosa y ruda campesina, que fué para el pobre una cruel madrastra. Mirábale con implacable sentimiento de aversión. Injuriábale y le maltrataba, y no le daba con mano avara sino el alimento más mezquino y los vestidos más miserables. Hubiérase dicho que quería hacerle perecer poco á poco de hambre y de frío sin exponerse á las persecuciones de la justicia. Cierto es que su padre trataba algunas veces de defenderle. A veces al pasar por su lado le deslizaba á escondites una fruta ó un pedazo de pan; á veces iba á buscarle cuando la madrastra le había echado de la casa con un tiempo glacial, y le volvía á traer al hogar de la cocina. Pero entonces la mujer se arrebatava, gemía, amenazaba con abandonar la casa, y el desdichado hombre, en la debilidad de su amor por una joven, veíase obligado á pedir perdón por su piedad paternal.

Así vivía Benito, débil, doliente, sumiso, sin protección, sin refugio, no atreviéndose á rebelarse, no pudiendo ni siquiera pensar en ello, y protestando solamente contra los rigores que sufría con las lágrimas que corrían silenciosamente á lo largo de sus mejillas, con los dos tristes monosílabos que repetía con tono ¡plañidero: ¡Lo-lo, lo-lo! Los gritos de los hermanitos gemelos abandonados enternecieron, en las márgenes del Tíber, á la loba que les dió de mamar. Los gritos desgarradores, la palidez, la resignación del infortunado Benito no

lograban enternecer el corazón de una mujer que, sin embargo, había prometido al casarse servirle de madre.

¿Por qué hay seres que, desde su nacimiento, se ven privados de todas las alegrías de la vida y condenados á perpetuos dolores, como por una inexorable ley de expiación? ¿Por qué esa especie de castigo á quien no ha delinquido, y esa prodigalidad de bienes á quien no la ha merecido? Misterioso problema que el hombre no puede resolver, y cuyo secreto se ha reservado la Providencia. Pero los que asisten al espectáculo de estos incomprensibles y conmovedores sufrimientos son culpables si no se hacen más religiosos y compasivos.

Un día, Benito, más maltrado aún que de costumbre, se escapó de la casa paterna y maquinalmente se dirigió á la nuestra. Mi abuela, que estaba enterada de lo que sufría diariamente, adivinó, al verle tan espantado y tan turbado, la nueva tortura que acababa de experimentar. Hízole entrar en el comedor, le puso dulcemente una mano en la cabeza, como para anunciarle que aquella mano le protegería, le invitó á sentarse y le dijo, como si pudiera oírle:

—Quédate ahí: voy á ocuparme de ti; vuelvo dentro de un momento.

Después, sin ponerse el abrigo ni el sombrero, se fué á casa de la Piedrosa (las gentes de la Doye habían impuesto tal apodo á la madrastra de Benito, porque era, decían, dura como una piedra). Mi animosa abuela no trató de enternecerla, sabiendo bien que no triunfaría en aquella tentativa. Dirigióle la palabra con su gran actitud de descendiente de los Martel; le declaró que la ley castigaba severamente á los seres desnaturalizados que maltratan á los niños; la amenazó con denunciarla al juez de Morez, á la Audiencia de Saint-Claude, con hacerla prender por los gendarmes y encarcelarla. Por último, la trató de tal manera, que la mala mujer, turbada y asustada, inclinó la cabeza, pidió perdón y prometió enmendarse.

Cuando mi abuela volvió de su expedición, Benito estaba

sentado junto al hogar, y yo á su lado contemplándole en silencio, con triste compasión.

—¡Pobre muchacho!—exclamó mi abuela acercándosele;—no tiene medias.

Luego, entreabriéndole la blusa llena de desgarrones, añadió:—¡Dios mío!, no tiene camisa y su cuerpo está amoratado... ¡Maldita mujer! Oye, Genoveva... trae la bañera con agua caliente. Es preciso que este niño tome un baño. Anda, de prisa.

En un instante estuvo todo preparado, y Benito quedó limpio y confortado. Mi buena abuela ayudaba á Genoveva en esta operación. Como el samaritano, cuidaba las llagas del herido.

—Anda—dijo en seguida á su fiel sirviente,—toma de esa cómoda una de las camisas de Max. Bien. Abre ese otro cajón: encontrarás un pantalón, un chaleco, una americana que ya no usa Max. Eso es. Perfectamente. Trae ahora un par de medias, y el pobre pequeño no quedará del todo mal vestido.

Mientras hablaba así, le vestía. El niño se dejaba hacer y la miraba con una expresión de beatitud, y de vez en cuando murmuraba: «Lo, lo», con tono tan expresivo que no se le podía oír sin conmoverse.

Sentóse de nuevo junto al hogar. Estábamos en invierno, el riguroso invierno de nuestras montañas. Experimentaba visiblemente un gran goce en calentarse. Genoveva le trajo una tostada de manteca y un vaso de agua con vino. Nunca se había visto en otra el desdichado Benito. Saqué de mi bolsillo un puñado de nueces, que Genoveva me daba todas las mañanas, y se las brindé.

—Está bien, hijo mío—me dijo mi abuela, abrazándome.—Dios bendice á los que se compadecen de los pobres.

El niño, que comía y bebía con una avidez que revelaba largas privaciones, continuaba mirándonos con aire maravillado. ¡Ah, si hubiera podido hablar! Pero, ¿qué lenguaje hu-

biera sido más elocuente que el de su ingenua sonrisa y su grito de sordomudo: ¿Lo, lo?

Al atardecer, mi abuela le tomó de la mano para conducirlo á su morada. No hizo ninguna resistencia. Comprendía instintivamente que, en adelante, tenía en medio de su miseria una protectora. Tenía, en efecto, la sólida protección de mi noble abuela, y adquirió otra en la que nadie podía pensar. •

X. MARMIER

De la Academia Francesa.

(Continuará.)



CRÓNICA LITERARIA

Un bosquejo de literatura hispano-americana.—*La joven literatura hispano-americana.*—*Pequeña antología de prosistas y poetas*, por Manuel Ugarte. París, 1907.

El escritor argentino D. Manuel Ugarte, de quien alguna vez se ha hablado en estas crónicas, acaba de publicar en París una curiosa obrita, que aunque al parecer no está destinada especialmente al público español, sino al hispano-americano, puede servir á aquél para formarse alguna idea del estado en que se encuentran las letras en las Repúblicas americanas que hablan nuestro idioma. Titúlase el libro *La joven literatura hispano-americana. Pequeña antología de prosistas y poetas*, y á juzgar por la advertencia preliminar, aspira á servir de texto de lectura en las escuelas, institutos ó liceos, supongo que de América.

Es, en efecto, una antología pequeña ó breve, no por el número de autores en ella incluídos, sino por las proporciones de la colección: un volumen en 8.º menor, de 300 páginas.

Empieza la obra con una advertencia preliminar, explicando el criterio que ha presidido en su formación. Viene tras ella un prefacio extenso á modo de introducción histórica sobre los orígenes y formación de la literatura hispano-americana contemporánea, y luego comienza la antología propiamente dicha. Los autores no están ordenados por géneros ni por naciones, sino sencillamente por orden alfabético de apellidos. Los incluídos en la colección pasan de ciento, número por el cual podrá calcularse que son muy breves los trozos en-

tresacados de las obras de cada uno. Llama la atención que entre los escritores que figuran en esta antología hispano-americana estén dos filipinos.

La única explicación aceptable de ello sería que el señor Ugarte considerase á la literatura hispano-americana como una secuela ó aledaño de la castellana, y por analogía pusiese junto á aquélla algunas muestras de otra literatura incipiente, salida también del tronco español; pero me parece que el señor Ugarte dista bastante de considerar á la literatura hispano-americana como una prolongación y una rama regional ó nacional de la española. Tal vez al incluir á los escritores filipinos entre los hispano-americanos, lo que le ha guiado ha sido considerar que unos y otros corresponden á una literatura nueva é innovadora de lengua española. Por mi parte, creo que sobre la novedad y la tendencia innovadora de estas letras ultramarinas hay que hacer muchísimas reservas, y que, de cualquier modo que sea, los filipinos no deben figurar en una antología hispano-americana, es decir, en una colección basada en una determinación geográfica además de la determinación lingüística.

En la advertencia explica el Sr. Ugarte cómo ha incluido en su antología sólo escritores jóvenes, por ser éstos á su juicio los que han empezado á dar fisonomía propia á la literatura hispano-americana, y cómo en vez de una antología clásica de modelos literarios, ha preferido formar una colección en la que entren muchos autores. Así, pues, el libro del Sr. Ugarte, considerado desde el punto de vista didáctico, no es un libro de lectura para formar el gusto y el estilo, no es lo que suelen ser las colecciones de trozos escogidos usuales, sino una recopilación de muestras cuya mayor utilidad consistiría en servir de comprobación á una historia de la literatura hispano-americana, ofreciendo ejemplos de los escritores que se citarían tal vez en dicha historia. Además nos advierte el colector que algunos de los textos han sido expurgados de palabras ó frases que no cuadrarían en un libro destinado á escolares. Es decir,

que los textos literarios han pasado por una censura moral.

El prefacio es bastante extenso. Es un bosquejo de los orígenes de la literatura hispano-americana escrito con brío, pero algo superficial, poco preciso y que peca de exceso de generalidad. Ciertamente que las cuarenta ó cuarenta y tantas páginas del prefacio no permiten hacer una historia muy detallada de la literatura hispano-americana; pero el Sr. Ugarte ha debido tener en cuenta que la Historia, lo mismo en su rama literaria que en cualquiera otra, se compone de hechos. La particularidad de su ensayo consiste precisamente en que es una Historia sin hechos, sin nombres de autores ni de obras, sin datos sobre la aparición y evolución de los géneros. De ahí la impresión que deja este prefacio de que está escrito de memoria, sin haber ido precedido de aquel trabajo de investigación que es base esencial de toda labor histórica seria. Se observa además en este escrito la tendencia á salirse del campo propio de la literatura para penetrar en los de la Historia general, de la sociología, la política y la psicología colectiva ó, mejor dicho, en el de las generalidades históricas ó sociológicas, por entre las cuales se pasea ancha y desembarazadamente la abstracción. Estoy por decir que de lo que menos se habla en este prefacio es de las letras. La literatura es sin duda un fenómeno social y un producto social, pero tiene sustantividad propia; se compone de hechos de una índole especial: de escritos, de discursos, de composiciones dramáticas; y todo esto, y no sus relaciones con el estado social, es la materia primera de la literatura, es la literatura misma. Lo otro pertenece al estudio de sus causas y de sus relaciones, estudio importante, pero que no pasa de ser un complemento al de los hechos literarios, y el cual, como todo complemento, supone el conocimiento de aquello respecto de lo cual desempeña tal oficio.

El prefacio del Sr. Ugarte es digno de atención, sin embargo. Probablemente expresa opiniones bastante generalizadas entre los escritores hispano-americanos; y como va á la cabeza de una Antología que aspira á ser un texto de ense-

ñanza, puede contribuir á extender esas opiniones y aun á hacerlas pasar como artículo de fe. A los que escribimos en español nos importa hacernos cargo de los juicios que sobre el pasado y el porvenir de la literatura española se exponen en esta introducción.

El Sr. Ugarte prescinde en absoluto de los antecedentes inmediatos de la literatura hispano-americana, es decir, del estado de las letras españolas en América antes de la independencia, de lo que allí se leía y de lo que allí se producía, omisión que deja una verdadera laguna en un estudio de orígenes. Empieza examinando las causas de la separación de las antiguas provincias españolas de América, atribuyéndola principalmente á motivos económicos, y haciendo notar la vaguedad del pensamiento político en los nuevos Estados. Admite sin dificultad la opinión de Mitre de que, si se estableció la República, fué por casualidad, explicación llana, pero muy discutible, pues el ejemplo de los Estados Unidos del Norte de América y la difusión de las ideas de la Revolución francesa son algo más que casualidades. La generalidad con que se ha establecido la forma republicana en América, con contadísimas y pasajeras excepciones, de las cuales la única algo duradera ha sido la del Brasil, previene contra la fácil explicación de que el hecho se debiera al azar. Aparte de los dos motivos ya indicados (la formación de los Estados Unidos y la influencia de las ideas políticas y filosóficas que prepararon la Revolución francesa, y que ésta desarrolló y difundió por el mundo), si consideramos el estado de Europa en la época de la independencia de los pueblos hispano-americanos, salta á la vista la dificultad de que se establecieran en aquellos Estados nuevas dinastías. Pero, cerrando este paréntesis, sigamos al Sr. Ugarte en su examen de la influencia que tuvo para la formación de la literatura hispano-americana la separación de los nuevos Estados. La independencia no produjo un gran florecimiento del espíritu crítico, ni una valiente libertad de pensar, ni un cambio profundo en las costumbres; pero al facili-

tar el cambio de los productos, facilitó también el de las ideas. Este juicio es, en general, bastante exacto.

Antes de exponer las etapas del desarrollo de la literatura hispano-americana, examina el Sr. Ugarte las influencias que sobre ella se han ejercido, concurriendo á formarla y á darle los caracteres que presenta.

La primera de ellas es la influencia española. El Sr. Ugarte la concede lo menos posible, pero aun así, no puede menos de concederla mucho. Esa influencia ha dado á la literatura hispano-americana la materia prima de toda literatura, la lengua, y con ella los pergaminos, los antecedentes literarios del siglo de oro. Bien merece que nos detengamos un poco en este punto de la influencia española sobre las letras americanas, pues el Sr. Ugarte incurre en muchos errores respecto á la cultura y al carácter español; errores que serían más disculpables en los que no hablan nuestra lengua y suelen conocer nuestro pasado solamente por textos apasionados y parciales. Y cuenta que estos errores relativos á nuestra historia y nuestra cultura van desapareciendo ya en gran parte en las naciones cultas de Europa, gracias al progreso de los estudios históricos. En Francia, en Inglaterra, en Alemania, hay una legión de hispanófilos que hacen justicia á nuestra vieja y gloriosa España, y suelen ser sus más ardientes apologistas. Por eso es más sensible que continúen fieles á estos lugares comunes de la leyenda negra española, pasados ya de moda y refutados por la Historia, los que al cabo á nuestra raza pertenecen, y en gran medida participan de nuestras virtudes y defectos, no menos de éstos que de aquéllas, pues hasta el hablar mal de España y tener en poco las cosas propias es defecto español observado desde tiempo de los romanos.

Dice, por ejemplo, el Sr. Ugarte que la cultura española es una cultura unilateral y basada en la teología, y lo dice tratando de influencias literarias. La teología algo influyó efectivamente en nuestras letras, haciendo posible que se escribieran dramas como *El condenado por desconfiado*, dentro del

cual hay una tesis teológica. Pero ¿qué tienen que ver con la teología otros géneros, ni qué hay de unilateral en el espléndido, vario y multiforme desarrollo que los principales de ellos alcanzan en el siglo de oro? Ni la novela, ni la mayor parte del teatro, tan fecundo y variado, ni una grandísima porción de la lírica, deben nada á la teología, ni tienen que ver nada con ella, ni adolecen tampoco de la monotonía ó sentido unilateral que el escritor argentino achaca á nuestras letras.

Otra cosa observo en los párrafos que dedica éste á la influencia española, y es que habla de España como de una nación extinguida que pertenece enteramente al pasado. Al presente español no le considera digno, por lo visto, de tomarlo en cuenta. El presente tiene, en lo tocante á las letras, nombres como los de Galdós, Palacio Valdés, la Pardo Bazán y Blasco Ibáñez, en la novela; como el de Benavente, en el teatro; como el de Menéndez y Pelayo, en la erudición; tiene, en los géneros que mayor predicamento alcanzan en la literatura contemporánea, ó sea en el dramático y el novelesco, una falange de cultivadores nuevos, que con quien menos parentesco espiritual tienen, seguramente, es con nuestros grandes teólogos antiguos, y que en cambio lo tienen más ó menos cercano con los innovadores de las letras europeas. En ninguna esfera es más falsa que en las letras esa imagen de la España petrificada en su ser y atavío de antaño. Hay que borrar de una plumada, para sostener eso, la mayor parte de la literatura española contemporánea.

Todo eso de que España es una fuerza de reacción, que se obstina «con noble testarudez» en vivir fuera del progreso moderno, que desdeña el progreso material y las investigaciones científicas, y se mantiene «al margen de la vida moderna, *obsedida* por el cetro y el sol de veinticuatro horas», y otras cosas del mismo jaez que ensarta el Sr. Ugarte, son especies por el estilo de las de la España de pandereta y navaja en la liga, de los viajeros, ó mejor dicho, de algunos viajeros literatos de hace sesenta años, con la desventaja de ser estas de ahora me-

nos pintorescas y no tener la disculpa que entonces podía dar á semejantes fantasías nuestro aislamiento. Se necesita no haber leído ó haber olvidado la literatura española de nuestros días, ignorar los hechos de nuestra historia contemporánea y desconocer manifestaciones del estado social tan ostensibles como el carácter de la prensa española, para sacarnos á estas alturas vestidos á usanza del siglo xvii, y casi casi con la venera del Santo Oficio á los pechos. Parece mentira que el Sr. Ugarte, que en otras cosas discurre como discreto, acoja y propale semejantes desatinos.

Tanto como desdeñoso con la influencia española, se muestra rendido con la francesa. Todo es humildad en esta parte. Francia ha conquistado á América con sus libros. La América española es una colonia intelectual de Francia, un discípulo respetuoso, que la ha seguido hasta en sus errores. Según el Sr. Ugarte, por una coincidencia difícil de explicar, se ha dado el caso de que el pensamiento francés traduzca todos los matices del alma americana. La explicación no es tan difícil. Hasta en esto son los americanos de nuestra raza, mucho más españoles de lo que se figuran; porque también nosotros hemos experimentado, y experimentamos en grande escala, esa influencia francesa. El secreto de ella está en una literatura sensual, de clara y equilibrada belleza, fácil, ligera, mediterránea, en una lengua que es la lengua universal de los cultos y de los semicultos, y en un París cosmopolita que es el más agradable Corinto moderno. Todo esto ha dado á las letras francesas una enorme influencia, no sólo en los pueblos de habla latina, sino en las naciones todas.

Lo que deben los escritores americanos á esta influencia es, según el Sr. Ugarte, la flexibilidad, la amplitud, el atrevimiento y la frescura, la independencia y la atractiva novedad del estilo; en una palabra, el *savoir faire* literario. Respecto de la novedad hay que hacer muchas reservas, pues abundan los escritores hispano-americanos que parecen literatos franceses mal traducidos. No obstante su ferviente admiración á

Francia, el compilador de la antología no deja de reconocer que la influencia francesa tiene algún punto malo. El aspecto en que se fija es el moral. La descatolización de Francia, según el escritor argentino, ha sido demasiado rápida y ha producido un eclipse de la moral eterna, una vida sexual febril que se traduce en una literatura licenciosa. Sin negar la exactitud de esta observación, hay que añadir que, fuera de los dominios de la ética y en el orden puramente literario, el exceso de esa influencia ha quitado carácter y personalidad á la literatura hispano-americana, reduciéndola á una literatura de imitación.

De otras influencias dice muy poco el Sr. Ugarte, y á continuación pasa á bosquejar los distintos períodos ó etapas de las letras hispano-americanas. Ve primero un período en que la literatura apenas ofrece relieve. Los literatos de la Revolución no tienen otro mérito que el entusiasmo. Les acusa el señor Ugarte de un «patriotismo estridente» y un orgullo desproporcionado con la importancia de los pueblos y de las empresas que cantaban. El sangriento período de las luchas intestinas no permite que se preste atención á las letras. Se necesita que empiece á restablecerse la calma para que la literatura vuelva á ser cultivada. Aun así, no pasa de ser un entretenimiento, un talento de sociedad, hasta que aparecen los primeros escritores de alguna originalidad, á los cuales concede el Sr. Ugarte el señalado mérito de que, escribiendo mal, acostumbraron á las gentes á prescindir del purismo.

Esto del purismo es una manía muy general entre los escritores hispano-americanos á la moderna, que, como suelen ser bastante incorrectos y no se avienen á confesarlo ni á enmendarse, se figuran que los españoles andamos agarrados al diccionario á todas horas y vivimos con la preocupación constante de escribir como se escribía en el siglo xvi. Bien lejos de eso, el purismo y aun el decir castizo se van haciendo cada día más raros entre nosotros. Si resucitara Baralt podría aumentar copiosamente su diccionario de galicismos; y en lo que

toca á la construcción y al giro de la frase, harto notorio es que la mayor parte de los escritores españoles modernos de alguna nota no buscan precisamente sus modelos entre nuestros clásicos ni les salen de dentro párrafos cervantinos.

El Sr. Ugarte se figura, y con él muchos otros, que el castellano carece de palabras equivalentes á muchas expresiones francesas, por lo cual es forzoso valerse de éstas cuando llega el caso. Ciertamente que las lenguas no pueden encerrarse en un rígido proteccionismo que rechace toda mercadería extranjera; pero lo que ocurre en la mayoría de las ocasiones es que, por ignorancia ú olvido de nuestro léxico, van cayendo en desuso muchos vocablos españoles apropiados y expresivos y son suplantados por voces extranjeras que no traducen mejor el concepto. Los mismos ejemplos que pone el Sr. Ugarte lo demuestran.

A su juicio, no pueden hallarse en castellano palabras equivalentes á *boudoir*, *enhardir*, *prelevement*, *chalet*, etc. Lo de *chalet*, por referirse á un género especial de construcción usado en un país determinado, puede pasar, y la palabra ha entrado ampliamente en el uso; pero *boudoir* dice sobre poco más ó menos lo mismo que tocador ó retrete de una dama, y es de notar cómo la última de estas voces, que es la menos usada y la más castiza, concuerda con la etimología que da Littré al sustantivo *boudoir*. *Prelevement*, ¿qué otra cosa es que deducción ó descuento? Y *enhardir*, por mucho misterio que quiera verse en este verbo, es tanto como enardecer, animar, alentar. Lo propio ocurre con muchas otras palabras, con mayor razón reputadas de intraducibles, y que andando el tiempo llegarán á sustituir á las de cepa castellana por el injusto olvido en que éstas han caído, no porque se careciese de ellas.

Volviendo á las etapas de la literatura hispano-americana, nos encontramos con que después de un maremágnum de tendencias y escuelas de los que el Sr. Ugarte llama personales, y que no lo serían tanto cuando unos eran parnasianos, otros románticos, otros griegos y otros no sabemos qué cosas,

aparecen el decadentismo y el simbolismo, que son el origen de la moderna literatura hispano-americana y consuman «su anexión espiritual á Europa», aunque estas tendencias, exageradas por «el meridionalismo regional», hayan dado de sí no pocos extravíos y extravagancias.

En la actualidad, según el escritor argentino, la literatura hispano-americana se distingue por cuatro caracteres: la renovación del idioma, la tendencia á tratar las cuestiones sociales, la orientación hacia una literatura normal, es decir (porque esto requiere explicación) el apartamiento de la extravagancia y la afición á los buenos modelos, y la propensión á utilizar los asuntos nacionales dentro de las formas de un arte europeo. Mucho espera el Sr. Ugarte de la literatura de la cual nos ofrece este vago bosquejo. Por lo pronto, los jóvenes han hecho con su pluma una bandera, han creado una patria intelectual y preparan el camino á una literatura que, por las circunstancias especiales de concurrencia de diversas razas, por la actividad de estos nuevos pueblos americanos y por la fuerza de su juventud, puede ser de las más brillantes del mundo.

Aun no son llegados estos tiempos. Lo que se saca en limpio por lo pronto del estudio del Sr. Ugarte es que la literatura hispano-americana es una literatura de imitación dominada por la influencia francesa. Y nótese que el Sr. Ugarte habla de literatura y no de literaturas hispano-americanas, lo cual envuelve el concepto de que la diferenciación entre las de los diversos pueblos de la América española no se ha operado aún lo bastante para dar personalidad á cada una. El vínculo que las une es un vínculo eminentemente español; como que es el idioma.

De la antología poco hemos de decir. No se puede juzgar de una literatura por una antología de 300 páginas, en que hay incluidos más de cien autores. En realidad, reserva pocas sorpresas al público europeo. Los que sobresalen en ella son los escritores conocidos ya en España: Rubén Darío, Gómez Carrillo, Chocano, Amado Nervo, Rodó, entre los prosistas.

Desde luego los poetas llevan gran ventaja á los prosadores. Entre los primeros hay muchos que muestran inspiración, delicadeza, bellas imágenes. La índole de la antología no permite apreciar el desarrollo de los dos grandes géneros modernos, la novela y el teatro; pero es sabido que éstos todavía se hallan en estado rudimentario en la América española, donde sólo la poesía lírica tiene brotes robustos y lozanos, fenómeno bien explicable por ser la lírica un género de juventud, la edad de esa literatura naciente.

E. GÓMEZ DE BAQUERO

REVISTA DE REVISTAS



SUMARIO.—BELLAS ARTES: La estatuificación.—CUESTIONES SOCIALES: La liga de los compradores.—LINGÜÍSTICA: Las onomatopeyas.—IMPRESIONES Y NOTAS: Una amiga de Sainte-Beuve.—El testamento filosófico de Sully-Prudhomme.—Máximas del emperador Guillermo.—La «frase» ó la «palabra» de Cambronne en Waterloo.—Timbales y timbaleros.—Las naciones, según Saint-Saëns.—El lavado y la vida.—Los tenores.—El matrimonio y el malthusianismo.

BELLAS ARTES

LA ESTATUIFICACIÓN.—¡Qué sentidos, y qué sinceros, y cuán dignos de atención son los párrafos que ha dedicado el inimitable Cavia al olvido en que se tiene á Campoamor, sin pensar en erigirle una estatua! Si hay algún poeta del pasado siglo que la merezca plenamente, no creemos que, después de Zorrilla, haya nadie que se atreva á disputar ese derecho á Campoamor. Cavia se apresuró á lanzar en 1901, recién muerto el autor de las *Doloras*, un llamamiento al público para que se erigiese un monumento entre las frondas del Retiro al inmortal poeta; y aunque es seguro que todos los corazones vibraron al unísono con el de Cavia al leer su artículo, sus excitaciones carecieron de eficacia, y el monumento está todavía por hacer. ¿Y cómo no, si ahí está «muerto de risa—y de vergüenza—en las columnas de la *Gaceta*» todo un real decreto, pomposamente firmado por S. M. el Rey, para alzar en Madrid el monumento conmemorativo del *Quijote*, en honor de Cervantes, sin que hayan valido indirectas ni recordatorios de todas cla-

ses para que nuestros Gobiernos se preocupen de cumplir lo entonces ordenado en un arranque de lirismo puro y de patriotismo sin mezcla? Cavia ha llegado á apelar á un recurso supremo, al mismo que tan excelentes resultados ha dado á Pando y Valle para obtener el nuevo *avatar* de la Unión Iberoamericana: la mujer; pero nadie ha respondido tampoco á este nuevo llamamiento, tal vez porque ya no quedan duquesas Carmen ni Rosarios que sepan hermanar el culto al arte grande con las exquisiteces de la vida; y seguimos esperando en vano al Jesús que haya de resucitar á este Lázaro.

¿En qué consiste esta indiferencia? El asunto merece dilucidarse. Estamos precisamente en un tiempo en que el arte pagano por excelencia, la escultura, se halla, si no en el grado de predicamento que llegó á tener en el siglo de oro de Grecia y Roma, en un estado de florecimiento que difícilmente será sobrepujado en el porvenir, dadas las tendencias y orientaciones de la sociedad moderna. Hoy nos preocupamos de los victoriosos del día, y deseamos exhumar los victoriosos del pasado. Sin salir de Madrid, vemos con satisfacción que esta corte de las Españas, en la que hace unos cuantos lustros no tropezaba el transeunte con otros monumentos que con los erigidos á deidades del paganismo, como Cibeles y Neptuno, ó á reyes desdichados, como Felipe III y Felipe IV, se encuentra ahora poblada de recuerdos monumentales, en los que la nación procura pagar las deudas contraídas, ya con sus artistas favoritos, Velázquez, Murillo y Goya; ya con sus autores predilectos, Cervantes, Lope, Calderón, Quevedo; ya con sus redentores políticos y sociales, Mendizábal, Bravo Murillo, Argüelles, Salamanca; ya con los defensores de la patria, Daoiz y Velarde, Ruiz, Bazán; ya con sus sabios y filántropos, Colón, Poncejós, Benavente, Rubio; ya con sus reyes más grandes, Isabel y Fernando los Católicos; ya con sus ídolos de un día, Espartero, Cristina, Concha, Martínez Campos, Cánovas ó Cassola.

Como se ve, comparando el presente con el pasado, no tenemos derecho á quejarnos. Es verdad que si de pronto esta-

llara un cataclismo que diera al traste con todo lo existente, sin dejar rastros ni reliquias en libros ni en documentos de ninguna clase, algo así como una erupción monstruosa que hiciera del mundo entero una nueva Pompeya, ó como otro diluvio universal del que sólo se salvaran, con la familia del nuevo Noé, las estatuas existentes, los historiadores del porvenir, al intentar reconstituir nuestra historia por medio de tales monumentos, cometerían las mayores injusticias y redactarían la historia más fantástica y disparatada. Los reyes más gloriosos, á quienes España debería la mayor gratitud, serían Felipe III y Felipe IV, los que nos llevaron en derechura á las vergüenzas del proyectado reparto de La Haya; no habría ni un recuerdo para Fernando III el Santo, ni para Alfonso X el Sabio, ni para los mundiales Carlos V y Felipe II, ni para el gran Carlos III, ni siquiera para Pelayo; en cuanto á guerreros insignes, quedarían borradas las legendarias figuras del Cid, Bernardo del Carpio, el Gran Capitán, Cortés, Pizarro, Alba, Mina, Prim; y en materia de grandes políticos sólo aparecerían Argüelles y Cánovas, y así de todo lo demás. ¡Graciosa historia la que de tales documentos sacarían los eruditos del siglo xxx!

Hay evidentemente en los tiempos actuales fervorosos anhelos de regeneración, ardientes aspiraciones de justicia y firmes resoluciones de saldar nuestras cuentas de gloria con todos nuestros acreedores. Pero en medio de este hervor de nobles sentimientos, y en la imposibilidad de atender á la vez á todos, suelen abrirse paso las aspiraciones menos fundadas, aunque no faltas de fundamento. De ahí que Martínez Campos tenga su monumento antes que el Cid y que Hernán Cortés; éstos han esperado tantos siglos, que bien pueden esperar alguno más. Calientes aún las cenizas de Cánovas, se echaron los cimientos de su monumento, mientras que nuestros grandes legisladores y oradores de las Cortes de Cádiz esperan todavía el suyo. ¿Quién sabe si esta erección de monumentos á todos los que lo merecen se halla en razón inversa de los merecimien-

tos mismos? ¿Por qué Cánovas tiene ya su estatua, y Castelar está esperando todavía la suya? ¿Por qué Moret cuenta en vida con un monumento, y del de Maura no habla todavía nadie? ¿Por qué Sagasta tiene en su tierra natal una estatua, y Gamazo no cuenta con otra en la suya? Misterios son éstos difíciles de sondear, y no son de sorprender para quienquiera que conozca algo de la psicología de las multitudes, de los bastidores de la política y del estudio de los caracteres. Cuando uno ha logrado llamarse el Cid ó Castelar, Cervantes ó Campoamor, un monumento de más ó de menos nada añade á la gloria conquistada, y lo único que revela es el mayor ó menor acierto de quienes lo erigen al escoger aquella figura con preferencia á otra para rendirla culto; cuando se corre riesgo de ser olvidado, ó no hay motivos reales para que á uno se le recuerde, es cuando corre prisa el verse en mármol ó en bronce para hacerse la ilusión de salvarse del olvido. Sintamos por los contemporáneos la ingratitud que revela el retraso en el pago de las deudas contraídas con los grandes hombres del presente ó del pasado; en cuanto á estos hombres mismos, cuando se llaman Castelar ó Campoamor, nada temamos por estatua más ó menos. Pasa con esto lo que con las condecoraciones, lo que con los altos cargos políticos ó académicos: cuando se considera lo que significa una gran cruz de una Orden nacional, un acta de diputado ó senador, un cargo de ministro ó un puesto de académico, se siente uno inclinado al respeto y á la veneración hacia los privilegiados que logran obtener tamaños favores, y se ambiciona como máximo honor ocupar uno de esos puestos. Cuando luego se ve la colección de personajes fantoquescos que ostentan semejantes honores y se pavonean con ellos, se llega al supremo desprecio de tales honores. ¿No contribuirá en gran parte á que ciertas ideas y propósitos no tengan la debida realización el estado de ánimo que produce el espectáculo de estas miserias humanas, cada vez más visible y patente por los mayores medios de publicidad y la mayor participación de las gentes todas en las funciones de la vida social?

CUESTIONES SOCIALES

LA LIGA DE LOS COMPRADORES.—Toda transacción comercial supone dos partes—dice la señora Molls-Weiss en *La Revue*:—el productor y el consumidor. Hasta hace pocos años, el que pagaba lo que le pedían por lo que compraba, cuidándose de pagarlo lo menos caro posible, se creía libre y quitado de todo otro deber; no pensaba en el desdichado obrero, triturado en el engranaje de la transacción por las exigencias de la ganancia del patrón y de la baratura reclamada por el consumidor.

Los poetas y los novelistas nos ha conmovido con el modesto y limpio cuartito de la obrera y con la vida de familia de los obreros. ¡Qué abismo entre lo pintado y lo real! La obrera, trabaje en su casa ó en el almacén, nos ofrece poco más ó menos el mismo aspecto: en el almacén desde las ocho de la mañana, de pie todo el día, tiene una hora para comer á medio día una raja de salchichón y un pedazo de pan en un banco de plazuela ó á la sombra de una puerta cochera; á las siete de la noche deja el taller—si no hay velada suplementaria—y tiene que echarse al cuerpo la larga caminata que la permite llegar á su cuarto, trepando por la interminable escalera, que la arroja jadeante y sin aliento en el descansillo del último piso. ¿Dónde están las flores, el canario, los muebles relucientes, los retratos de familia que describen las novelas? En ninguna parte: la cama está sin hacer; en la mesa están los restos del desayuno tomado á escape; entre el hambre y el cansancio, la pobre vacila; ingiere lo que tiene á mano y se duerme fatigada, para volver á empezar la misma vida al día siguiente.

Según los cálculos de D'Haussonville y Benoist, la obrera se alimenta con 65 céntimos diarios, que en las épocas de falta de trabajo tienen que reducirse todavía á 20 céntimos de pan. Este presupuesto es el siguiente: Por la mañana: leche, 0,05;

pan para todo el día, 0,20. A mediodía: morcilla, 0,10; patatas fritas, 0,05; queso, 0,10. Por la noche: salchicha, 0,10; patatas, 0,05; total, 0,65. Y eso ¡a los veinte años, cuando se come con tanto apetito! Los alimentos, que son el combustible de nuestro cuerpo, son insuficientes, y el hogar se sostiene á expensas del organismo, cuyos repuestos y reservas consume hasta aniquilarlo.

De las 2.300 á 2.500 calorías que son *indispensables* para asegurar su vida, la obrera no tiene más que 2.180, y el resto lo toma de su propio cuerpo, que se desgasta y se consume. La obrera de diez y seis años, suponiendo que asimile completamente todos sus indigestos alimentos, carece diariamente de 220 calorías; la obrera de diez y ocho años, de 420 calorías.

Y lo mismo sucede si, en lugar de ir al almacén, trabaja en su casa: las sábanas con vainillas se las pagan á 35 céntimos cada una; la docena de cuerpos, 1,60, ¡y tiene que poner los corchetes y el hilo! Ciertas faldas de grandes volantes, montadas á plieguecitos, se pagan de 75 á 80 céntimos la pieza. Para estas labores tiene la pobre muchacha que trabajar sin levantar cabeza desde que amanece hasta la media noche, cosiendo, cosiendo y cosiendo, «no para vivir, sino para no morir». Y así se llega no sólo á la muerte de la infeliz costurera, sino al odio del trabajo, al odio del esfuerzo, de lo que debe ser nuestro consuelo y nuestro orgullo: el noble y santo trabajo.

Y lo que pasa en París sucede en Berlín: los corsés baratos se pagan á 2,80 marcos la docena, por diez y ocho horas de trabajo; un traje de niño, que exige seis horas de trabajo, se paga á 1,07 francos, de lo que hay que rebajar el hilo, el carbón y la luz; los pantalones de adolescentes, á un franco la docena, saliendo á céntimo y medio por cada hora de trabajo; doce docenas ó una gruesa de portamonedas ordinarios producen 1,88 francos, y exigen quince horas de trabajo. En provincias ocurre lo mismo: los contratistas de juguetes de Sonnenberg, los de relojes de la Selva Negra hacen tratos espan-

tosos, que apenas dejan á los desdichados fabricantes caseros con qué vivir.

¿Por qué toda una población ha de someterse así al monstruo de la industria moderna? En los Estados Unidos, comprobada la existencia de hechos semejantes á los relatados de Francia y Alemania, comenzaron á formarse Ligas de consumidores, cuyo programa se resume en las bases siguientes: 1.^a Está en el interés de la comunidad que todos los trabajadores reciban, no el salario más bajo, sino el que les permita vivir bien. 2.^a El consumidor es el responsable de los males que sufren los asalariados, por ser quien se empeña en comprar barato, sin cuidarse de las condiciones en que se obtiene esa baratura. 3.^a El deber del consumidor es averiguar cómo se fabrican los artículos que compra y exigir que esas condiciones sean morales y permitan al trabajador vivir convenientemente. 4.^a Este deber incumbe especialmente á los consumidores de artículos fabricados por mujeres, por ser las más explotadas. 5.^a La Liga no patrocinará sino los almacenes que se ajusten al tipo de *una buena casa*.

Este tipo de *buena casa*, aprobado en 1891, es el siguiente: *Salario*: en el departamento de mujeres el minimum es el de 8 duros para las adultas expertas y el de 6 para las demás, pagado por semanas, y sirviendo las multas para un fondo de reserva en beneficio de los empleados. *Horas de trabajo*: desde las ocho de la mañana hasta las seis de la tarde (con tres cuartos de hora para almorzar á mediodía); respeto completo del domingo, y medio día de vacaciones por semana durante dos meses del verano; las horas de trabajo suplementario se pagan aparte. *Higiene*: las piezas destinadas al trabajo, á la comida y al descanso han de estar separadas convenientemente; las obreras podrán sentarse. *Otras condiciones*: Una buena casa exige que las relaciones entre amos y empleados sean verdaderamente humanas y dignas; que los servicios fieles durante muchos años sean remunerados en su justo valor, y que los niños de menos de catorce años no sean admitidos al trabajo.

Los resultados de la acción de las Ligas, que hoy son ya 53, no han podido ser más eficaces con la publicación de listas de las *buenas casas*, que ha interesado en el asunto á fabricantes, talleres y consumidores, contribuyendo en gran manera á la mejora de las clases obreras y al bienestar general. La señora Bruhnes, por su parte, fundó también en París en 1902 la *Liga social de los compradores* con este triple objeto: 1.º Sostener y alentar á los patronos, aislados ó sindicados, en su deseo de mejorar las condiciones del trabajo. 2.º Sostener á los obreros en sus reclamaciones legítimas. 3.º Transformar una función puramente económica, la compra, en una acción social por la educación de los compradores.

Para lo primero publica como los americanos *listas blancas* de patronos, reservándose el derecho de tachar los nombres de los que no mantengan sus compromisos, que consisten en no hacer trabajar normalmente hasta más de las siete de la tarde, y en ningún caso, por apuro que haya, hasta más de las nueve; en no dar á los obreros trabajos que terminar en casa, y en respetar el descanso del domingo. En cuanto á los obreros, además de animarlos á formar asociaciones, les reclama materiales de estudio para sus informaciones, que se publican en el *Boletín de la Liga* trimestralmente; así se han publicado las relativas á las costureras y sastres, á las planchadoras y á las habitaciones en los sextos pisos, obteniendo la supresión de las propinas en las peluquerías, la fijación de jornales, etc.

Este *Boletín*, al mismo tiempo que sirve á los obreros de vocero, instruye á los compradores sobre muchas cosas que ignoran ó sobre las que no han reflexionado, completando estas instrucciones ciertos *tracts* sencillos, claros y firmes, que graban en el espíritu concisamente las enseñanzas que contienen. He aquí, como ejemplo, dos de estos *tracts*:

«*Contra el paro.*—Después del exceso de fin de año vienen los dolorosos paros del invierno, Enero y Febrero.

»Si las patronas despiden en pleno invierno á muchas de sus obreras, es culpa nuestra.

»Si esas obreras sin trabajo sufren hambre y frío, es culpa nuestra.

»Reservemos nuestros arreglos de trajes y algunos de nuestros encargos para los meses de Enero y Febrero.»

¿No revela esto una laudable previsión y no es un excelente consejo que todas las señoras deberían seguir?

«Comprar vestidos cuyo precio de hechura y origen son desconocidos es favorecer la explotación de los obreros y obreras á domicilio; á veces es comprar la tuberculosis, la difteria ó la escarlatina, y traerlas á casa.

»Las mayores casas de modistos poseen, no un taller de confección dependiente de sus almacenes, sino sólo un cuartito de retoque donde los trajes y abrigos se cortan y rectifican; todos los vestidos están cosidos por obreras que trabajan en su casa.

»Al pasar por la Avenida de la Ópera, la calle Auber, etc., observad las impostas que se abren al ras de las aceras, por bajo de las tiendas de los sastres: allí está el taller de retoque, en un local exiguo, vecino de los sótanos, alumbrado por gas desde por la mañana. La renovación del aire es allí imposible; el polvo levantado por los transeuntes se mete por las impostas que sirven de ventanas al taller; ese polvo, malo y sucio hasta no más, no tiene probabilidad de ser expulsado; es aspirado por las obreras y se fija en los vestidos del cliente.

»Esos talleres de retoque constituyen un peligro real para la clientela.

»Todavía más deplorable es la higiene de los talleres caseros donde confeccionan nuestros trajes: tristes cuartos que sirven de cocina, de dormitorio y de taller á toda una familia obrera; oscuros chiribitiles donde pobres tuberculosos impregnan con su sudor y su aliento los ricos vestidos que cosen, y donde los trajes, antes de ser probados y enviados, descansan en la cama del niño atacado de escarlatina ó de difteria.

»La cuestión de la higiene del comprador está ligada con la de higiene de los trabajadores.

»Bastante tiempo ha sido engañada la clientela por los seductores escaparates y los elegantes salones de prueba; bastante tiempo ha sido cómplice ignorante y descuidada de una explotación homicida y juguete de patronos, *dispensadores* de tuberculosis. Hoy pedimos que los sastres y los modistos tengan, como nuestras más modestas costureras, talleres de confección en su casa, instalados á su costa.

»Queremos saber y ver dónde se hacen nuestros vestidos.»

¿No habría en Madrid quien tomara la iniciativa para organizar una Liga semejante? ¡Buena falta hace!

LINGÜÍSTICA

LAS ONOMATOPEYAS.—Interesante es el estudio que sobre las onomatopeyas ha publicado el sabio profesor dinamarqués Cristóbal Nyrop en el *Boletín de la Real Academia de Ciencias y Letras* de Copenhague, que con gusto extractamos y completamos á continuación.

Las onomatopeyas son voces *imitativas*, palabras que pretenden imitar, por los fonemas de que se componen, ciertos ruidos naturales, como los gritos ó cantos de los animales, el estruendo de las máquinas, el sonido de los instrumentos de música, etc. La onomatopeya es siempre una *aproximación*, nunca una reproducción exacta, y no puede ser otra cosa. La mayor ó menor exactitud depende de la dificultad que presenta el ruido imitado. Hay gritos de animales que se imitan fácilmente con la voz humana; así, en casi todas las lenguas, la oveja dice *bée* ó *mé*; el gato *miau*, *ñao*, *nao*, y estas imitaciones son bastante satisfactorias. Otros, en cambio, son muy distintos de un país á otro. Nyrop cuenta que paseándose una vez por el campo con un amigo francés y viendo unos patos en un estanque, dijo imitando el habla de los niños daneses:

—He ahí *rap-rap*.—¿Cómo?—dijo el amigo francés,—¿qué es eso de *rap-rap*? Esos son patos, y los patos dicen *cuen-cuen*; un pato que sepa hablar jamás dirá *rap-rap*.—¿Quién había de pensar que un *cuen-cuen* (también *cuan-cuan* y *can-can*) y un *rap-rap* eran la misma cosa?

Entre las onomatopeyas más conocidas figuran las siguientes:

El *cordero*: en griego, *bee*; en rumano, *be he he*; en italiano, *bé, be*; en castellano, *beée, beée*; en catalán, *be-be*; en inglés, *bee* (*baa*), y en dinamarqués, *boeh* ó *moeh*.

El *perro* parece haber dicho *bau, bau*, en las lenguas clásicas; en rumano dice *ham, ham*; en italiano, *bu, bu*; en castellano, *guáu, guáu*; en catalán, *bup, bup* (ó *but, but*); en inglés, *bow, wow*, y en danés, *vov, vov*.

El *gallo* dice en rumano: *kukurigú*; en italiano, *kikkiriki*; en castellano, *kikiriki*; en catalán, lo mismo y *kokorosí*; en inglés, *cock a doodle doo*, y en dinamarqués, *kikiliki*.

La *corneja* (ó el cuervo) en rumano dice: *kár*; en italiano, *gra, gra*; en ruso, *kark*; en inglés, *kav*; en danés, *kra, kra*.

La *rana*: en griego dice: *koaj, koaj*; en rumano, *oacaca*; en italiano, *gra, gra* ó *brè, bre*; en castellano, *koá, koá*.

La *vaca* parece haber dicho *mú*, entre los antiguos; en rumano dice también *mú*; en castellano, *muú*; en catalán, *muúu*; en italiano hace *mah, mah*; en inglés, *bu, muh*, y en danés, *buh, böh*.

Como se ve, hay onomatopeyas que difieren de una lengua á otra, lo que basta para demostrar que en no pocas ocasiones son puros convencionalismos. ¿Quién puede decir con precisión á qué grito se refieren los milaneses cuando dicen *qua-qua*? Este grito imita la voz de las ranas, pero también la del cuervo, mientras que en Suecia las ranas dicen *kuak kuak* y las cornejas *kraj kraj*. La convención y la tradición influyen de tal modo en nosotros, que nos sugestionan haciéndonos oír lo que no existe. Grammont cuenta que, oyendo un día á un cuco, rogó á un amigo que prestara atención para ver si decía

realmente *ku kú*. — ¿Y qué quieres que diga un cuco sino *ku kú*? — Prestó atención, y afirmó de nuevo que el cuco decía *ku kú*.—Pues yo aseguro, dijo Grammont, que no oyes *ku kú*, sino *u ú*, con ligera diferencia de entonación, pero sin *k* de ninguna clase.—Apreciado de nuevo el hecho, el amigo reconoció que, efectivamente, el cuco sólo decía *u ú*. El mismo Grammont cita un hecho bien concluyente respecto al influjo del hábito en nuestras percepciones: cuando escuchamos el movimiento de un reloj, nos parece oír perfectamente *tic-tac, tic-tac*; pero si dice *tic-tac* cuando se le oye, empezando por el golpe hacia la derecha (*tic*) y acabando por el de la izquierda (*tac*), resultará que si se empieza al revés, oyendo primero hacia la izquierda y luego hacia la derecha, debe oírse *tac-tic, tac-tic*; y, sin embargo, se sigue oyendo *tic-tac, tic-tac*.

Las onomatopeyas se componen de una, dos ó más sílabas. En las bisílabas se observa que hay repetición de los mismos sonidos (*kri-kri, ku-ku, chin-chin, pon-pon, tlin-tlin, tin-tin, pum-pum*) ó cierta alternancia armónica; en este caso la alternancia bisílaba suele empezar por *i* y acabar por *a*, que es lo más corriente (*pif-paf, tic-tac, chis-chas, tris-tras, din-dan, zig-zag*), ó bien por *o* (*din-don*), ó por *u* (*pim-pum*); nunca se da el caso contrario *a-i*; si la alternancia es trisílaba, las vocales son casi siempre *i-a-u* (*pim-pam-pum, pif-paf-puf*); y si tienen más sílabas, suelen llevar todas la misma vocal (*kikirikí, tantarantán, tontorontón*). Son contadísimas las excepciones de estas reglas en todas las lenguas. Los poetas aprovechan la sensación eurítmica provocada por la repetición de determinados sonidos para producir un efecto pintoresco.

Con las onomatopeyas se forman sustantivos (*taf-taf* = el automóvil), verbos (*froufrouter* en francés, *tranlarear* ó *cacarear* en castellano) é interjecciones (*¡chst!, ¡uff!*), y en el lenguaje infantil desempeña importantísimo papel (*tata, mama, papa, titi, pipi, guau-guau*, etc.).

Además de las onomatopeyas formadas por la imitación más ó menos convencional de los gritos de los animales, exis-

ten y pueden citarse otras muchas de instrumentos de música, armas y ruidos diversos. Así el cañón dice *pum, pum* (1); la campana, *din-dan, din-don, dilín-dilán, dilín-dilón*; el cuerno de caza, *tran-tran*; el fusil, *pin-pan* ó *pif-paf*; la campanilla ó timbre, *drlin-drlin, tilín-tilín, tin-tin*; el tambor, *plam, plam, plam, rataplán* ó *plam-plam* ó *ram-ram-ram cataplán*; la trompeta, *tarará, tirirí*; el violín, *flouflou, krinkrín, viviví*; el agua de un arroyuelo al deslizarse entre guijarros, *cli-cla-clo-clu*; el bofetón, *clic-clac*; la rotura de una cosa, *chis-chas*; el estornudo, *hachis etchi etcha*; la desgarradura de una tela, *ris-ras, ris-ras*; la caída de un objeto, *iplas, pataplum!*; el látigo, *zis-zás*; el roce de la seda, *fru-fru*; el del martillo, *pim-pam*; el del automóvil, *tof-tof*; el del reloj, *tic-tac*; el del tren en marcha, *tácala, tácala, tácala*; el del galope del caballo, *tararán, tararán*; etc.

IMPRESIONES Y NOTAS

UNA AMIGA DE SAINTE-BEUVE.—Troubat ha recogido en el *Mercure de France* las confidencias de una señora, que todavía vive, sobre sus relaciones con el célebre crítico Sainte-Beuve.

En 1864 era una señorita sumamente joven que vivía en provincias y que había sido educada por el método tradicionalista más severo; el matrimonio la otorgó mayor libertad, y pudo entonces leer libros de poesía y de filosofía que antes le estaban vedados. La lectura de los artículos de Sainte-Beuve en

(1) Yo tengo una humorada escrita cuando era estudiante y publicada en los periódicos de entonces, basada en una de estas onomatopeyas y hecha con pie forzado, pues los amigos decían que no era capaz de hacer una quintilla con *pum, pum*, y yo escribí en el acto la siguiente:

¿Escucháis ese *rum-rum*?
 Es del siglo la razón:
 Es que pronuncia el cañón
 Este discurso: «¡Pum, pum!»,
 Ganando la votación.

el *Constitutionnel* la indujo á escribir al autor; la correspondencia fué tan seguida, que la señora se decidió á aceptar la invitación de Sainte-Beuve, yendo á visitarlo á París. «Estaba sentado ante su mesa de trabajo. Al acercarme, se levantó vivamente, me miró y espontáneamente me abrió los brazos.» Tenía entonces sesenta años, y la señora vió en él al amigo y consejero que había soñado, con su aureola de senectud venerable. Sin vacilación fué hacia él y recibió en la frente un beso paternal.

«—Poneos aquí—dijo el escritor ofreciéndole un sillón junto á la chimenea:—es el sitio de la princesa Matilde, cuando viene á verme.

»—¿Ha venido usted desde tan lejos á París, y sólo por mí?—añadió con tono dubitativo.

»—París—respondí balbuceando un poco—no me interesa nada; en París nadie me atrae sino Sainte-Beuve.

»—Es usted muy amable, y estoy encantado. Pero ha venido usted un cuarto de hora antes de lo que yo creía, pues yo pensaba ponerme, para recibir á usted, mi hermosa bata, y no me ha dado usted tiempo.»

Sainte-Beuve—añade la señora—tenía su coquetería.

En aquella primera entrevista Sainte-Beuve la invitó á comer, pero ella se asustó ante la idea de una comida en presencia de extraños, y entonces el crítico la invitó al restaurant; vuelta á su casa, recibió un ramo de flores, y al día siguiente fué á comer al restaurant. Su timidez había desaparecido. Bromearon un poco sobre un granito que ella tenía en el cuello y quería ocultar, y empezada la comida, Sainte-Beuve empezó á hablar:

«—¿Conque pensaba usted que ese granito la iba á perjudicar á mis ojos? ¡Cómo se equivocaba usted! Me parece, por lo contrario, que la quiero á usted todavía más; porque yo la quiero á usted, la quiero mucho.

»Como se animase al decir esto, pregunté yo vivamente: ¿Usted me quiere mucho? ¿Y cómo me quiere usted?

»Entonces él, con vacilación, respondió:—Como... como... como se quiere á una mujer.

»—¡Oh!—exclamé,—yo no quiero eso, no, no, de ninguna manera. Su edad de usted me ofrecía un afecto paternal, como me lo ha demostrado usted hasta ahora. ¿Es ese el afecto que siente usted por mí? ¡Oh! Ya que he encontrado lo que buscaba, y colocado tan alto en mi admiración que ningún hombre puede alcanzarlo, siga usted siendo grande, para mí al menos; porque, de todo lo que usted sea, yo no amo sino su genio y esa mano que ha escrito tan hermosos pensamientos. Haga usted como yo, se lo ruego: prescinda usted completamente de mi cuerpo de mujer, y si no quiere usted amarme como un padre, ámeme usted como un amigo, como Séneca amaba á Lucilio...

»—Yo no soy Séneca—replicó Sainte-Beuve vivamente,—y las ideas que han agradado á usted no aparecen en mis escritos sino á consecuencia del asunto que las hace nacer; son accidentes que se producen de tarde en tarde. Pero en la vida corriente yo soy un hombre como otro cualquiera, muy liso y llano, que no ve en el mundo más que una cosa amable y deseable: la mujer. Yo amo á la mujer y no puedo pasarme sin ella.»

Sainte-Beuve, sin embargo, aunque contrariado, aceptó la lección, y desde entonces fueron perfectos amigos, manteniendo interesante correspondencia.

*
* *

EL TESTAMENTO FILOSÓFICO DE SULLY-PRUDHOMME.—El ilustre poeta, sintiéndose viejo ya, ha querido consignar en un artículo sus opiniones para que se sepa bien lo que «después de madura y libre reflexión, y en plena posesión de sí mismo, sin esperanza de nuevas adquisiciones ni temor á nuevas pérdidas», queda de sus ideas sobre la condición humana.

Hay que advertir—él lo advierte—que su primera educación fué religiosa, y echó en él tan hondas raíces, que á los diez

y ocho años, siendo bachiller en Ciencias y preparándose en Lyon para el bachillerato en Letras, sufrió una acometida de misticismo y concibió el proyecto de hacerse fraile dominico. Traslado luego á París y dedicado cuatro años á estudios puramente científicos, sus convicciones se mantuvieron firmes; pero al cabo de ese tiempo comenzaron á vacilar, y entonces volvió á ser el investigador inquieto, aunque nunca desalentado, que había sido antes de su estancia en Lyon.

No hemos de seguir el testamento de Sully-Prudhomme paso á paso, pues para eso sería preferible traducirlo literalmente, y, aunque interesante, no lo es tanto que merezca ser recogido en toda su integridad. Nos limitamos á extractar sus afirmaciones respecto al punto capital de la supervivencia.

La vida orgánica condiciona la vida psíquica. ¿Resulta de esto que aquélla deba aniquilarse al concluir ésta? ¿No deja la muerte subsistir lo que en nosotros piensa y siente? ¿No puede ser que el espíritu humano esté constituido de modo que pueda vivir por un tiempo limitado en un medio material, en el seno del mundo físico, siendo preciso para ello que existiera un intermediario que tuviese á la vez de lo físico y de lo psíquico, tal como el cuerpo humano? La formación del sistema nervioso, del aparato cerebro-espinal, parece responder á la necesidad en el espíritu de una vida terrestre, pero no implica necesariamente la imposibilidad de existir sin la cooperación de la materia.

La dificultad está para nosotros en concebir la dicha después de la abolición total de nuestros órganos sensitivos. Si después de la muerte el alma se queda ciega, sorda, muda y privada de todas las percepciones sensibles, no concebimos nada que pueda suplir tales percepciones; y si se admite que conserva sus aptitudes perceptivas, hay que concebirla percibiendo sin intermedios nerviosos, consecuencia que turba nuestro espíritu. Bien pesado todo, Sully-Prudhomme confiesa que es incapaz de probar rigurosamente que no todo muere con el cuerpo; pero que está seguro, por otra parte, de que no todo

muere con él, del mismo modo que está seguro de la exactitud del postulado de Euclides, á pesar de que no puede demostrarlo.

Por las noches le ha ocurrido, en el período de recogimiento que precede al sueño, oír una voz interior murmurando estas palabras: «¡Otro día más! Un escalón más, bajado por la sombría escalera cuya insensible pendiente me arrastra fatalmente hacia lo desconocido... Pero ¿quién sabe si en lugar de una caída es una ascensión la que hago así, poco á poco? ¿No soy comparable á un ciego á quien un aeronauta hubiera llevado en su barquilla, y que no disponiendo de válvula, ni de lastre, ni de barómetro, no podría decir si sube ó baja en lo infinito, sin suelo ni techo, y sin poder distinguir si es de día ó de noche? ¡Quién sabe si mi carrera, sin saberlo yo, es soleado y ascendente! No soy yo quien ha entrado en ella; no soy yo quien ha construído y aparejado mi esquife y lo dirige. ¿Quién es? Lo ignoro; ese constructor piloto permanece mudo. No sé tampoco dónde me conduce; pero no puedo menos de esperar, y mejor aún de aspirar, en cuanto lo Bello aparece en una forma armoniosa, plástica ó musical, por las vibraciones luminosas ó sonoras de la materia, porque la ceguera y la sordera no me parecen enteras para el corazón: esa forma es para mí reveladora de una felicidad que me atrae y hace tender deliciosamente hacia un horizonte liberador las cadenas que me atan á la tierra.»

*
* *

MÁXIMAS DEL EMPERADOR GUILLERMO.—En uno de sus castillos ó palacios, y en su gabinete de trabajo, ha hecho colocar el emperador Guillermo varias máximas que quiere tener siempre á la vista como reglas de conducta. Entre ellas figuran las siguientes:

«Ser fuerte en medio del dolor. — No desear lo que no se puede obtener.—Buscar el bien en todas las cosas, y la alegría en la naturaleza y en los hombres. — Tomar el tiempo según viene y los hombres tal cual son. — Una hora de alegría nos

hace olvidar mil de amarguras.—Un hombre desconfiado hace daño á los demás, y se lo hace á sí propio.—Es tan pequeño el hombre y tan grande el mundo, que no es posible que un hombre sea el centro de la tierra.»

Como se ve, el emperador Guillermo — si son ciertas estas referencias—no sólo es un filósofo, sino lo que es mucho mejor, es un filósofo optimista, como se debe ser para vivir lo menos mal en este mundo, que hartas negruras naturales tiene para que lo ennegrezcamos todavía más, como se complacen en hacerlo los pesimistas.

*
* *

LA «FRASE» Ó LA «PALABRA» DE CAMBRONNE EN WATERLOO. ¿Qué dijo el general Cambronne, el valiente jefe de la Guardia imperial de Napoleón, cuando le fué intimado que se rindiese con sus fuerzas en Waterloo? ¿Dijo la famosa frase, inmortalizada por Víctor Hugo en *Los Miserables*, «la Guardia muere, pero no se rinde»? ¿Dijo, lisa y llanamente, la palabra «Mierda»? Enrique Houssaye, en la *Revue Bleue*, estudia esta menudencia histórica con toda clase de documentos y referencias, y se inclina por la segunda solución.

El general Cambronne negó siempre que él hubiera dicho «la Guardia muere, pero no se rinde»; es verdad que nunca protestó por escrito contra las palabras que historias, periódicos, memorias y novelas le atribuían; pero nunca ha aceptado la paternidad de la famosa frase. En Julio de 1815, á los veinte ó veinticinco días de la batalla, sus compañeros de cautiverio en Ashburton le felicitaban por aquellas «palabras gloriosas» de que acababan de tener noticia por el relato de los periódicos, y Cambronne dijo: «Lo siento mucho, pero yo no he dicho lo que me atribuyen; he respondido otra cosa, y no lo que cuentan». El comandante Heuillet (que es quien refiere estos hechos en carta publicada en *La sentinelle de l'armée* de 8 de Septiembre de 1844), y que era testigo presencial, añade que los oficiales que estaban á la mesa, él entre ellos, «rogamos á Cambronne que afirmase, sin embargo, el hecho por el

honor del Ejército; pero él persistió en su primera afirmación». En 1821 volvió á negarlo en Lila, contestando á las preguntas del teniente coronel Magnaut; en 1822 hizo las mismas manifestaciones en Dunkerque ante varias personas; algunos años después insistió en su negativa en Nantes, diciendo que lo dicho por él habían sido algunas palabras «menos brillantes quizá, pero de energía más soldadesca». Y así lo volvió á negar ante Mauricio Duval, ante el inglés Dickson, ante el alcalde de Nantes y ante el general Bachelu en distintas ocasiones. Insistir en atribuir á Cambronne la escultural frase, tras tantas negativas de su supuesto autor, sería pueril.

Pero si no dijo *la frase*, ¿dijo la *palabra*? Cambronne no lo ha afirmado, pero tampoco lo ha negado: hay que contar con que, casado con una inglesa y hecho vizconde por Luis XVIII, Cambronne, que se jactaba de estar bien educado, no podía confesar que se le hubiera escapado una palabra tan grosera. No era poco no negarla y decir que no había dicho aquella frase, sino «otra cosa», «otras palabras más soldadescas». La primera vez que se hizo pública aquella palabra, y para eso sin citarla textualmente, fué en 1834, en el *Diccionario de los contemporáneos*, de Rabbe, aunque claro es que de ella se venía hablando mucho antes. El testimonio del teniente coronel Lemounier Delafosse es más interesante; según el mismo, un soldado de su regimiento le había dicho que «mentían al citar las palabras del general Cambronne, y que las verdaderas, oídas por él cerca del general, fueron éstas: «¡Mierda! ¡Yo no me rindo!» El general Brea escribe que Cambronne le había dicho que, «sin poder precisar los términos, había enviado á... paseo á los ingleses, con una expresión apropiada á las circunstancias».

El primer pasante de notario de la viuda de Cambronne, Rogeron de la Vallée, redactó en 1853 una *Vida de Cambronne*, con informes de la misma viuda, y he aquí lo que dice: «¡Rendíos!, exclaman los ingleses. Una negación enérgica fué la respuesta de Cambronne, y con aquella palabra inmortal, que

la historia no se atreve á repetir, pero que todo el mundo sabe, se lanzó al frente de sus intrépidos granaderos.» Un primo de Cambronne, el teniente coronel Chretien, dice, por su parte, que el cura Druon de Bruneau, tío del general, le decía: «Mi sobrino me ha dicho la verdad sobre la respuesta que dió á los ingleses, pero yo me he comprometido á no repetirla; lo que hay de cierto, sin embargo, es que en aquellos momentos no se tiene tiempo para hacer frases.»

Si nos imaginamos el episodio final de la trágica batalla del 18 de Junio de 1815 y pensamos en el estado de ánimo en que debían poner al general Cambronne las insistentes intimaciones de los ingleses para que se rindiera, fuerza es convenir en que *la palabra* en cuestión estaba muy en sazón, y que, como dice Houssaye, es psicológicamente cierta. Y como lo positivo es que Cambronne respondió algo, pues él mismo lo declara, ese algo debió ser aquella palabra, más expresiva, más apropiada y no menos heroica que la famosa frase.

*
* *

TIMBALES Y TIMBALEROS.—Los timbales son un instrumento tan antiguo como poco apreciado por el público; y sin embargo, en la orquesta desempeñan importante papel, y para tocarlos es preciso tener excelente oído, gusto depurado y gran destreza. Muchos compositores han sido timbaleros, y entre ellos pueden citarse á Hector Berlioz, Herold, Adolfo Adam, Ernesto Guiraud, Massenet, Pessard, Chabrier, Julio Weber, Varney, Vincent d'Indy, Thibaut, Lambert y otros. A propósito de timbaleros, cuenta José Baggers la anécdota siguiente:

Había en el teatro de la Opera un antiguo timbalero que, en vísperas de obtener su retiro, se había hecho pagar su cuenta y contaba con despedirse del teatro tocando los timbales en él por última vez. Aquella noche, en el momento en que la orquesta tocaba un aire muy dulce y pianísimo, el timbalero comenzó á soltar en sus timbales golpes redoblados, armando el mayor estrépito; el director de orquesta le hacía señas, deses-

perado, y el hombre seguía con su bacanal, impertérrito. Al fin se detuvo, y cuando le preguntaron qué le había pasado para armar aquel estrépito, el timbalero dijo:—Desde tanto tiempo como hace que estoy en la Opera, jamás los periódicos se han ocupado de mí; hoy, al despedirme, he querido que cese esa injusticia.

*
* *

LAS NACIONES, SEGÚN SAINT-SAËNS.—En una carta que Saint-Saëns escribía hace unos meses á Renato Lara, le decía: «Antes de embarcarme para Egipto he pasado algunos días en Nápoles con un tiempo espléndido y con el espectáculo de la lava corriendo sobre la falda del Vesubio; antes había pasado dos días en Génova; me he regalado un poco de Italia, que es siempre la delicia, el encanto y la dulzura de Europa. Alemania piensa, Francia habla, España baila, Italia canta, é Inglaterra... maya; pero... ¡es Inglaterra!»

*
* *

EL LAVADO Y LA VIDA.—Un sabio italiano, el Dr. Cerboni, aconseja seriamente que nadie se lave ni se bañe si quiere gozar de salud y vivir mucho tiempo. En testimonio de sus afirmaciones pone el ejemplo de su propia persona: «He cumplido—dice—los setenta y cinco años, y jamás he usado agua, como no haya sido para beber; nunca he necesitado una toalla, y no por eso he perdido el sueño ni el apetito».

No deja de tropezarse por el mundo con sabios de la misma opinión, ó por lo menos de la misma conducta, pues es frecuente el tipo del sabio mugriento y descuidado. La diferencia está en que la mugre y el descuido de esos bohemios son fruto del abandono inconsciente en que viven, sin pensar en el bien parecer ni preocuparse más que de su ciencia ó de sus sueños, mientras que en el Dr. Cerboni se trata de un propósito deliberado, de un sistema de conducta y de higiene preconcebido. Los golfos están de enhorabuena.

*
* *

LOS TENORES.—El ruido hecho por la pequeña aventura de Caruso en Nueva York ha dado por resultado que al comparecer de nuevo ante el público en el Metropolitan-Opera de la capital americana, se hayan obtenido en taquilla 120.000 francos de ingresos la primera noche. Un barítono decía: «Si me hubiera ocurrido á mí una cosa semejante, tened por seguro que apenas se hubiera hablado de ello». Pero era un tenor, y, como dice Surtac en *Música*, el tenor es siempre *rara avis*. Los tenores abundan poco, y no hay que sentirlo, si ha de creerse á un sabio alemán que sostiene que cuanto más pobre en tenores es un país, tanto mayor es su grandeza intelectual.

Ese sabio se ha equivocado, sin duda, pues Italia es ahora el país que más tenores produce, y no figura menos por eso entre los países más adelantados en cultura intelectual. Lo que sí es cierto es que los tenores suelen conservar casi siempre su primitiva simplicidad mental y la ignorancia inherente á su defectuosa instrucción y á su obscuro origen. Un profesor del Conservatorio se encolerizó un día contra un tenor, meridional por cierto, cuyo nombre callamos, por la entonación especial que daba á la palabra *Memphis* en el aria de *Aida*: «¡Oh celeste Aida!»—Pero vamos á ver—le dijo el profesor:—¿por qué pronuncia usted así? ¿qué cree usted que es Memphis?—¡Toma! ¡Pues buena es esa! Todo el mundo sabe que fué un guerrero.

*
* *

EL MATRIMONIO Y EL MALTUSIANISMO.—El Dr. Guibert ha publicado sus estudios sobre tan interesante materia, mostrando especialmente las funestas consecuencias de los matrimonios tardíos, é indicando sus causas y sus remedios, al mismo tiempo que demuestra el error de las teorías de Malthus y de Bertillon, que tanto han contribuído á producir el actual estado de opinión.

La afirmación de que la mortalidad y la natalidad se relacionan de tal modo que no puede bajar la una sin que baje la otra, es completamente inexacta; sin acudir á otros ejemplos

igualmente concluyentes, basta ver que mientras en Francia y Alemania la mortalidad se mantiene igual en el quinquenio 1896-1900, la natalidad, en cambio, que en Francia sólo llega al 22 por 1.000, en Alemania sube al 36 por 1.000, lo que explica la creciente desproporción de la población en ambos Estados.

En cuanto al famoso dogma maltusiano de que la producción sólo crece en proporción aritmética y la población en proporción geométrica, lo que en un plazo relativamente breve tenía que llevarnos á un cataclismo, Guibert lo niega, no ya en su forma primitiva matemática, sino hasta en la más modesta de la «insuficiencia de recursos» simplemente. La riqueza, según él, aumenta más aprisa que la población en un país en vías de desarrollo. «En el banquete de la Naturaleza —dice— el número de puestos es ilimitado; todos los convidados son al mismo tiempo cocineros.» Pase lo de cocineros; pero ¿y productores? Porque no se trata de guisar, sino de que haya comestibles guisables. Sin compartir tan grandes optimismos, es consolador que existan, y es evidente que los pesimismo opuestos se hallan faltos de fundamento sólido.

Hay, pues, que alentar sin preocupaciones los matrimonios precoces, por ser el remedio más eficaz contra la prostitución, la tuberculosis, el alcoholismo y la despoblación.

FERNANDO ARAUJO

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Trattato delle malattie mentali, con 139 figure nel testo, per Eugenio Tanzi, professore nel R. Istituto di Studi Superiori di Firenze. Milano, Società editrice libraria, 1905.—Un vol. de xvi-764 páginas en 4.º, con dos índices, uno alfabético de materias y otro de autores, 20 liras.

Es una obra ésta de gran mole, y tan escrupulosa y cuidadosamente hecha—aun en la parte exterior y tipográfica—como voluminosa. Constituye un tratado muy completo de psicopatología, en que no se omite nada, exponiendo el autor, á la vez que los resultados más notables y recientes de las investigaciones ajenas sobre fisiología y patología del cerebro y sobre psiquiatría, los recogidos por él mismo en su propia clínica y en su laboratorio. La información de toda clase que acerca de enfermedades mentales contiene el libro es abundantísima, incluso desde el punto de vista gráfico.

Veintiséis largos capítulos comprende todo el tratado, el cual podemos considerarlo dividido en dos partes, por más que entre ambas no haga Tanzi una separación visible: una, general, que abarca los ocho primeros capítulos y en la que el autor, con mucha doctrina, expone sus puntos de vista tocantes á la fisiología y la patología cerebrales, dando cuenta al mismo tiempo de los puntos de vista de otros psico-fisiólogos y mentalistas; otra parte, que diríamos especial, donde estudia sucesivamente las distintas enfermedades mentales que él admite y la etiología, la sintomatología, la anatomía patológica, la patogénesis, las variedades clínicas, el curso y el método terapéutico de las mismas.

En la primera parte habla de *La sede de los procesos psíquicos* (cap. I, sumamente interesante), de *Las causas de las enfermedades mentales*, de *El substratum anatomo-patológico de las mismas*, de *La sensibilidad*, *La ideación*, *La memoria*, *Los sentimientos* y *Los movimientos y las demás reacciones externas*. La parte segunda comienza por la *Clasificación de las enfermedades mentales* y luego consagra un capítulo especial á cada una de las siguientes: *La pelagra*, *El alcoholismo*, *La amencia*, *La psicosis tiroidea*, *La parálisis progresiva*, *Las cerebropatías infantiles*, *Las cerebropatías de los adultos*, *Las psicosis afectivas*, *La neurastenia*, *El histerismo*, *La epilepsia*, *La demencia precoz*, *Las perversiones sexuales*, *La inmoralidad constitucional*, *La paranoia* y *La imbecilidad*. Por fin hay un capítulo, con el que se cierra el libro, destinado á *Los manicomios*.

El trabajo tiene mucho que leer, que estudiar y que aprender. En una nota breve como ésta no es posible entrar en el análisis de la muchísima doctrina que contiene, ni dar siquiera un extracto de ella. Hay que leerlo para formarse idea de lo que es.

P. DORADO

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
<i>La ciencia del valor</i> , por Ricardo Burguete.....	5
<i>Política comercial</i> , por Antonio García Alix.....	23
<i>Modernismo social: tráfico europeo</i> , por Anselmo Fuentes	51
<i>De las «Odas bárbaras», de Josué Carducci</i> , por Juan Francisco Ibarra	66
<i>Recuerdos</i> , por José Echegaray.....	71
<i>Para la historia de la sociología</i> , por Adolfo Posada	85
<i>España fuera de España.—Julia de Lespinasse y el Marqués de Mora</i>	112
<i>Diego Velázquez y su siglo</i> (continuación), por Carlos Justi	121
<i>Memorias de un huérfano</i> , por X. Marmier.....	152
<i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero	172
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....	183
<i>Notas bibliográficas</i> , por P. Dorado	206